PERCEPCIÓN DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL EN ESPAÑA Y AMÉRICA LATINA

Coordinación : Élisabeth DELRUE

Con colaboraciones de: **Élisabeth DELRUE** (Université de Picardie Jules Verne), *Vicente Blasco Ibáñez, un testigo directo de la contienda: Historia de la Guerra europea de 1914 (1920-1930)* – **Xavier ESCUDERO** (Université Littoral Côte d'Opale), *Las crónicas de Enrique Domínguez Rodiño: del otro lado de las trincheras* – **José Miguel GONZÁLEZ SORIANO** (Universidad Complutense Madrid), *Luis Bello: acción y propaganda en la gran guerra por un cronista aliado* – **Ernesto MÄCHLER TOBAR** (Université de Picardie Jules Verne), *Tres voluntarios en las trincheras: Hernando de Bengoechea, John Dos Passos y Ernst Jünger* – **Denis VIGNERON** (Université d'Artois/INSPE Lille), *Gaziel, un español en las trincheras.*

ÉDITIONS ORBIS TERTIUS

UNIVERSITÉ de Picardie Jules Verne

CEHA

Ouvrage publié avec le concours
du Centre d'Études Hispaniques d'Amiens (CEHA)
de l'Université de Picardie Jules Verne.

Responsable de la publication : Rica AMRAN

© Éditions Orbis Tertius, 2020
© Les auteurs

Édition originale : ISBN : 978-2-36783-143-5

e-ISBN : 978-2-36783-148-0

Éditions Orbis Tertius, 28, rue du Val de Saône F-21270 BINGES

PERCEPCIÓN DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL EN ESPAÑA Y AMÉRICA LATINA

Coordinación : Élisabeth DELRUE

Con colaboraciones de: **Élisabeth DELRUE** (Université de Picardie Jules Verne), *Vicente Blasco Ibáñez, un testigo directo de la contienda: Historia de la Guerra europea de 1914 (1920-1930)* – **Xavier ESCUDERO** (Université Littoral Côte d'Opale), *Las crónicas de Enrique Domínguez Rodiño: del otro lado de las trincheras* – **José Miguel GONZÁLEZ SORIANO** (Universidad Complutense Madrid), *Luis Bello: acción y propaganda en la gran guerra por un cronista aliado* – **Ernesto MÄCHLER TOBAR** (Université de Picardie Jules Verne), *Tres voluntarios en las trincheras: Hernando de Bengoechea, John Dos Passos y Ernst Jünger* – **Denis VIGNERON** (Université d'Artois/*INSPE Lille*), *Gaziel, un español en las trincheras.*

LA COLLECTION DU CEHA

CENTRE D'ÉTUDES HISPANIQUES D'AMIENS

Directrice :
Rica Amran

Comité de rédaction :
David Alvarez, Rica Amran, Francisco Aroca Iniesta, Benoît Coquil, Élisabeth Delrue, Ernesto Mächler Tobar

Comité scientifique :
Paloma Bravo (Université Paris 3 Sorbonnne Nouvelle), Laurence Breysse-Chanet (Sorbonne Université), Antonio Colinas (Poeta), Antonio Cortijo Ocaña (University of California), Fernando Copello (Le Mans Université), François Delprat (Université Paris 3 Sorbonne Nouvelle), Pablo Montoya Campuzano (Universidad de Antoquia), María Isabel del Val Valdivieso (Universidad de Valladolid), Pura Fernández (Consejo Superior de Investigaciones Científicas)

Percepción de la primera guerra mundial en España y América latina

Prólogo..... 7

El cotidiano de la guerra en las trincheras: cartas

Ernesto Mächler Tobar
Tres voluntarios en las trincheras: Hernando de Bengoechea, John Dos Passos y Ernst Jünger..... 13

Crónicas desde el punto de vista alemán

Xavier Escudero
Las crónicas de Enrique Domínguez Rodiño: del otro lado de las trincheras 41

Crónicas desde el lado francés o aliadófilo

Denis Vigneron
Gaziel, un español en las trincheras..... 61

José Miguel González Soriano
Luis Bello: acción y propaganda en la Gran Guerra por un cronista aliado 79

Élisabeth Delrue
Vicente Blasco Ibáñez, un testigo directo de la contienda: Historia de la Guerra europea de 1914 (1920-1930)..... 99

La Collection du CEHA..... 159

PRÓLOGO

Salvados por la Gran Guerra, España y América Latina fueron informados por columnistas o voluntarios que siguieron o incluso participaron en el conflicto.

El objetivo que persigue el presente volumen colectivo cuya estructuración tripartita refleja es el rescate tanto de las cartas de voluntarios como de las crónicas publicadas en la prensa.

La primera parte con el artículo de Ernesto Mächler Tobar se centra en las cartas de tres voluntarios de familias relativamente acomodadas, el colombiano Jaime Hernando de Bengoechea y Valenzuela (1889-1915), el alemán Ernst Jünger (1895-1998) y el estadounidense John Dos Passos (1896-1970) que describen el cotidiano de la guerra en las trincheras.

La segunda parte recoge el punto de vista alemán con el estudio de Xavier Escudero enfocado en las crónicas de Enrique Domínguez Rodiño, hombre de negocios y asesor comercial en Brema, quien, a raíz del bloqueo de la guerra se convierte en periodista circunstancial y, viajando por las trincheras, recorre Italia, Polonia, los Balcanes (como su compatriota Gaziel), Suiza, Francia o Dinamarca. Sus crónicas escritas desde Alemania para *La Vanguardia* aportan una visión global sobre el conflicto.

La tercera parte reúne las crónicas desde el lado francés o aliadófilo.

En su artículo dedicado a los dos libros del periodista catalán Agustí Calvet Pascual, alias Gaziel, *Diario de un estudiante. París 1914* y *En las trincheras*, Denis Vigneron demuestra cómo ambas obras compuestas por crónicas fechadas, destinadas a ser mandadas al periódico *La Vanguardia*, dan cuenta de la realidad del conflicto, desde la perspectiva

de la historia vivida, experimentada, sentida, de quien estudiante en la Sorbona para ampliar su formación en la carrera de derecho, fue sorprendido por los primeros días de la contienda. Aunque, por ser hijo de buena familia, disimule su identidad bajo seudónimo, manifiesta su compromiso como escritor cuando informa, implicándose personalmente, con una clara conciencia de su misión periodística y de su deber tanto moral como intelectual.

El objeto del sugerente estudio de José Miguel González Soriano es Luis Bello, quien participó muy activamente como intelectual en la cuestión de la guerra. Fue editorialista del diario *El Imparcial* y del semanario *España* en esos años, visitó el frente italiano en 1917 junto a Azaña, Unamuno, Rusiñol y Américo Castro y en 1918, al acabar el conflicto, proyectó la publicación de una serie de *Cuadernos de Estudio sobre Asuntos de Actualidad*, referidos a la primera Guerra Mundial, en la que pretendía dar ya un enfoque historicista de la recién concluida guerra, desde el punto de vista vencedor de la aliadofilia; pero de la que solo llegó a sacar un primer número.

Élisabeth Delrue, en su artículo, sobre *Historia de la Guerra europea de 1914* (1920-1930) pretende demostrar que la percepción de la guerra transmitida por Vicente Blasco Ibáñez no es un relato objetivo e imparcial en conformidad con el género de la crónica sino una crítica de los alemanes adoptando el punto de vista de los franceses y los aliados, que cuadra con los requisitos ideológicos y editoriales de sus sucesivos soportes de difusión, primero el diario *El Pueblo* y luego la editorial Prometeo y satisface los planteamientos teóricos del proceso comunicativo de la *Retórica* de Aristóteles y de la pragmática para influir en el destinatario e incitarle a adoptar el posicionamiento ideológico claramente expuesto. Según su análisis aquí propuesto, se trataría, de inducir la acción del lector a favor de la ruptura de la neutralidad de España apoyando a Francia injustamente agredida y así generar un movimiento de opinión que influya en las decisiones del gobierno. Para contextualizar este proceso argumentativo, le parece oportuno a la autora del estudio arrojar luz sobre las circunstancias de la instalación del escritor valenciano en París que coincidió con el estallido de la primera guerra mundial y recordar por un lado, cómo aprovechó la oportunidad que se le presentó para convertirse en corresponsal de guerra, enviando sus crónicas, al diario *El Pueblo* para una publicación semanal, ilustrada

desde el 17 de noviembre de 1914 hasta el 28 de julio de 1919, reunidas, luego, en nueve volúmenes y publicadas por la editorial Prometeo, y, por otro lado, cómo cubrió la contienda con el apoyo de los servicios de información franceses y del presidente Raymond Poincaré, lo cual le facilitó muchos contactos y le permitió escapar de la censura impuesta por el Ministerio de la Guerra.

El cotidiano de la la guerra en las trincheras: cartas

TRES VOLUNTARIOS EN LAS TRINCHERAS: HERNANDO DE BENGOECHEA, JOHN DOS PASSOS Y ERNST JÜNGER

Ernesto Mächler Tobar
Université de Picardie Jules Verne – CEHA

> « *L'héroïsme, ce n'est pas courir au danger mais l'attendre*[1]. »
>
> « *Je veux arriver ! Je veux être sauvé ! Je veux vivre*[2]. »

¿Mentir para salvar el honor nacional? La confusión es mala consejera. Y el honor no es el mismo para todos. En *Paix et guerre entre les nations*, ensayo de 1962, Raymond Aron insiste: «En effet, nous devons en tenir compte et prendre une conscience exacte de ce que nous combattons, de ce pourquoi nous combattons», lo que lo lleva a justificar la posición de Occidente, aunque a veces este «parle avec plusieurs voix»[3]. Es absurdo

1. Hernando de Bengoechea, *in* Fargue, L-P, *Hernando de Bengoechea ou l'âme d'un poète*, Paris, Amiot-Dumont,1948, p. 229. Parte de este libro es una antología de las obras de Bengoechea.
2. Palabras finales del diario del soldado Robert Desaubliaux, herido en combate. Desaubliaux, R., *La Ruée. Journal d'un poilu*, avant-propos d'Olivier Vanghent, Paris, Presses de la Renaissance, 2005, p. 317.
3. Aron, R., *Paix et guerre entre les nations*, avec une présentation de l'auteur, huitième édition, Paris, Le Grand livre du mois, 2001, p. 660-661. El destacado es del autor.

mentirse entonces sobre el enemigo. Sin embargo, con anterioridad al inicio de la Primera Guerra Mundial, es evidente que el discurso adolece ya de toda suerte de manipulaciones por ambos bandos del conflicto, de manera oficial o en las conversaciones callejeras. No sin razón Philippe Olivera recuerda que, por lo general, el lenguaje utilizado presenta esta guerra como una suerte de cruzada, que para justificarse se apoya en un discurso profundamente nacionalista. En Francia, a la vez que se exageran las atrocidades de los alemanes, su pangermanismo y su militarismo, se insiste en que el objetivo del combate es preservar de esos bárbaros teutones la «civilización»[4]. Se destaca que éstos destruyen las iglesias, maltratan los prisioneros y no respetan las víctimas civiles, a la vez que se recuerda la cercana experiencia de 1878 y sus prusianos. Por supuesto, se asegura que será una guerra fácil y prestamente ganada: en dos meses, ¡Berlín! Ello explica que muchas de las novelas y poemas publicados a partir de mediados de 1915 insistan en el aliento patriótico, en especial por parte de la joven aristocracia o de la burguesía, que insufla el mito de un combate deportivo o caballeresco, un torneo medieval. Espíritu que desaparecerá paulatinamente al prolongarse el conflicto. Uno de los primeros indicios de reticencias sobre el sentido de la guerra vendrá, por ejemplo, con las obras de Bernard Shaw (1856-1950), *Common Sense about the war*, de 1914, y de Romain Rolland (1866-1944), *Au-dessus de la mêlée*, de 1915[5]. Significativas y representativas, pues ambos autores gozan de amplio auditorio en sus países.

Pero este impulso inicial de las gloriosas letras de una guerra idílica se banaliza hacia 1916, para volver a su cauce normal. Para entonces, la literatura de propaganda, con su lenguaje fácilmente comprensible por el público, se hace de manera casi exclusivamente oficial. Como respuesta brotan algunas propuestas pro-pacifistas, escritas con un estilo realista más cercano al cotidiano que se vive en el frente de combate. Recuérdese que *Feu* (1916), de Henri Barbusse (1873-1935), enrolado voluntario, es traducida al inglés en 1917, y al año siguiente lo es *La vie des martyrs* (1917), de Georges Duhamel (1884-1966). Ambos han combatido en la

4. Olivera, P., «La littérature de guerre. France, Grande-Bretagne, Allemagne (1914-1929)», *in* Rousseau, F., *Guerres, paix et sociétés. 1911-1946*, Neuilly, Atlande, 2004, p. 618-621.

5. *Ibid.*, p. 621.

guerra y las dos obras son abiertamente autobiográficas[6]. En retaliación, La Action Française se ocupa de los ataques contra los denominados *défaitistes*, léase, aquellos que sentían evidente la derrota, o propugnaban por un rápido acuerdo de paz. Se ha evolucionado entonces de un primer período glorioso a uno más desilucionado y apaciguado, véase pragmático[7].

En las cartas del soldado Henri Despeyrières (1893-1915) se percibe claramente este cambio de actitud y de moral de los soldados: «La guerre a suscité beaucoup d'enthousiasme au début. Mais elle n'a pas amélioré bien sensiblement les hommes ni les choses», sostiene. Y después de señalar que algunos combaten aún por Francia, añade: «D'autres, il faut le dire, très dévoués, pleins d'ardeur au début, sentent peu à peu leur enthousiasme faillir»[8]. ¿Se instaura el *statu quo*? ¿Se debe el cambio de actitud en parte al aburrimiento que incrementa a medida que pasan los días? Este se transparenta en las cartas de Despeyrières a la familia: «Je ne sais trop quoi vous dire aujord'hui. Je m'ennuie»[9]. La correspondencia y los diarios son elementos indispensables para la moral y la sobrevivencia de los soldados en el frente: hacia 1919 ya se conocen públicamente cerca de 300 diarios.

Nos interesaremos aquí en particular por la manera en que tres jóvenes voluntarios de familias relativamente acomodadas, alistados tempranamente en el combate y de nacionalidades diferentes, van a describir el cotidiano de la guerra en las trincheras. Sus escrituras nos permiten seguir tanto una suerte de búsqueda personal, como su evocación fluctuante del cotidiano y la desesperada evolución de sus anhelos. Cómo se verá, poco importa de qué lado combaten, varios elementos particularmente recurrentes los hermana. Por orden de nacimiento, un colombiano, Jaime Hernando de Bengoechea y Valenzuela

6. *Ibid.*, p. 625.

7. Del lado inglés, como lo muestra John Silkin, este paso del *idealism* al *desillusionment* es altamente controvertido y no es tan sencillo. Silkin, J., «Sassoon, Owen, Rosember», *in* Roucoux, M. (Ed.), *English Literature of the Great War Revisited*, Amiens, Sterne, Presses de l'UFR CLERC Université de Picardie, 1986, p. 84 y sigs.

8. Despeyrières, H., *C'est si triste de mourir à 20 ans. Lettres du soldat Henri Despeyrières 1914-1915*, présentées par Alexandre Lafon, préface du général André Bach, Toulouse, Éditions Privat, 2007, p. 190.

9. *Ibid.*, p. 228.

(1889-1915), el alemán Ernst Jünger (1895-1998) y el estadounidense John Dos Passos (1896-1970). De ellos, sólo el primero morirá en el campo de honor, y le sobrevive un exiguo puñado de cartas. Los dos últimos volcarán asaz frecuentemente su experiencia existencial de la Primera Guerra, rememorándola y a la vez recreándola al escribir en una u otra forma literaria. No obstante, sobrevivir también conlleva una extraña culpabilidad frente a los caídos y una responsabilidad ante el futuro. Bengoechea no es caso aislado, y acompaña a otros 560 escritores sacrificados en Francia durante la Primera Guerra Mundial, y honrados hoy en el Panteón. Guillaume Apollinaire, Georges Bernanos, Louis-Ferdinand Céline, Blaise Cendrars, Jean Giono y Jean Giradoux, por no citarlos sino a ellos, hacen parte de los escritores franceses presentes en el conflicto.

I. Un dandy en las trincheras

Heredero de una familia de origen colombiano, Hernando de Bengoechea nace en París. Ha conservado la nacionalidad colombiana, lo que le impide alistarse desde el inicio de las hostilidades en el ejército regular francés, a pesar de sus vehementes intenciones[10]. Debido a esta circunstancia, como tantos otros será voluntario en la Legión Extranjera: Batallón C, 2° regimiento de marcha, del 1° de Extranjeros, bajo las órdenes del comandante Max Doumic, y afectado a la sección de ametralladoras[11]. Esta tarea le facilita conformar una pequeña biblioteca que puede transportarse a lomo de las mismas mulas que portan aquellas. A menudo menciona la existencia de otros latinoamericanos entre los voluntarios; son quizá los raros momentos en los que se siente verdaderamente hermano de ellos. En carta del 2 de diciembre de 1914, escribe:

10. Nótese que 13 colombianos participaron en esta guerra; con una excepción, todos fueron condecorados con la *Croix de guerre*. *Cf.* Vejarano Alvarado, F., «Combatientes colombianos en la Gran Guerra», in *Revista Credencial*, N° 305, Bogotá, mayo 2015, *in* <www.revistacredencial.com/credencial/historia/temas/combatientes> [consultada el 20 de febrero de 2018].

11. Se estima que a partir de 1914, cerca de 8000 voluntarios se enrolaron en la Légion Étrangère Française. Pierre Miquel avanza la cifra de 45000. Miquel, P., *Les poilus. La France sacrifiée*, Paris, Plon, 2000, p. 231. Boyd afirma: «*In the first eight months of the war, 32.296 foreign volunteers flocked to the colours of France*». Boyd, D., *The French Foreign Legion*, Gloucestershire, Sutton Publishing, 2006, p. 203. Igualmente acota que de ellos, 600 son americanos, en el sentido extenso del término (p. 342).

> Le lieutenant sous les ordres de qui je suis est, figure-toi, un jeune Vénézuelien. C'est au cours d'une manœuvre, il y a deux mois, que je l'ai connu. J'ai eu un tressaillement en apercevant sur sa poitrine la croix de l'ordre du Libertador aux couleurs de Miranda. Tout un extraordinaire passé m'est revenu à la mémoire et je crois aujourd'hui que, comme autrefois le Précurseur, ce jeune homme contribuera peut-être à une nouvelle victoire d'Anvers[12].

Entrenado en el sur de Francia, Bengoechea es desplazado a combatir en Champagne, cerca de Arras, donde perece a causa de una bala que le atravieza el cuello en las trincheras, el 6 de mayo de 1915[13]. El 23 de mayo de 1922 es condecorado con la medalla militar, y el *Journal officiel* del día siguiente anota: «Brave légionnaire. Belle attitude au feu. Est tombé glorieusement pour la France, le 9 mai 1915, au cours de l'attaque des Ouvrages-Blancs. Croix de guerre avec étoile d'argent»[14]. El *poilu* Despeyrières, cuyas cartas ya se han evocado, se batió el mismo día en idéntica zona; en las notas explicativas a su recopilación, Alexandre Lafon sostiene que esta ofensiva de Arras no fue por cierto exitosa, si se tienen en cuenta las enormes pérdidas humanas que conllevó: «Elle impliquera six corps d'armée et n'aboutira qu'à une progression d'environ 4 kilomètres après 40 jours de combats»[15].

La hermandad entre *poilus*, más que por la circunstancia de ser latinoamericanos, se obtiene por pertenecer a la Legión Extranjera en combate, como se transparenta en las obras de Blaise Cendrars (1887-1961). Este suizo evoca con emoción al colombiano en su novela *La main coupée*, de 1946. Aclara allí que en la Legión: «nous étions tous des

12. Fargue, L-P, *Hernando de Bengoechea ou l'âme d'un poète*, p. 276.

13. Catherine Heymann hace un completo historial del entrenamiento y de los desplazamientos de Bengoechea durante la guerra. *Cf.* Heymann, C., «Hernando de Bengoechea, un poète colombien "Mort pour la France"», in *Guerres mondiales et conflits contemporains*, N° 270, dossier «L'Amérique latine et les deux guerres mondiales», Paris, 2018, p. 65-79, *in* <htps://www.cairn.info/revue-guerres-mondiales-et-conflits-contemporains-2018-2-p-65.htm> [consultado el 15 de noviembre 2018]. Sobre la Legión Extranjera y las batallas en la zona, véase Boyd, D., *The French Foreign Legion*, p. 213. Para una visión más global de su regimiento, ver igualmente Miquel, P., *Les poilus. La France sacrifiée*, p. 218-219 y 231.

14. Fargue, L-P, *Hernando de Bengoechea ou l'âme d'un poète*, p. 317.

15. Despeyrières, H., *C'est si triste de mourir à 20 ans. Lettres du soldat Henri Despeyrières 1914-1915*, p. 273.

étrangers, des fils d'étrangers», la mayoría de los cuales han nacido en París, y completa, como observando alrededor:

> Il n'y avait pas un seul paysan parmi nous, rien que des petits artisans des faubourgs, […] aussi quelques fils de nobles, tels que le Polonais, le chevalier de Przybyszewski […] ou le Péruvien de Bengoechea (tué au nord d'Arras), le fils du premier banquier de Lima ; plus quelques intellectuels de Montparnasse que, comme moi, le langage obscène des boute-en-train et leur exhubérance enchantaient[16].

Llama en 1949 a Bengoechea «mon camarade de la Légion», y acota que «*Les Nouvelles Littéraires* du 26 août 1948 m'apprennent, à ma honte, après trente-trois ans, qu'il était poète, alors que j'aurai pu m'en douter car lui aussi hantait son créneau des Ouvrages Blancs, au nord d'Arras»[17]. No obstante, a pesar de esta precisión, Cendrars ciertamente no se hallaba allí. Olivier Compagnon se equivoca también en la nacionalidad, al considerar a «M. Manuel Bengoechea» brasileño o argentino, aunque acertadamente afirma: «étranger ou membre de la communauté nationale, il n'y a ici guère de différence»[18].

A pesar de lo que Bengoechea asegura en la correspondencia, sus deseos de escribir un *Journal* de la guerra nunca se concretizaron, o desafortunadamente éste no ha llegado hasta nosotros. Sobreviven apenas unas cuarenta cartas en las que con asaz frecuencia declara su amor por Francia, como no era extraño entre los intelectuales de la época. En su texto *Le sourire de l'Ile-de-France* (1909) ya había escrito:

> O France, belle aux cheveux d'or, svelte, guerrière, toujours jeune, toujours vierge, la joie d'être aimée illumine ton doux visage ! Maîtresse des maîtresses, quelle suave émotion j'éprouve à ton approche ! En vérité tout pâlit si tu te montres et l'on ne s'éloigne de toi que pour pouvoir te retrouver.

16. Cendrars, B., *La main coupée*, textes présentés et annotés par Michlèle Touret, Paris, Denoël, 2002, p. 17-18. Una nota suya de pie de página permite entender que tiene conocimiento del libro de Léon-Paul Fargue.

17. Cendrars, B., *Le lotisement du ciel / La Banlieu de Paris*, textes présentés et annotés par Claude Leroy, Paris, Denoël, 2005, p. 226.

18. Compagnon, O., *L'adieu à l'Europe. L'Amérique latine et la Grande Guerre*, Paris, Fayard, 2013, p. 176. También Boyd se equivoca en la ciudadanía, pero es evidente que el error de considerarlo peruano viene originalmente de Cendrars. *Cf.* Boyd, D., *The French Foreign Legion*, p. 209.

> Je la regarde, je la regarde. M'aime-t-elle ? Se donnera-t-elle à moi ? Qu'importe, je l'aime, je me livre à elle. Elle est celle à qui l'on veut tout donner, ce que l'on a et n'a pas, son orgueil, son rêve, sa vie, son sang[19].

Al principio, sus *Lettres de guerre* son parcas, y mencionan escasos eventos debido seguramente a la censura militar, celosa de una información que filtrada puede ayudar al enemigo precisando posiciones que son consideradas estratégicas. Son ciertamente banales y se diría que casi alegres, acercándose de aquel slogan «Ah Dieu ! que la guerre est jolie», tan querido a Guillaume Apollinaire (1880-1918)[20]. Por ejemplo, en noviembre 1914 le escribe a su hermano Alfred comentando la alimentación:

> Nous sommes, il faut le dire, très bien ravitaillés et servis par un cuisinier de Potel et Chabot, mon cher ! Aussi avons-nous du riz authentique et des ragoûts relativement très bien préparés. Café, thé, vin, eau-de-vie, chocolat, biscuits vraiment très bons, vu les circonstances[21].

Esta ironía con la que enumera la enorme cantidad de vituallas recuerda que estas son complementadas con lo que él y sus compañeros reciben por correo, envíos provenientes de la familia y los amigos. Su actitud de combate se aparenta, o al menos así lo hace sentir, a la de un caballero en cruzada[22] contra los bárbaros *Boches*, actitud general, como se ha visto. Bengoechea era muy aficionado al teatro y asiduo de las representaciones[23], y continuó con su creación en el frente: «Avec un de

19. Fargue, L-P, *Hernando de Bengoechea ou l'âme d'un poète*, p. 169-170. Gérard d'Houville insiste en este aspecto, destacando que a pesar del amor que Bengoechea tenía por Colombia, «La douce France reste la maîtresse chérie, élue entre toutes». D'Houville, G., «Un poète soldat au "1er étranger" : Hernando de Bengoechea», in *Revue des Deux Mondes*, tome XXXV, septembre-octobre 1916, Paris, p. 604. Este nombre de pluma corresponde en realidad a Marie-Louise Antoinette de Heredia (hija del poeta José María de Heredia), una amiga cercana de los Bengoechea.

20. Del poema «L'Adieu du Cavalier» de 1918. *Cf.* Apollinaire, G., *Œuvres poétiques*, texte établi et annoté par Marcel Adéma et Michel Décaudin, Paris, Gallimard, Bibliothèque de la Pléiade, 1965, p. 253.

21. Fargue, L-P, *Hernando de Bengoechea ou l'âme d'un poète*, p. 273.

22. D'Houville, G., «Un poète soldat au "1er étranger" : Hernando de Bengoechea», p. 607.

23. Sobre Hernando de Bengoechea y el teatro, ver Mächler Tobar, E., «*Soratâma*. Los indígenas en el teatro de Hernando de Bengoechea», in *Réceptions réciproques : littérature*

mes camarades nous préparons une comédie-revue suivi de réveillon et tout le tremblement», escribe en la Navidad de 1914[24]. Curiosamente y a pesar del conflicto en el que participa, reconoce sentir una gran admiración por Richard Wagner (1813-1883)[25]. Con el paso de los meses, su correspondencia deviene más concreta. Le escribe a su hermano Alfred:

> Je me trouve faire partie de cette interminable et longue bataille qu'implique la tranchée. On y est très bien protégé sans doute contre les balles et même contre la canonnade, mais l'une et l'autre, quoique intermittentes, n'en sont pas moins journalières et, à la longue, il est difficile d'échapper. Nous faisons une sorte de guerre de siège. Le mouvement n'est pas à entreprendre par ici. Nous n'avons pas pour l'instant qu'à maintenir. En réalité les belligérants sont si fortement retranchés de part de d'autre, que les avances ne sont possibles que par petits contingents et à de courtes distances. Voilà la situation où je me trouve[26].

Sin embargo, el aspecto inhumano y horrible de la guerra, es decir pulgas, lluvia, barro, hambre, excrementos, pestilencia, oscuridad y muerte, son borradas con elegancia del cotidiano de las trincheras en su correspondencia. Digamos que sus cartas llegan libres de microbios, «desinfectadas»[27]. Solo la muerte de los aristócratas amerita algunas líneas, como si se requiriese engrandecer su sacrificio, o quizá solamente este es valioso a sus ojos elitistas. Parece considerar que otras personas tienen más sufrimiento que él, incluso algunas que se hallan lejos del frente, tal su amiga Isadora Duncan (1877-1927)[28], a la cual se refiere

française en Colombie et littérature colombienne en France, Heymann C. et Mächler Tobar, E., (Coord.), Binges, Orbis Tertius, Collection du CEHA, 2018, p. 149-169.

24. Fargue, L-P, *Hernando de Bengoechea ou l'âme d'un poète*, p. 277.

25. En sus cartas de guerra escribe: «Pour un Wagner, par exemple, je fais abstraction de la nationalité et je fredonne souvent avec joie ses motifs les plus beaux qui ne sont pas teutons, mais, bien au contraire, pleins du soleil de la Méditerranée». Fargue, L-P, *Hernando de Bengoechea ou l'âme d'un poète*, p. 297-298.

26. *Ibid.*, p. 281.

27. Al analizar las cartas que Wilfred Owen envía a su madre desde las trincheras, Mallon afirma que estas parecen «sanitized»: todo lo desagradable ha sido borrado o no es mencionado. Mallon, T., *Yours ever. People and Their Letters*, New York, Pantheon Books, 2009, p. 260.

28. Socarrás, J. F., «Prólogo: Hernando y Alfredo de Bengoechea», *in* Bengoechea, H. y A. de, *Poesías*, traducción y prólogo de José Francisco Socarrás, Bogotá, Fundación Simón

en una misiva: «Par quelles impressions a dû passer cette chère Isadora depuis la déclaration de guerre ! Tout ce qu'elle aime, atteint, divisé, spolié !»[29]. Se muestra profundamente contrariado por la fuerte confusión idiomática que escucha a menudo en su regimiento y por el incorrecto francés empleado: «L'absence du milieu français me fait souffrir aussi. La Légion, c'est encore et toujours la Tour de Babel où l'on écorche d'abominable façon cette admirable langue que j'aime tant»[30]. Él, dandy parisino acostumbrado a codearse con la élite burguesa, a la vez aprecia la fraternal cercanía y se resiente fuertemente de la barrera que debe separarlo de los otros. Acota por ejemplo, sirviéndose de un lenguaje que puede percibirse como clasista: «Pour mon capitaine actuel je ne suis qu'un soldat dans le nombre, c'est-à-dire un ouvrier par rapport au patron…»[31]. No obstante, es necesario acotar que otros de su misma posición social manifiestan una posición más abierta. Recuérdese lo que en similares circunstancias pero con un espíritu tan opuesto, dejaba traslucir el francés Élie Faure (1873-1937) en *La Sainte-face*: «Quel ressort pour l'esprit que la diversité des âmes !… Allons vers la guerre avec ceux qui ne sont pas pareils à moi mais qui forment avec moi, confusément et dans l'Histoire, la polyphonie vivante de l'esprit de cette nation»[32]. Es interesante destacar que Bengoechea era católico de vieja data y asaz barresiano, como lo atestan sus cartas[33].

No se queja jamás del trabajo de todo tipo que debe hacer (aunque lo estima duro y lo efectúa a conciencia), sino de «mon isolement dans un milieu qui n'est pas le mien». En su correspondencia más tardía se hace evidente la evolución de su discurso, y lo vivido le permite escribir poco antes de morir:

> Malheureusement l'heure est grave et je ne puis même m'attarder aux rêveries et aux souvenirs qui me plaisent. Quand tu recevras

y Lola Guberek, 1994, p. 38.

29. Fargue, L-P, *Hernando de Bengoechea ou l'âme d'un poète*, p. 299.

30. *Ibid.*, p. 309.

31. *Ibid.*

32. Citado en Desanges, P., *Élie Faure. Regards sur sa vie et sur son œuvre*, Genève, Pierre Cailler Éditeur, 1963, p. 103.

33. Sobre el carácter barresiano, ver Heymann, C., «Hernando de Bengoechea, un poète colombien "Mort pour la France"», en línea.

> cette lettre, Dieu sait où je serai. Au nord d'Arras, où je me trouve, nous allons attaquer les lignes allemandes cette nuit ou la suivante, et je crois que cette fois-ci c'est la grande poussée, une des batailles décisives, quelque chose peut-être de comparable à celle de la Marne. Les forces massées par ici semblent considérables. Aussi, malgré ma confiance, je ne me fais pas trop d'illusions. Il est difficile de se tirer de pareils chocs, surtout lorsqu'on se trouve en première ligne, comme je vais avoir, à ce qu'on me dit, l'honneur d'être. Mais mon souci, comme tu peux comprendre, est moins de mourir que d'en sortir avec honneur. J'espère avoir la force d'âme nécessaire. Je suis calme[34].

Como si el absurdo de perecer en plena fuerza de la vida quedara justificado por el honor evanescente de un sacrificio glorioso en el campo de batalla, por un último y desesperado intento de evitarle a la familia, bien protegida en la retaguardia, la vergüenza de una cobardía momentánea. Después de su temprana muerte, sus libros escritos en francés se editaron en Saint-Raphaël (Var, sur de Francia): *Les crépuscules du matin*, libro de poesía de estilo modernista o simbolista, y *Le vol du soir*, con tres obras de teatro[35]. Los periódicos colombianos destacaron la muerte del colombiano en Arras, pero prontamente pasó al olvido[36]. ¿Es debido a que escribe en francés? Su amigo Léon-Paul Fargue efectúa en *Hernando de Bengoechea ou l'âme d'un poète* (1948) el primer rescate de ese nimbo silenciado de los desmemoriados. Su hagiografía comienza afirmando que su deseo concreto es: «le faire jaillir de l'ombre comme un héros»[37]. Darío Achury Valenzuela le sigue los pasos fielmente en su biografía *Cita en la trinchera con la muerte* (1973), de la cual escasos elementos permanecen pasado el filtro de una lectura atenta[38]. Posteriormente, otros

34. Fargue, L-P, *Hernando de Bengoechea ou l'âme d'un poète*, p. 314.

35. Bengoechea, H. de, *Les crépuscules du matin*, Saint-Raphaël, Éditions des Tablettes, 1921; Bengoechea, H. de, *Le Vol du soir*, Saint-Raphaël, Éditions des Tablettes, 1922.

36. En su reciente novela *La forma de las ruinas*, el colombiano Juan Gabriel Vásquez insinúa que parte del interés que la prensa tuvo al reseñar ampliamente este sacrificio fue ocultar el avance y los resultados de la investigación judicial sobre el confuso asesinato del político liberal Rafael Uribe Uribe (1859-1914). Vásquez, J. G., *La forma de las ruinas*, Bogotá, Alfaguara, 2015, p. 329 y siguientes.

37. Fargue, L-P, *Hernando de Bengoechea ou l'âme d'un poète*, p. 7.

38. El mismo autor había publicado anteriormente un artículo sobre el legionario. Achury Valenzuela, D., «En el centenario de Proust: episodios intrascendentales de la amistad

intentos recientes continúan estas pesquisas esclarecedoras[39]. Colombia está ciertamente en deuda con este escritor segado en tierras extranjeras.

II. *An aesthete at the centre of a tornado*

Bruce Chatwin (1940-1989), quien lo visita a finales de la década de 1970, define con estas palabras al oficial alemán[40]. Ellas parecen develar la otra cara de una moneda en la que el anverso lleva grabada esta confesión del segundo: «nous sommes de gaillards tels qu'il en faut à l'Histoire, non des pantouflards, des ratiocineurs sur le juste et l'injuste, mais des gens qui foncent lorsqu'il le faut. L'Histoire possède une grande Raison, elle vaque à ses affaires même sans la petite raison qui est nôtre»[41]. Fiel a esta afirmación instintiva, donde por encima de todo raciocinio el combate en sí es el fin último, el adolescente Ernst Jünger se escapa de la casa para enrolarse en la Legión Extranjera en 1913, siendo recuperado con dificultad por su padre en Sidi-bel-Abbès (al norte de África). Se alista nuevamente como voluntario en 1914: «La guerre nous avait donc saisis comme une ivresse»[42]. Es enviado al frente en Champagne, con el 73° regimiento de fusileros, mejor conocido como «Regimiento de Gibraltar»[43]; allí decide en la precipitación ir anotando en libretas minúsculas un diario con sus meditaciones y eventos relevantes. Releyéndolas después, Jünger acota que son: «des phrases d'abreviations survoltées, illisibles comme les graphiques hachés de l'aiguille

de Proust con el poeta-legionario colombiano Hernando de Bengoechea», in *Revista Universidad Nacional*, N° 9, Bogotá, 1971, p. 101-117.

39. Ver, por ejemplo, los artículos siguientes: Ramón Illán, R. I., «¿Un samario amigo de Proust?», in *Crónicas casi históricas*, Barranquilla, Ediciones Universidad del Norte, 2007, 2a edición, p. 37-42; Heymann, C., «Hernando de Bengoechea, un poète colombien "Mort pour la France"», en línea; y Mächler Tobar, E., «*Soratâma*. Los indígenas en el teatro de Hernando de Bengoechea», p. 149-169.

40. Chatwin, B., «Ernst Jünger: An Aesthete at War», in *What Am I Doing Here*, London, Picador, 1990, p. 301.

41. Jünger, E., *Journaux de guerre. I. 1914-1918*, édition établie par Julien Hervier avec la collaboration de François Poncet et Pascal Mercier, Paris, Gallimard, Bibliothèque de la Pléiade, 2008, p. 787.

42. Jünger, E, *Orages d'acier*, in *Journaux de guerre. I. 1914-1918*, p. 3.

43. Benoist, A. de, *Ernst Jünger. Une Bio-bibliographie*, Paris, Guy Trédaniel Éditeur, 1997, p. 16.

qui enregistre un tremblement de terre, s'achevant en longs traits sous le fouet d'une main hâtive»[44]. El resultado es un valioso testimonio de aquella prueba total y traumática, con la muerte acechando en cualquier esquina y en todos los instantes. La lectura y la escritura son asumidas por él como forma de evasión. A menudo lleva encima libros como *Vida y opiniones de Tristam Shandy* (1760 a 1767) de Laurence Sterne (1713-1768) o *El Quijote* (1605 y 1615) de Miguel de Cervantes Saavedra (1547-1616), mencionados con frecuencia; curiosamente ambas obras, como la del soldado alemán, son creaciones y revisiones de varios años, en las cuales el humor nunca está ausente.

Fruto de su experiencia en las trincheras son dos obras significativas: *Orages d'acier* (1920), que será traducida al inglés en 1929 y al francés en 1930, y *Le Boqueteau 125* (1924), que lo será en 1930 y 1932, respectivamente. Ambas dan clara medida del valor testimonial y literario que busca su autor. Forman igualmente parte de esta representación posterior de la guerra otras obras como *Le combat comme expérience intérieure* (1922), *Sturm* (1923), *Feu et Sang* (1925), *Feu et mouvement* (1930) y *La déclaration de guerre de 1914* (1934); todas ellas recopiladas bajo el título global *Journaux de guerre. I. 1914-1918*.

Jünger fue varias veces herido en combate durante la Primera Guerra, «j'avais attrapé au total un minimum de quatorze blessures», reconoce, y por ello condecorado con las más altas distinciones del ejército alemán; entre las zonas donde fue herido se halla Artois (1917). Ello lo enfrenta de cerca con la muerte, que puede ser entonces entendida tanto como el final y una total pérdida que como una plena liberación, una sensación de felicidad que se resiente en el momento de desplomarse herido:

> Tandis que je m'écroulais pesamment sur le sol de la tranchée, j'eus la certitude que ma fin était irrévocable. Et, chose étrange, ce moment a éte l'un des très rares dont je puisse dire qu'ils ont été vraiment heureux. À cette seconde, comme illuminé par un éclair, je compris ma vie dans sa structure la plus secrète. Je ressentais une surprise incrédule de ce qu'elle dût se terminer en ce lieu précis, mais cette suprise était empreinte d'une grande sérénité. […] Là où j'étais maintenant, il n'y avait plus ni guerre ni ennemi[45].

44. Jünger, E., *Le Boqueteau 125*, in *Journaux de guerre. I. 1914-1918*, p. 287.

45. Jünger, E., *Orages d'acier*, p. 255-256.

Léase obteniendo entonces una distanciación integral del entorno, incluso de su misma muerte, como si fuera ajena: esta es tan solo la otra cara de la vida. Siempre honesto, Jünger reconoce también haber sentido miedo, y lo manifiesta después de haber corrido aterrorizado como los otros soldados: «Ne plus rien entendre, ne plus rien voir ! Seulement fuir d'ici, fuir jusqu'au fond de l'obscurité !»[46]. Pero consigue dominarlo y controlado vuelve al epicentro del horror en las trincheras, entre sus compatriotas.

Desde la llegada al poder del canciller Adolf Hitler abandona la política, aunque participa en la Segunda Guerra Mundial, en Francia ocupada: «Ce n'était pas ma guerre, mais celle de Hitler», afirma[47]. En ella, será decorado por ayudar a un herido a alejarse del frente. Jünger era también un enamorado de la tierra y de la cultura francesas: «Ô parcelle de France ensoleillée où nous ont jetés des forces plus puissants que nous – ne crois pas que nous gardions un cœur impassible au sein de ces dévastations», escribe más tarde en *Le Boqueteau 125*, y añade: «Tu dois, comme nous, supporter un destin que tu n'as pas mérité»[48]. ¿Honestidad de caballero vencido o simple fórmula de excusa? Escritor lleno de ambigüedades que no le quitan validez a su testimonio, retoca con maniática frecuencia sus obras publicadas para suavizar o difuminar aspectos de naturaleza conflictiva, o para mejorar su calidad literaria. Al leer sus diarios de la época se constata una sensación «of dandyism, of cold-bloodedness, and, finally of banality», como con pertinencia acota Chatwin[49]. No obstante, esta banalidad oculta bien su compromiso con los oficiales opuestos a Hitler (Jünger escapa de justeza a las purgas por el atentado fallido)[50], así como su pertenencia al grupo de intelectuales conocido como *Konservative Revolution*. Permanece la impresión de un hombre que ha construido o ensombrecido su propio mito gracias a

46. *Ibid*., p. 203.

47. Benoist, A. de, *Ernst Jünger. Une Bio-bibliographie*, p. 25.

48. Jünger, E., *Le Boqueteau 125*, p. 304. Esta cita aparece con ciertas diferencias en el prólogo a Jünger, E., *La Paix*, traduit de l'allemand par Banine et Armand Petitjean, Paris, La Table Ronde, 1992, p. 19. ¿Es debido a los frecuentes retoques del escritor? ¿A una nueva traducción?

49. Chatwin, B., «Ernst Jünger: An Aesthete at War», p. 300.

50. Su hijo Ernstel es arrestado y encarcelado durante seis meses por opiniones antihitlerianas, y caerá luego mártir en la batalla de Carrara (Italia).

una visión idílica de la guerra como sustento existencial. Si Bengoechea era el dandy en las trincheras, Jünger lo es de los campos de batalla en general, pues participa en ellas varias veces. También asemeja a estos dos escritores su compartido barresianismo[51], entre otras influencias francesas.

Aristócrata simpatizante confeso del militarismo nacionalista, Jünger no obstante manifiesta en sus obras un claro nihilismo. Pero en sus meticulosos diarios de la Primera Guerra emplea un método científico de análisis, próximo de su oficio de entomólogo, donde se halla toda la «horrific beauty of trench warfare and the reckless gaiety of men under fire», siguiendo la sintética fórmula de Chatwin[52]. Ernst Jünger es un claro representante del denominado «instinct de mort»[53], suerte de placer de hacer la guerra, de considerarla la única explicación o justificación de la existencia, henchida de cierto ideal caballeresco:

> Durant la guerre, je me suis toujours efforcé de considérer l'ennemi sans haine, et de l'apprécier en tant qu'homme à l'aune de son courage. Je cherchais l'occasion de me battre avec lui afin de le tuer et je n'attendais rien d'autre de sa part. Mais je n'ai jamais nourri de lui une idée basse[54].

Tal un cazador, su pulsión de muerte o su anhelo de matar se nutren en la fuerza de quien se asume ente superior, un ser invencible e indestructible que no puede desfallecer, un hombre de acero que confía ciegamente en una modernidad encarnada en la potencia de la guerra industrial, en medio de la cual el individuo puede ser heroico. «Sur toute pensée, sur tout acte pesait l'obligation la plus lourde, honneur suprême et terme radieux : la mort pour le pays et pour sa grandeur», escribe filosofando en *Le Combat comme expérience intérieure*[55]. No intenta ocultar

51. Para su barresianismo, véase Bervialle, O., «Jünger, l'homme total», in *Revue L'œil-de-bœuf*, N° 5/6, Dossier "Ernst Jünger", décembre 1994, Paris, p. 61.

52. Chatwin, B., «Ernst Jünger: An Aesthete at War», p. 300.

53. Rousseau, F., «De l'acceptation de la guerre à l'acceptation du crime (1914-1945)», *in* Rousseau, F., *Guerres, paix et sociétés. 1911-1946*, Neuilly, Atlande, 2004, p. 394.

54. Jünger, E., *Orages d'acier*, p. 51.

55. Jünger, E., *Journaux de guerre. I. 1914-1918*, p. 612. En otra obra sintetiza mejor su pensamiento: «La vie n'a pas de sens qu'engagée pour une idée».

la realidad insuportable de las trincheras y de su cotidiano de muerte, y escribe:

> Des groupes sombres apparurent dans la rue déserte, portant sur des bâches ou sur leurs mains croisées des ballots noirs. J'eus une sensation étouffante d'irréalité quand mes regards se fixèrent sur une forme humaine, ruisselante de sang, dont la jambe pendait du corps sous un angle bizarre, et qui poussait sans arrêt de rauques appels à l'aide, comme si la mort subite la tenait encore à la gorge[56].

Su descripción es fría y precisa, cual informe de médico forense. La guerra representa a sus ojos la suprema manifestación del espíritu de la nación alemana, por la cual es digno morir: «Comme ce pays était beau, et bien digne qu'on versât son sang et qu'on mourût pour lui !»[57]. Esta conciencia, empujada si necesario hasta el sacrificio final, es la que genera una «colossale énergie» que lo aleja del soldado común: «Le fossé entre l'officier et le soldat est infranchissable»[58]. La jerarquía de un oficial como opuesto al trabajador hormiga, obediente hasta el sacrificio en el altar de la patria, se verá también en *El Trabajador* (1932). Por encima de la guerra fratricida y fraterna, la conciencia de clase persiste, y lo hará hasta el final. Jünger, tan aristócrata, no podía identificarse con los nazis, paradigma de la vulgaridad y de las clases desposeídas, sostiene Olivier Bervialle en su homenaje[59]. Esta vulgaridad aclara, tal vez, la desaparición completa del ideal caballeresco y del honor que caracteriza el mortífero combate de la Segunda Guerra Mundial. Años más tarde su ideología conoce metamorfosis, y prueba de ello se halla en una carta de 1947 que Jünger envía a su traductora al francés de *La Paix*:

56. Jünger, E., *Orages d'acier*, p. 4-5. Otro ejemplo: «Une odeur douceâtre et un paquet accroché dans le réseau des barbelés mirent mon attention en éveil. Je bondis hors de la tranchée dans le brouillard de l'aube et me trouvai devant le cadavre recroquevillé d'un Français. Une chair de poisson, décomposée, luisait d'un blanc verdâtre dans l'uniforme en lambeaux. Me retournant, je sautai en arrière, saisi d'horreur : près de moi, une forme humaine était accroupie contre un arbre», p. 21.

57. *Ibid.*, p. 28. Véase igualmente la p. 154.

58. Citado en Maris, B., *L'Homme dans la guerre. Maurice Genevoix face à Ernst Jünger*, Paris, Grasset, 2013, p. 68.

59. Bervialle, O., « Jünger, l'homme total », p. 57-58.

> Lorsqu'au cours de l'hiver 1941, à l'Hôtel Majestic, c'est-à-dire en somme dans le ventre du Léviathan, je traçai sur une feuille blanche ce mot : LA PAIX, j'eus le sentiment de m'engager dans une entreprise plus considérable que tous les faits de guerre auxquels j'avais participé jusqu'alors depuis 1914[60].

Su manera de escribir se concentra en la observación directa y participante: durante el combate, Jünger es excelente oteador, y asume que no todo es controlable en medio de la confusión. En los momentos de calma integra estas experiencias a su concepción del mundo, estructurando una filosofía guerrera donde lo sagrado está presente de manera obsesional[61]. Paradójicamente, asume la actitud de un caballero medieval que anhela la llegada del futuro tecnológico como experiencia sacramental.

III. *This is the feast of Death*

Recién diplomado de Harvard University, John Dos Passos se alista en 1917 como voluntario conductor de ambulancias en la Norton-Harjes Ambulance Service (US Army Medical Corps), en la 541ª sección, enviada a Verdún. Le escribe a un amigo: «In the spring I shall go to Paris and try to get an Ambulance job of somme sort», confiado en llegar pronto a Berlín, y le explica que «For some reason I confidently expect peace next year»[62]. Reconocerá más tarde que en aquel momento «La propagande franco-américaine battait le tambour en faveur de l'intervention américaine. Les professeurs perdaient la tête ; la haine de l'Allemand était devenue une manie»[63]. No compartir este odio podría

60. Jünger, E., *La Paix*, p. 16.

61. Beltran-Vidal, D., «Le processus de la création littéraire chez Ernst Jünger : voir, concevoir, composer», in *Études Germaniques*, N° 4, 51ème année, octobre-décembre 1996, Paris, p. 773.

62. Dos Passos, J., *Travel Books & Other Writings, 1916-1941*, New York, The Library of América, 2003, p. 642-643. Tanto la Norton-Harjes como la American Field Service, el otro servicio importante de ambulancias, hacen parte de la Cruz Roja.

63. Dos Passos, J., *La belle vie*, traduit de l'anglais par M.-E. Coindreau et C. Richard, Paris, Gallimard, 2008, p. 48. Jünger nos permite apreciar esta propaganda de manera anecdódica: al llegar a un abrigo abandonado por los ingleses, encuentra varias revistas inglesas, «pleines de sorties d'un goût douteux contre "the Huns"». Jünger, E., *Orages d'acier*, p. 219.

ser tachado de pro-germanismo, con las nefastas consecuencias sociales del ostracismo que se deriva. Poco después hará parte de la 1ª sección de la Cruz Roja estadounidense, enviada a Italia, como es el caso para su compatriota Ernest Hemingway (1894-1961). En *One Man's Initiation* (1920), novela de marcado carácter autobiográfico, Martin Howe sale de New York con alegre despreocupación, cantando en el barco con los demás voluntarios que conducen ambulancias: «¡Dios ampare al káiser Bill!»[64]. Durante la travesía las conversaciones sobre el horror que les espera y las atrocidades de los alemanes comienzan a colonizar el ambiente; Martin desconfía de esas versiones sobre el monstruo teutón considerándolas exageradas y parcializadas[65]. Lo más significativo de la novela es esa permanente oscilación entre el frente cercano a las trincheras y la vida detrás de las líneas, entre las muy cercanas posiciones francesas y las alemanas: «Resulta curioso observar […] que, tanto mentalmente como en todo lo demás, estamos mucho más cerca de los alemanes que de los demás», comenta uno de los médicos en una corta pausa que le deja el quirófano[66]. Es tal vez esta cercanía de los combatientes la que explica la imperiosa necesidad de la fraternidad y de la cooperación entre los hombres. Martin socorre a un prisionero alemán herido, retirándolo de la línea de fuego:

> en un esfuerzo por llevarlo al refugio, Martin sintió los músculos de sus brazos y sus costillas adheridos al cuerpo del herido. Era como si su propio cuerpo participara en la agonía de aquel hombre. Por fin, todos los odios y mentiras estaban siendo purificados con sangre y sudor. No quedaba más que la serena amistad

64. En sus diarios aparece igualmente mencionado este estribillo «God help Kaiser Bill!». Dos Passos, J., *Travel Books & Other Writings, 1916-1941*, p. 664; y en la novela *Three Soldiers* lo que cantan es «We're going to get the Kaiser». Dos Passos, J., *Three Soldiers*, London, Penguin Books, 1990, p. 29.

65. En *Three Soldiers* evoca la propaganda anti-alemana que traía el panfleto «German Atrocities»: «His mind became suddenly filled with pictures of children with their arms cut off, of babies spitted on bayonets, of women strapped on tables and violated by soldier after soldier», lo que increnta el deseo de matar «Huns». Dos Passos, J., *Three Soldiers*, p. 61.

66. Dos Passos, J., *La iniciación de un hombre: 1917*, traducción del inglés por Elena Sánchez Zwickel, Madrid, Errata Naturae, 2014, p. 40.

> entre seres semejantes provenientes de diferentes rincones del universo, eternamente semejantes[67].

La fraternidad por encima de la nacionalidad y del odio impuesto por los dirigentes, dos corazones batiendo al unísono. Los conductores de ambulancias consideran que «Lo peor de esta maldita guerra es el *ennui*… el puro y simple aburrimiento»[68], la «Queen Ennui », como la denomina Dos Passos[69]. Prima en permanencia el absurdo de la guerra, visto desde su punto de vista de conductor: en medio del combate, pero sin tomar parte activa en él. El sinsentido de una situación en la cual todas las conversaciones, todas las propuestas utópicas, todo el intelecto nada pueden contra el absurdo total que implica la guerra: «This is the feast of Death», repite varias veces en un poema insertado en su diario, como para reírse irónico del distintivo que los hace «Il Gentleman—so the gentlemen volunteers—»[70]. En realidad, para Dos Passos, «there's nothing one can do about it—no more than one slave can protest when another slave is whipped»[71]. La esperanza es aquí abiertamente nihilista.

El novelista no elude las descripciones crudas de la realidad de las trincheras, y emplea para ello un ojo cinematográfico, como cuando describe un *Gueule cassée*[72], o al observar los soldados que van camino a una muerte certera, cual condenados: «caras inteligentes, caras hermosas, caras brutalmente alegres y caras miserables como las de los borrachos cuando se lamentan». Evoca la desnuda realidad del horror, como puede verse en el momento de recoger con la camilla a un herido:

67. *Ibid.*, p. 131.

68. *Ibid.*, p. 81. Con su particular empleo del francés, en carta a José Giner Pantoja, en 1918, escribe: «Deloin ca doit apparaitre un peu theorique la guerre, mais ici, ou sur le front, je vous assure que c'est tout autre chose. C'est l'ennui, l'esclevage a toutes les stupidites militaires, la misere la plus interessante, le besoin de chaleur, de pain, de proprete» [sic]. Dos Passos, *Travel Books & Other Writings, 1916-1941*, p. 718. Dos Passos insertaba con frecuencia palabras en francés, español, alemán, italiano y latín en sus obras y correspondencia.

69. *Ibid.*, p. 749.

70. *Ibid.*, p. 725 y 731, respectivamente. Dos Passos evoca en otras obras este carácter dual de «volontaires» et de «gentlemen». *Cf.* Dos Passos, J., *La belle vie*, p. 94.

71. Dos Passos, J., *Travel Books & Other Writings, 1916-1941*, p. 710.

72. Dos Passos, J., *La iniciación de un hombre: 1917*, p. 21.

> En el centro del cuerpo, donde antes había estado la curva de la tripa y los genitales, donde los muslos habían estado unidos al tronco por medio de fuertes músculos, había una concavidad, un profundo charco de sangre que brillaba tenue en los fríos rayos de la luz grisácea del Oeste[73].

Este absurdo permanente, esta «absurde pitrerie des gouvernements»[74] lo lleva a cuestionarse y concluye: «¿por qué disfrutarán tanto con el odio?»[75]. Las amapolas escarlatas son un recuerdo permanente de esta sangre inútilmente vertida: «The war is utter damn nonsense—a vast cancer fed by lies and self seeking malignity on the part of those who don't do the figthing»[76]. Las órdenes vienen de lejos del frente, de oficinas donde no se sufre ni se enfrenta al enemigo. En su correspondencia va más allá acotando que el sinsentido de esta «dance of death» es simplemente una «senseless agony of destruction»[77]. Su propuesta para romper el aburrimiento es brutalmente concreta:

> Je ressens sans cesse le besoin de l'ivresse d'un bon bombardement. Je veux, à chaque instant, jouer aux dés avec cette vieille bambocharde de Mort… et je me sens ainsi plus vivant que jamais… Je n'ai pas encore vécu. On voit encore sur ma peau la trace de mes langes. Demain, je vivrai jusqu'à la lie, ou bien je mourrai aujourd'hui[78].

Al hastío enfrentarlo entonces con más absurdo: una total desmitificación de la gloria guerrera, de la guerra misma. *One Man's Initiation* es como la primera marcha para construir una segunda novela, también autobiográfica, *Three Soldiers* (1921). El protagonista es el compositor John Andrews, enrolado como voluntario pues se halla cansado de libertades y esperanzas vanas; no obstante, la realidad de la guerra va a repugnarlo otorgándole una cierta conciencia social. Deserta para componer una obra inconclusa, basada en la *Tentation de Saint Antoine*, de Gustave

73. *Ibid.*, p. 33 y 41, respectivamente.

74. Dos Passos, J., *La belle vie*, p. 92.

75. Dos Passos, J., *La iniciación de un hombre: 1917*, p. 41.

76. Dos Passos, J., *Travel Books & Other Writings, 1916-1941*, p. 671. En su novela *La iniciación de un hombre: 1917* acota: «las extensiones de amapolas escarlatas parecían la sangre de los combatientes muertos a lo largo de la historia». Dos Passos, J., *La iniciación de un hombre: 1917*, p. 18-19.

77. Dos Passos, J., *Travel Books & Other Writings, 1916-1941*, p. 657.

78. Dos Passos, J., *La belle vie*, p. 93.

Flaubert (1821-1880), pero la policía militar lo detiene[79]. El viento se lleva las hojas de la partitura, en una curiosa metáfora para mostrar el individualismo del hombre destrozado por la máquina de guerra. Dos Passos mismo afirma que su novela «C'est une proteste assez désagréable contre "la servitude miliaire", comme disait Vigny, qui me coûte grand peine à écrire. Je dis proteste, je ne sait pas si c'est un proteste ou non : espérons que non. Mais comme je déteste tout ce qui est militaire…»[80]. Su personaje John, mismo nombre del escritor, piensa que la sociedad no cambiará nunca y que al final aunque haya revueltas y cambios, el círculo vicioso continúa: «at last forming new societies to crush the old societies and becoming slaves again in their turn…»[81]. Desesperanzado, Dos Passos ve que los Estados Unidos, en su carrera hacia la modernidad a ultranza, ha perdido de manera irremediable su alma.

IV. *Senseless agony of destruction*

Hay varios elementos que se repiten en los tres casos estudiados, como para apoyar la afirmación de Aron, quien sostiene: «L'étranger est celui contre lequel il n'est pas criminel de se battre jusqu'à la mort». No obstante, no siempre el enemigo merece la muerte a causa de la diferencia. El mismo filósofo puede entonces continuar con su análisis afirmando: «Mais, de fait, ceux qui se battent sous le mêmes drapeaux n'adorent pas toujours les mêmes dieux, ceux qui se livrent une guerre à mort adorent parfois les mêmes dieux»[82]. Lo que trae a la memoria los varios intentos de fraternización entre las líneas enemigas, prestamente castigados por los altos comandos con ejecuciones. La guerra se instala para durar, y el aburrimiento, por extraño que parezca, signa por momentos a los combatientes. El soldado Robert Desaubliaux nota en su diario su presencia constante en el frente: «Je m'ennui ! mes mitrailleurs aussi !». Y

79. Dos Passos, J., *Three Soldiers*, p. 281. El escritor anota esta lectura de Flaubert en sus diarios, señalando: «It is a marvellous nightmare of religion and philosophy». Dos Passos, J., *Travel Books & Other Writings, 1916-1941*, p. 656.

80. Dos Passos, J., *Lettres à Germaine Lucas-Championnière*, édition de Mathieu Gousse, Paris, Gallimard, 2007, p. 79. El particular uso del francés en las cartas de John Dos Passos se ha respetado.

81. Dos Passos, J., *Three Soldiers*, p. 373.

82. Aron, R., *Paix et guerre entre les nations*, p. 295.

destaca que a veces este genera crisis de deseos homicidas: «Oublié tout ce que j'ai enduré, tout ce que j'ai souffert ; tout mon être est fasciné par cette attaque qui va se déclencher et que j'attends avec impatience, avec le besoin de tuer… de tuer sans pitié»[83]. En octubre, recordando las batallas pasadas, entre ellas la de La Targette, se lamenta nostálgico: «Ce sont les morts de mai dernier. Ceux dont on ne parle déjà plus : les nôtres de cette dernière attaque ont leur place laissée vide ici. On prononce encore quelquefois leurs noms»[84], apenas cruces con un képis encima. ¿Explica esto ese deseo de concluir con todo de inmediato? Este olvido que se instaura es el que define una banalización creciente de la muerte, mientras la fraternidad se perfecciona entre los sobrevivientes. Frédéric Rousseau destaca la importancia de la camaradería: compartir la guerra y la miseria, el pan y los envíos que llegan por correo, se hace imperativo; se solidifican los lazos de solidaridad a la vez que se alienta el espíritu gregario. «Le lien avec l'arrière» es vital, es una especie de cordón umbilical, por lo que Rousseau insiste: «Par la correspondance, par l'échange souvent quotidien de lettres, de cartes postales, de colis, les hommes de l'avant demeurent en contact avec leur famille et leur pays»[85]. Si este lazo viene a romperse, por lo general se incrementa la posibilidad para el soldado de sucumbir al conflicto, como lo presentía desde las trincheras el poeta inglés Wilfred Owen (1893-1917)[86]. Vida, muerte, olvido…

Es importante insistir en la necesidad de los diarios o de las cartas de los combatientes. El fenómeno es bastante más extendido que en el campo puramente militar, pues, como sostiene Aída Martínez Carreño: «Es frecuente la necesidad de llevar un diario íntimo, sucedáneo del sicoanálisis, cuando el individuo está sometido a presiones extremas y busca una forma de aislarse que le ayude a mantener su equilibrio y

83. Desaubliaux, R., *La Ruée. Journal d'un poilu*, p. 218 y 308, respectivamente.

84. *Ibid.*, p. 211.

85. Rousseau, F., «De l'acceptation de la guerre à l'acceptation du crime (1914-1945)», p. 391.

86. Mallon, T., *Yours ever. People and Their Letters*, p. 258. Los poemas de Owen sobre el absurdo del conflicto y la indignación frente a la propaganda oficial serán utilizados por el compositor Benjamin Britten (1913-1976) en su *War Requiem*, Op. 66, de 1962.

ejercitar la reflexión»[87]. Pero esta reflexión puede escamotearse: de uno y otro lado las informaciones desagradables se ocultan o se banalizan. Esto se hace evidente durante los cortos permisos. El soldado descubre entonces una realidad urbana en la cual la vida de los civiles, lejos del frente, parece ignorar la realidad de las tricheras: el cotidiano continúa de modo casi normal e incluso se recurre a las diversiones y espectáculos deportivos; el choque moral es enorme. Una manifestación significativa y recurrente, la revista de guerra, suerte de cabaret erótico, conoce según Romain Piana al menos 400 espectáculos representados en París entre 1915 y 1918. Para el solo año de 1916, al menos 50 de estos son representados en los teatros de ejército[88]. El combatiente siente una especie de culpabilidad con los otros soldados dejados en las trincheras, con los hermanos abandonados, una sensación de culpa al estar vivo y de permiso.

La presencia, como una suerte de telón de fondo o de metrónomo, del cañón de 75 francés acompaña cotidianamente con sus permanentes detonaciones la vida en las trincheras. En su estudio sobre la artillería de la Primera Guerra, Stéphane Audoin-Rouzeau afirma que este era:

> Le meilleur canon de l'époque, léger et mobile, groupé en petites batteries pour le soutien immédiat à l'avance de l'infanterie, était capable de tirer à une cadence très élevée de huit coups par minute sur une courte période, avec une portée maximale de 1800 m.[89]

Francia tenía en servicio alrededor de 5000 de estos, «L'élite de l'armée, son espoir» como los califica Pierre Miquel[90]. El *poilu* Desaubliaux, entre otros, recuerda cómo: «L'air vibre, tremble, siffle, frémit. Les obus de 75 frôlent les parapets», añadiendo días después admirativo: «Quel

87. Martínez Carreño, A., «Los diarios personales como fuentes para la historia», in *Boletín de Historia y Antigüedades*, N° 831, vol. XCII, diciembre 2005, Bogotá, p. 736. Esta autora hace un interesante y completo recuento del uso del diario en Colombia.

88. Piana, R., «L'étranger dans les revues de la guerre 1914-1918», *in* Coutelet, N. et Moindrot, I. (Dir.), *L'altérité en spectacle, 1789-1918*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2015, p. 144.

89. Audoin-Rouzeau, S., «Artillerie et mitrailleuses», *in* Stéphane Audoin-Rouzeau et Jean-Jacques Becker, *Encyclopédie de la Grande Guerre 1914-1918. Histoire et culture,* Paris, Bayard, 2004, p. 257.

90. Miquel, P., *Les poilus. La France sacrifiée*, p. 84.

chic canon tout de même que ce 75 !»[91]. Bengoechea, aficionado como era a la música, se refiere a él abundantemente en sus cartas, como en enero de 1915:

> De la tranchée où nous sommes, nous l'entendons claquer à près de deux kilomètres en arrière, et pourtant le coup semble tout proche. C'est un coup sec et métallique dont la vibration répercutée par les bois sonne comme une corde de harpe. Il domine tout de sa voix brève et pénétrante. C'est comme le coup de fouet du dompteur soumettant le fauve. Et puis, s'il le faut, c'est de seconde en seconde qu'il part. Il ne laisse pas à l'adversaire le temps de respirer. On se sent protégé par son infatigable énergie[92].

Dos Passos, que comparte con Bengoechea la pasión musical, evoca igualmente los mencionados cañones: «Un par de veces al día se producían violentas descargas de los cañones del 75 de la batería situada tras el monasterio, y los bosques resonaban como las estremecidas cuerdas de un arpa»[93]. Y en sus memorias, *La belle vie*, el mismo estadounidense insiste en este aspecto musical lleno de animación, como si leyera una partitura:

> Le canons grondent, pètent et crachent leur venin, et je suis là, couché, crachant aussi mon venin… […] Il faut que j'en vois d'avantage, toujours d'avantage, […] l'immense tam-tam des canons, le bruit assourdissant, déchirant des obus qui explosent, le chant des obus qui s'envolent comme de vastes coqs de bruyère, leur ronronnement satisfait quand ils approchent du but, la vibration des éclats, harpes brisées dans les airs, et le martelement sec des pierres et de la boue sur le casque[94].

Pero aunque sean cañones de 75, «one cannot occupy terrain with guns», como explica lúcidamente Boyd[95]. Sea la guerra parece no existir, suavizada y ocultada, como para Bengoechea, sea es algo absurdo y

91. Desaubliaux, R., *La Ruée. Journal d'un poilu*, p. 172 y 301, respectivamente.

92. Fargue, L-P, *Hernando de Bengoechea ou l'âme d'un poète*, p. 290. Un fragmento más extenso de esta carta fue publicado como ejemplo de «Nouveau Réalisme». Bengoechea, H. de, «Music=music», in *Revue Daily Bull*, N° 9, 1963, dossier «Le nouveau réalisme dépasse-t-il la fiction ?», Bruxelles, non paginée.

93. Dos Passos, *La iniciación de un hombre: 1917*, p. 50-51.

94. Dos Passos, *La belle vie*, p. 92.

95. Boyd, D., *The French Foreign Legion*, p. 206.

aburrrido, como la presenta Dos Passos, o es sencillamente esa extraña y heroica fiesta de sangre a los ojos de Jünger. Juzgar el comportamiento de un soldado en el frente, embarrado en las tricheras y temeroso del gas, sin haber participado en la guerra, sin haberse codeado cada instante con la muerte y la descomposición alrededor, es tarea fácil pero nada ética pues carece de coraje y de principio de realidad. Imposible fiarse de los nervios, imposible adivinar si van a fallar justo en el momento clave. Sin medicinas y encargado de curar como farmacéutico militar a una centena de hombres agonizantes, el poeta austríaco Georges Trakl (1887-1914) intenta suicidarse y reconoce anonadado: «La folie s'empara de moi, et je me suis mis à hurler dans la nuit ; puis, me penchant avec mes doigts d'argent sur les eaux muettes, je vis que mon visage m'avait abandonné. Et la voix blanche me dit : Tue-toi !»[96]. Pero es quizás Cendrars quien nos deja el más escalofriante retrato de esta espantosa locura que hace brotar el terror, cuando en *La main coupée* anota:

> Mais le cri le plus affreux que l'on puisse entendre et qui n'a pas besoin de s'armer d'une machine pour vous percer le cœur, c'est l'appel tout nu d'un petit enfant au berceau : « Maman ! maman !... » que poussent les hommes blessés à mort qui tombent et que l'on abandonne entre les lignes après une attaque qui à échoué[97].

El mismo grito que resiente inquieto el racional Jünger y que tal vez por ello califica de escena salvaje: «Une ombre tomba à la renverse avec un hurlement nasillard, dans les barbelés. C'était un cri hideux, quelque chose comme :"Ouèèèèè", tel qu'un homme n'en pousse peut-être qu'en voyant un fantôme venir sur lui»[98]. Ya no se está vivo, sino en algún paraje entre las sombras, entre fantasmas condenados que vienen a certificar que se está muerto.

Las tres experiencias consideradas son por cierto visiones personales, léase subjetivas y parciales, pero claramente honestas; ninguno de estos escritores se pretende héroe o ejemplo especial de coraje, son solamente

96. Trakl, G., *Rêve et folie & autres poèmes, suivi d'un choix de lettres*, traduit de l'allemand par Henri Stierlin, Genève, Héros-Limite, 2009, p. 103. Trakl morirá poco después de una sobredosis de cocaína. Por cierto, Jünger conocía la obra poética de Trakl.

97. Cendrars, B., *La main coupée*, p. 286.

98. Jünger, E., *Orages d'acier* in *Journaux de guerre. I. 1914-1918*, p. 78.

soldados, en medio de hermanos de guerra, cumpliendo con su compromiso voluntariamente asumido. Dos Passos se cuestiona incluso la validez de la escritura misma: «there is something frightfully paralysing to me in the war—Everything I do, everything I write seems so cheap and futile—If Europe is so senselessly destroy itself—Its as if a crevasse had opened»[99]. En la tripleta de casos se trata del resultado escrito de una guerra vivida en las trincheras, aunque para Dos Passos sea contemplada con un poco más de distancia. «L'expérience de la guerre est au cœur de la littérature de guerre » aunque cause problemas de distinción « entre le moi biographique et le moi littéraire», sostiene Christophe Prochasson[100].Y la tríada aquí considerada está compuesta de escritores, eso es esencial.

La carta tiene la ventaja de una relativa espontaneidad: no hay tiempo de efectuar correcciones, aunque adolezca de la censura o de la autocensura, en la mayoría de las ocasiones. Curiosamente, la ironía parece dominar la correspondencia llevada durante la Primera Guerra[101], como manera de escapar a dicha censura, o para resistir al horror. De manera general, no tenemos acceso sino a la mitad de la historia: raras son las veces en las que se conoce la respuesta a dichas misivas; la enorme demora en la transmisión del correo dificulta establecer una relación directa entre una carta y su correspondiente respuesta. La novela, incluso si es publicada justo después del final del conflicto, conlleva una cierta distancia, una perspectiva en frío, una mirada literaria, un estilo que mediatiza la ficcionalización. Los diarios, como en el caso de Jünger, son manifestaciones más complejas, en la medida en que como se ha comentado, han sido reiterativamente elaborados. Se embellece el recuerdo, se borra lo negativo como en toda memoria del pasado, se elaboran con la conciencia de que van a ser publicados y de que el lector debe tenerse en cuenta. Como ejerce un lazarillo, se le debe llevar de la mano. Gracias a la belleza se pretende sublimar el horror, proceder entonces a una catarsis del mundo sombrío y acceder así finalmente a una perfección estética, puramente literaria: la belleza como escudo ante el horror.

99. Dos Passos, J., *Travel Books & Other Writings, 1916-1941*, p. 652.

100. Prochasson, C., «La littérature de guerre», *in* Audoin-Rouzeau, S. et Becker, J-J., *Encyclopédie de la Grande Guerre 1914-1918. Histoire et culture*, Paris, Bayard, 2004, p. 1189-1190.

101. Mallon, T., *Yours ever. People and Their Letters*, p. 257.

La trinchera es un sitio que se destruye y se reconstruye como llevado por el viento de las circunstancias, que cambia de propietarios entre aliados o alemanes, franceses o milicias de las colonias, con demasiada frecuencia, pero que de alguna manera constituye un lugar relativamente abrigado y seguro, una suerte de *cocoon* o de nido protector, madre y muerte simultáneamente, puesto que nada se decide individualmente. Tal vez por ello, saltando las nacionalidades, los tres evocan curiosamente la dulce Francia y los tres insisten tercos en la fraternidad; en ambos casos es un aferrarse a algo concreto, tangible y cercano, al alcance de la mano abierta, como solicitando la benevolencia de un espacio para descansar de lo impensable, o para sentirse ligado a una historia más extensa que la personal. ¿Es el amor declarado e insistente a este país una manera de exorcizar el miedo? ¿De aferrarse o anclarse a una tierra concreta y materializada? No obstante, en su fuero interno permanece la conciencia de la soledad irredimible del hombre, de la irrepetibilidad de su existencia y por ello recurren al testimonio escrito, a algo que permanezca y garantice un sentido a la existencia. «L'artiste, le poète, le romancier luttent entre ces deux infinis de silence, brassent leur boue noire comme des orpailleurs pour ramener une parcelle de la vérité humaine», sostiene en bella frase Bernard Maris[102]. Y es este ínfimo fragmento el que, como una esquirla de metralla, se inserta en nosotros para hacernos más humanos, el que nos permite comprenderlos y quizás amarlos: sin nosotros haber estado presentes, hemos vislumbrado el horror.

102. Maris, B., *L'Homme dans la guerre. Maurice Genevoix face à Ernst Jünger*, p. 79.

Crónicas desde el punto de vista alemán

LAS CRÓNICAS DE ENRIQUE DOMÍNGUEZ RODIÑO: DEL OTRO LADO DE LAS TRINCHERAS

Xavier Escudero
Université Littoral Côte d'Opale – UR H.L.L.I. 4030

La editorial Renacimiento de Sevilla publicó en 2015 *Las primeras llamas. Un español en la Gran Guerra*, las crónicas de Enrique Domínguez Rodiño, con un prólogo de la periodista y escritora Eva Díaz Pérez, autora de la novela *El sonámbulo de Verdún* (2011), ambientada en la Primera Guerra mundial. Así presenta Eva Díaz Pérez al autor:

> Enrique Domínguez Rodiño (Jérez de la Frontera, 1887 – Guipúzcoa, 1974)[1] fue periodista por azar, pero se convirtió en uno de los más destacados reporteros españoles de la Gran Guerra […]. Durante el conflicto escribió desde Alemania para *La Vanguardia* crónicas, mucho menos conocidas que la del frente occidental ampliamente difundidas por periodistas y escritores españoles. Viajó a las trincheras, recorrió Italia, Polonia, los Balcanes (como su compatriota Gaziel), Suiza, Francia o Dinamarca aportando una visión global sobre este conflicto que no tiene fronteras. No se definía como un germanófilo o germanófobo sino como un observador imparcial. Dirigió *Los Lunes del Imparcial*, fue el descubridor de la tumba de Ángel Ganivet además de impulsor de la repatriación de los restos del escritor granadino y destacado productor de cine con cintas

1. A fin de completar esta presentación del autor, remitimos también al artículo de Teresa María Amiguet del 07 de agosto de 2014 publicado en *La Vanguardia*, <https://www.lavanguardia.com/hemeroteca/20140807/54411645809/enrique-dominguez-rodino-periodistas-corresponsales-primera-guerra-mundial-la-vanguardia.html>.

> como *Romancero marroquí* (1939). En la década de los treinta tuvo un importante papel en el intercambio de producciones cinematográficas entre la Alemania nazi y la España de Franco[2].

Enrique Domínguez Rodiño era en realidad un hombre de negocios y asesor comercial en Brema, pero a causa del bloqueo de la guerra se convirtió en periodista circunstancial. Fue también escritor y director de cine en los años 1920-30. Este periodista ofrece desde *Las primeras llamas. Un español en la Gran Guerra* –publicadas originalmente en 1917– el punto de vista alemán sobre el conflicto mientras que otros españoles como Agustí Calvet «Gaziel», Ramón María del Valle-Inclán o el guatemalteco Enrique Gómez Carrillo lo hacían desde el lado francés o aliadófilo[3]. Son muchos los españoles los que cubrieron, en efecto, desde las páginas de los periódicos, los acontecimientos –podemos citar aún a Emilia Pardo Bazán, a Julio Camba o a Corpus Barga–, pero muchos también quienes trataron la Gran Guerra desde la ficción como Ricardo Baroja, Vicente Blasco Ibáñez o Azorín. Las crónicas de guerra de Enrique Domínguez Rodiño permiten dar cuenta de la atmósfera y de las reacciones de los alemanes entre agosto de 1914 y enero de 1915, pero evocan, también, por ejemplo, la ciudad de Niza en los primeros meses de la guerra. En una entrevista al periódico *El Mundo*, Eva Díaz Pérez precisa que:

> Las primeras crónicas las envió Rodiño de forma clandestina, casi de contrabando, a causa del bloqueo y la sospecha que cae sobre todo lo extranjero. Los textos llegan a España cosidos en la ropa de un compañero que volvía de Alemania. Luego aparecerán en *La Vanguardia* y en 1917 reunidas en *Las primeras llamas. Diario de un testigo-cronista de la guerra* y que, como tantos libros sobre aquel conflicto, no ha sido reeditado desde entonces[4].

2. Solapa de la portada.

3. Remitimos al número 378 «Échos de la Grande Guerre» de la revista francesa de la *Société des Langues néo-latines* de septiembre de 2016, número coordinado por Xavier Escudero y Claude Le Bigot, así como al suplemento en línea con otros seis artículos: <http://neolatines.free.fr/wp/wp-content/uploads/Suppl%C3%A9ment-Grande-Guerre-.pdf>.

4. Eva Díaz Pérez, <https://www.elmundo.es/especiales/primera-guerra-mundial/vivencias/cronicas-desde-el-frente.html>. Es de destacar el dossier muy interesante dedicado a la Primera Guerra mundial del diario español El Mundo: <https://www.elmundo.es/especiales/primera-guerra-mundial/index.html>.

Se divide la obra en siete partes que corresponden con las diferentes etapas de visitas del periodista entre agosto de 1914 y junio de 1915, desde la ciudad de Brema hasta Berlín, cerrando el círculo de las crónicas, pasando por Francia, Italia, Suiza, Bélgica y Rusia. Primero, intentaremos mostrar cómo estas crónicas de Enrique Domínguez Rodiño ofrecen grandes contrastes entre Alemania y Francia en sus manifestaciones bélicas, en sus reacciones frente a los episodios –de victoria o de derrota– de la Gran Guerra. Luego, evocaremos el papel de cronista que intenta superar las circunstancias para entregar al lector una visión más bien global del conflicto y darle un sentido.

I. Del asombro al esfuerzo general de guerra: un país movilizado

El 1 de agosto de 1914, cuando se declaró la guerra y el káiser decretó la movilización del pueblo alemán, Enrique Domínguez Rodiño, corresponsal del periódico catalán *La Vanguardia*, ya estaba en Alemania, en Brema más precisamente es decir el puerto de Alemania que, en aquel entonces, nos informa Rodiño, era el principal para la emigración. Se encontraba con otros españoles que vivían allí o que estaban de viaje (de negocio, de novios, de estudio). Lo que le llamó inmediatamente la atención fue el carácter precipitado, repentino de los acontecimientos: «[…] en un abrir y cerrar de ojos, sin apenas darse cuenta de ello, hase visto estallar el conflicto»[5]; «Desde el momento en que dicha noticia se hizo pública, el espectáculo cambió como por ensalmo, súbitamente»[6]. La impresión que domina estos primeros momentos, horas y días fue la del asombro de la población que se retiró inmediatamente a sus casas, dejando las calles desiertas, observa el cronista. La guerra conlleva además reacciones exacerbadas como la confianza ciega en la fuerza del país como traduce esta impresión encomiástica, transcribiendo un ambiente general: «No había que temer nada. Alemania era fuerte de sobra para pelear con el resto de la tierra y vencerla»[7]. Pero también incentiva simultáneamente un estado de ánimo de desencanto –«Ya no se chilla, ya no se habla con enardecimiento, ya no suenan las carcajadas llenas de

5. Enrique Domínguez Rodiño, *Las primeras llamas. Un español en la Gran Guerra*, Sevilla, Editorial Renacimiento, 2015, p. 49.

6. *Ibid.*, p. 50.

7. *Ibid.*, p. 51.

desprecio, ya no brilla en los ojos la llama de la seguridad»[8]–, de pánico entre la población que veía, en los primeros momentos del conflicto –sólo tres días después de la declaración de movilización o sea el 4 de agosto de 1914–, a espías rusos o franceses por todas partes (muchos rusos que vivían en Brema tuvieron que exiliarse inmediatamente y otros fueron ejecutados) y el cronista insiste en esta atmósfera de sospecha excitada que duró unos días:

> Ayer, lunes, aparecieron por todas partes hojas impresas en las que el Gobierno alemán llamaba la atención del vecindario sobre el número considerable de espías rusos que se hallaban dispersos por las ciudades del imperio […]. Los franceses, por lo visto, eran dignos compinches de los rusos[9].

Enrique Domínguez Rodiño relata anécdotas a veces estrafalarias acerca de este ambiente de sospecha y de tensión que él vivió en persona, pues, cuando estaba paseándose, a pesar de las circunstancias, con su motocicleta debajo de un puente, sitio particularmente estratégico en la ciudad, y, por lo tanto, muy custodiado por los soldados, no pudo pararse inmediatamente a causa de una avería del motor y este acto fue interpretado erróneamente y «a este tenor, miles de noticias igualmente erróneas y abultadas»[10]. La guerra puede así crear escenas cómicas dentro del panorama trágico que estaba perfilándose. Como español, Enrique Domínguez Rodiño se integra en el grupo de los extranjeros que fueron víctimas del ostracismo en estos momentos caóticos, críticos y su prosa oscila entre observaciones directas como verdaderos *arrêts sur image* y reflexiones de carácter más general:

> A cada momento veíanse pasar por las calles largas hileras de esos desdichados, culpables, casi todos ellos, del solo crimen de ser rusos. […] Los demás extranjeros, excepción hecha de los de los países del norte, que hablan perfectamente el alemán y que además parecen alemanes por el tipo, hemos también padecido momentos bien amargos. Sobre todo los que, como yo, denotábamos a la legua nuestro extranjerismo[11].

8. *Ibid.*, p. 52.
9. *Ibid.*, p. 58-59.
10. *Ibid.*, p. 60.
11. *Ibid.*, p. 60-61.

Esta paranoia alemana, mezcla de patriotismo y de miedo, tenía como única meta la seguridad del imperio. Esta obsesión por la seguridad se corroboraba por las medidas tomadas en la prensa así como confirma la especialista Joëlle Beurier en *Photographier la Grande Guerre. France-Allemagne. L'héroïsme et la violence dans les magazines* que da la lista de las consignas de la censura iconográfica de guerra publicada el 08 de enero de 1917: «[l]es consignes visent donc avant tout à protéger le pays, et les censeurs ont toujours comme arrière-plan mental les conséquences militaires de la compréhension d'une image»[12]. Añade que: «En Allemagne, pendant plus de quatre ans, les autorités ont refusé de publier des représentations réalistes du conflit. Elles censurèrent les terribles manières d'y mourir mais également les formes nouvelles du combat, et même les dévastations engendrées par les bombardements»[13]. Efectivamente, hasta Rodiño no se atreve a dar ninguna información precisa en sus crónicas mandadas a *La Vanguardia* sino que, atrincherándose detrás de la neutralidad o imparcialidad del periodista, subraya sobre todo el espíritu de lucha, de resistencia, de abnegación, de patriotismo de los alemanes, pero, también, de los otros países que él visitó los meses que siguieron la movilización en Alemania. Entre los momentos de desorientación consecuentes a la movilización, como efecto del *espíritu maléfico* de la guerra, se destaca el pánico de la gente en Brema (ciudad importante en Alemania por ser un puerto de acceso al mar del Norte) el 7 de agosto al ver o, mejor, creer ver, en el cielo a aeroplanos –*flugzeuge* en el texto de Rodiño– que los unos interpretan como franceses y los otros como rusos o ingleses y que sólo resultan ser nubes, productos de una alucinación colectiva: «Ver, muchos hemos visto. Pero oír, nadie ha oído nada. Además, no se han visto reflectores, ni se ha oído estallar bombas»[14]. La guerra es capaz de encender la fantasía de la población quedada en la retaguardia, quien ve de lejos o por la prensa, la realidad de la guerra, una guerra que sólo puede cobrar forma en la imaginación. El cronista transcribe este miedo que ataca el espíritu de los habitantes que crean leyendas negras sobre sus enemigos como la sobre los aviadores franceses como Jules Vedrines, Marcel Brindejonc o

12. Joëlle Beurier, *Photographier la Grande Guerre. France-Allemagne. L'héroïsme et la violence dans les magazines*, Presses Universitaires de Rennes, 2016, p. 281.

13. *Ibid.*, p. 375.

14. Rodiño, *op. cit.*, p. 91.

Louis Séguin, reputados por su temeridad y su excelente conocimiento de Alemania, que se habían prometido volver para realizar atrocidades. Efectivamente, como confirma el historiador francés Christian Baechler en su obra *L'Allemagne et les Allemands en guerre. 1914-1918*: «La mobilisation dans la défense des justes droits de l'Allemagne se nourrit d'abord de la conviction que l'on mène une guerre défensive contre la barbarie russe, la France revancharde et l'Angleterre envieuse»[15]. Después del pánico inicial y de la estupefacción general, Alemania recobra su serenidad, «la confianza, la seguridad»[16] de la victoria, según las palabras del cronista. Una impresión de confianza tan viva que el 10 de agosto de 1914, Enrique Domínguez Rodiño, tomando ya cierta distancia con los hechos, escribe estas palabras: «Cuando yo escribía eso, ni exageraba, ni me engañaba. Era la pura verdad, observada por mí directamente, en los más diversos ambientes, y oída por mí mismo de miles de bocas»[17]. Él promueve así su trabajo y su misión de reportero extranjero en tiempos de guerra, guiado por el profesionalismo, la imparcialidad, una ética que el periodista español parece adoptar y adaptar a las circunstancias históricas como cuando, al relatar su vuelta a Alemania en enero de 1915, parece extrapolar la posición neutral de España al propio deber del reportero que tiene que actuar en total libertad y transparencia:

> España es un estado neutral, y su neutralidad, que fue oficialmente declarada, respondiendo a la opinión propia del país, ha venido siendo mantenida hasta aquí. Neutralidad no quiere decir desinterés, abandono […]. No. Este conflicto es demasiado grande para que no nos toque a nosotros una parte directa en él. Debemos, pues, estar con los ojos bien abiertos y guardar en completa libertad nuestro juicio, lejos de extrañas influencias. Para ello, lo primordial, lo esencial, lo capital, en una palabra: lo único, es el estar bien informado, el saber la verdad de lo que pasa en uno y otro lado. Solo así, libres de falsas apreciaciones, podremos escapar a errores que pudieran ser funestos. Y no es solamente el Gobierno quien debe saber toda la verdad.

15. Christian Baechler, *L'Allemagne et les Allemands en guerre. 1914-1918*, Paris, Hermann Éditeurs, 2016, p. 99.

16. Rodiño, *op. cit.*, p. 93.

17. *Ibid.*

> Tanto como él debe saberla el pueblo. Y con ese objeto voy yo a Alemania, solamente con ese objeto[18].

Al recobrar Brema una robusta confianza al principio de la Gran Guerra, Enrique Domínguez Rodiño generaliza este sentimiento a toda Alemania que él ve ahora como «una máquina magnífica, bien cuidada, bien engrasada, bien examinada y comprobada diariamente en sus más pequeñas piezas, para que nada se desajuste, para que no se interrumpa su funcionamiento»[19] es decir un país disciplinado, organizado, comprometido con la guerra en alma y en armas: «Así, pues, al ser dada la orden de movilización, cada cual sabía lo que tenía que hacer, dónde y qué día tenía que presentarse»[20]. El 19 de agosto de 1914 escribirá otra vez que «las tropas alemanas avanzan sin cesar, como una tromba devastadora a la que nadie detiene»[21]. El cronista subraya el efecto mágico de la guerra que transforma a los alemanes más cultos, más civilizados, más bondadosos en nuevas e inquebrantables máquinas de matar y de dejarse matar alegremente, la flor o los claveles en el fusil:

> Así vestidos y así equipados, la impresión que producen estos soldados es buena, excelente. […] Una columna de esos hombres, con su estatura y con su peso, a pie firme y sin moverse de su puesto, sería capaz de resistir un ataque de elefantes[22].

Sin embargo, es muy interesante leer la nota a pie de página que Enrique Domínguez Rodiño añadirá en 1917 y en la que el cronista matizará con la experiencia de la guerra esta impresión inmediata, directa, de hombres-máquinas del 10 de agosto de 1914 en Brema: «Los tres años de guerra que llevo pasados con los ejércitos alemanes me han demostrado en infinidad de ocasiones cuán desacertado andaba yo en ese mi juicio»[23]. Decididamente entregado a su tarea de periodista circunstancial en el campo alemán, Enrique Domínguez Rodiño da cuenta de la manera cómo el soldado alemán tenía, al principio de la guerra,

18. *Ibid.*, p. 251.

19. *Ibid.*, p. 94.

20. *Ibid.*, p. 95.

21. *Ibid.*, p. 126-127.

22. *Ibid.*, p. 97.

23. *Ibid.*, p. 99.

una ventaja enorme con respecto a los franceses tanto en el armamento y equipamiento, todo nuevo, como, sobre todo, gracias a su uniforme gris de campaña que le permitía pasar por invisible mientras que los franceses se vestían, absurdamente, precisa el cronista, con pantalones rojos. Esta seguridad se afianza tanto en la retaguardia que insultar a los ingleses, vitorear los éxitos frente a los rusos o frente a los franceses, se hace vaciando botellas del vino del Rin o comiendo jamón en el Café Central mientras damas de la Cruz Roja recolectan marcos en huchas para financiar la guerra. En medio de un ambiente recobrado de fiesta, se entonan cantos patrióticos como el *Deutschland, Deustchland über alles*. A fin de poner de realce una Alemania luchando por defender su excepcionalidad cultural, la élite intelectual querrá participar a su manera en la guerra así como confirma el manifiesto del conde Hülsen-Haeseler, presidente del Deutscher Bühnenverein (organismo que agrupa todos los teatros, óperas, ballets, todas las compañías alemanas), dirigido a todos los directores de teatros para que mantengan sus establecimientos abiertos. A pesar de los numerosos artistas que se han alistado en el ejército, los directores mantienen la programación con los viejos artistas pero a quienes se les pide un «esfuerzo de guerra» al rebajar sus sueldos. La decisión de dejar los teatros abiertos responde, por un lado, a una necesidad económica ya que el teatro es una verdadera institución en Alemania que emplea a mucha gente y, por otro lado, a una necesidad moral puesto que su misión es principalmente instruir, educar y cultivar, conservar el espíritu de lucha y el patriotismo: «Las obras de Schiller, de Goethe, de Kleist, animadas del más alto espíritu patriótico, elevaban en el pueblo los sentimientos y las ideas, hacían desear el triunfo, inspiraban confianza en él y daban fuerzas para alcanzarlo»[24]. El historiador Christian Baechler sintetiza este espíritu alemán de 1914 de unión sagrada y de paz civil, de defensa del esfuerzo de guerra incluso en el campo cultural de la manera siguiente:

> L'entrée en guerre d'août 1914 provoque des réactions diverses dans la population allemande, allant de l'enthousiasme d'une large part de la « bourgeoisie intellectuelle » au fatalisme des milieux ouvriers et des paysans. L'union sacrée et la « paix civile » se fondent sur la conviction que l'Allemagne mène une guerre défensive, ou à tout le moins une « guerre défensive préventive »,

24. *Ibid.*, p. 133.

> où se jouent son existence et sa prospérité. La bourgeoisie intellectuelle se lance avec enthousiasme dans la défense de la guerre comme instrument d'unification de la nation et d'affirmation du particularisme culturel allemand face à l'Occident, reprenant des thèmes de guerre de libérations[25].

Efectivamente, como si sus crónicas que se publican con regularidad se hicieran eco de este vaivén o contraste de impresiones, o como si el cronista alternara los puntos de vista o entrecruzara las miradas, Enrique Domínguez Rodiño, tras este nuevo cuadro de regocijo cultural alemán, ofrece visiones opuestas como la de los prisioneros belgas, abatidos, extenuados, de todas las edades, que pasan en tren por Brema para ir a su punto de destino que es el campamento de Münster, cerca de Hannover, «donde permanecerán mientras dure la guerra»[26] y por los que siente compasión el observador ya que «a esos hombres [se pregunta el cronista] ¿qué ideal, qué amor les queda?» y contesta el propio cronista: «Ninguno. Todo se ha perdido y para siempre. La patria encadenada, el hogar incendiado, la familia deshecha»[27]. Alemania había roto, en efecto, la neutralidad de Bélgica desencadenando uno de los episodios más discutidos del principio de la Primera Guerra mundial y que hizo reaccionar a todos los intelectuales como subraya otra vez Christian Baechler:

> Les accusations d'atrocités perpétrées par les troupes allemandes en Belgique, à la suite de l'incendie de la bibliothèque de Louvain, le 25 août, et de la brutale répression contre de soi-disant francs-tireurs, provoquent une réaction indignée de la communauté universitaire allemande. […] Mais la protestation ayant le plus d'écho est l'appel «au monde culturel», publié le 04 octobre dans tous les quotidiens allemands et signé par 93 «représentants [*Kulturträger*] de la science et de l'art», dont 58 professeurs d'université. L'appel est traduit en dix langues et envoyé par courrier à des représentants de la culture des pays neutres et ennemis[28].

25. Baechler, *op. cit.*, p. 128-129.

26. Rodiño, *op. cit.*, p. 124.

27. *Ibid.*, p. 127.

28. Baechler, *op. cit.*, p. 101.

El paso de las tropas alemanas dejó tras sí pueblos incendiados y poblaciones diezmadas pero el cronista recuerda que no fueron hechos gratuitamente crueles sino que fueron una respuesta inmediata a las múltiples agresiones o atentados perpetrados por la población o franco-tiradores belgas contra los soldados alemanes:

> Examinando la cuestión desde sus diversos puntos de vista y juzgando imparcialmente, habrá que reconocer de una parte la necesidad en que se ven los alemanes de acudir a dichas medidas. De otra parte habrá que confesar que las tales medidas son crueles, cruelísimas, de una crueldad que espanta. […] No escribo estas líneas para tachar en ellas de *bárbaros* a los alemanes. Tampoco para anatematizar la conducta del pueblo belga. […] Pero de ahí a sostener que los alemanes van por Bélgica quemando y destruyendo porque sí, por el solo gusto de quemar y destruir, y asesinando la población pacífica por pura ansia de verter sangre, como si en lugar de ser hombres fueran lobos y tigres, media un abismo. Eso no es verdad, no puede ser verdad[29].

Como cronista español, explica también que el pueblo belga ha reaccionado frente al invasor para proteger su independencia como lo hiciera históricamente el pueblo español frente a la invasión de las tropas napoleónicas a principios del siglo XIX, una lucha grabada por Francisco de Goya y Lucientes en su serie de *Los desastres de la guerra* o representada en su famoso cuadro *2 de mayo*:

> Es el pueblo, todo el pueblo, movido por instinto, por el instinto de la nacionalidad y de la independencia, aguzado por la ira y el dolor, que con armas o sin ellas, con los dientes, con las uñas, en una tremebunda exaltación, con todos los medios que el coraje o la astucia ponen a mano, cae como una fiera sobre los que han penetrado en la sacra tierra de la patria[30].

Esta «verdadera barbarie», así como titula Enrique Domínguez Rodiño este artículo sobre lo ocurrido en Lovaina del 20 de agosto al 28 de agosto de 1914, mueve al periodista a no desear tomar parte ni por uno ni por otro bando, preservando así su neutralidad profesional aunque podemos decir que, a veces, se dejará contagiar o, por lo menos, reflejará al máximo el entusiasmo patriótico alemán como cuando los

29. Rodiño, *op. cit.*, p. 171, 172 y 179.

30. *Ibid.*, p. 172.

bremenses celebran la victoria de Metz del 21 de agosto de 1914, «un día hermosísimo de sol», escribe el cronista quien añade incluyéndose con la primera persona del plural: «Es, sencillamente, que nos hemos acostumbrado ya a las victorias y que quisiéramos una, por lo menos, cada día»[31]. Pero, en su búsqueda de una visión neutral y totalizadora de la realidad de la guerra, el cronista no puede dejar de sentir inmediata y simultáneamente una enorme tristeza por los franceses derrotados en Metz:

> Y no es porque quiera mal a los alemanes o porque quiera mejor a los franceses. No, que quiero bien, que quiero por igual a ambos pueblos. Yo no podría alegrarme tampoco si se tratara de una victoria de los franceses. No. De la misma manera que ahora siento pena por esos soldados franceses que han sido vencidos, lo mismo la sentiría si los vencidos hubieran sido soldados alemanes[32].

El gran contraste ocurre en estas crónicas entre las ciudades alemanas y francesas. Mientras Brema se recupera del estupor de la guerra entregándose con entusiasmo y ahínco a la cultura y a la educación teatral, aunque se prohíben los bailes públicos (muy importantes en Alemania) por motivos morales en homenaje a los combatientes –«No correspondían a la gravedad y seriedad de los tiempos. Era un escarnio al dolor»[33], asegura la voz cronística remitiendo, en el uso de un vocabulario bastante religioso aquí, a la ola de sermones sobre la «teología de la guerra»– y también por motivos higiénicos (para evitar que los soldados frecuenten a prostitutas en los bailes), Niza, la ciudad francesa paradisíaca que el cronista visita en noviembre de 1914, ciudad asociada con la fiesta y con los encuentros entre aristócratas y ricos del mundo entero, Niza ha cambiado de aspecto, se ha metamorfoseado: «Niza es hoy una ciudad-hospital, una ciudad-refugio. La ciudad del dolor»[34]. En efecto, Rodiño se detiene en los cambios, las transformaciones de la ciudad cuyos Casino, grandes hoteles y Promenade des Anglais se han convertido en hospitales o lugares de convalecencia de los soldados

31. *Ibid.*, p. 145.

32. *Ibid.*, p. 147.

33. *Ibid.*, p. 141.

34. *Ibid.*, p. 185.

franceses heridos, de miles de mutilados, marcados por el horror de las trincheras, de los que el cronista ofrece retratos llenos de empatía así como de las dignas enfermeras o damas de la Cruz Roja de todas las clases sociales que se entregan en cuerpo y alma a su misión cerca de los soldados, engrandecidas y fortalecidas aquéllas por los efectos de la guerra:

> Aquellos ojos, antes a la menor contrariedad velados por las lágrimas, hoy ante el más cruento dolor permanecen límpidos y serenos para que no se apague en ellos la luz de la bondad que reconforta y vivifica. […] Yo las he visto permanecer de pie, horas y horas, a la cabecera de la cama de un herido, hablando con él, recordándole su casa y su familia, escribiéndoles cartas alegres a la novia triste, aquella novia lejana que debía ser tan buena y tan bonita […][35].

El contraste entre ambos países beligerantes se observa, así, en la acogida de las victorias que la gente leía en las pizarras de los periódicos:

> En Alemania, la noticia de una victoria, ya propia, ya austriaca, se recibía siempre entre manifestaciones locas de entusiasmo. Se gritaba, se cantaba, se aplaudía. […] pero aquí en Niza, no es así, es muy distinto. […] No oí ni un solo grito. En los rostros se veía satisfacción, había entusiasmo. Pero no se manifestaba ruidosamente[36].

Así, guiado por su deber de imparcialidad, al visitar Niza, el periodista quiere superar los hechos, dominar las posturas extremas, a fin de internacionalizar sus crónicas –y es de notar, a este respecto, el uso de palabras en francés o en alemán que esmaltan así la prosa cronística de Enrique Domínguez Rodiño– e igualar a todos los contendientes en su dolor y su heroísmo a fin de universalizar al fin y al cabo el sentido de la guerra.

II. La Primera Guerra mundial y su impacto en la prensa: entre discurso civilizador y partidismo guerrero

Si la guerra motiva en Enrique Domínguez Rodiño reflexiones generales espontáneas sobre el quehacer y el deber del periodista-reportero, el cronista, al estallar la guerra, subraya inmediatamente que el hombre,

35. *Ibid.*, p. 202.

36. *Ibid.*, p. 192-193.

además de no ser sabio, no es bueno. El reportero, desde el principio de la guerra, se proyecta hacia este futuro teatro de la crueldad humana:

> Henos aquí ante la catástrofe más grande que registra la historia de la humanidad. Catástrofe tanto mayor, más horrorosa y absurda, cuanto que es producto del odio y el egoísmo, en el siglo XX, en el siglo de la civilización[37].

La guerra es «un espíritu maléfico»[38], un monstruo que devora a los hombres como en el *Saturno* de Francisco de Goya y Lucientes (1746-1828) quien había ilustrado en una serie de ochenta y dos grabados los *Desastres de la guerra* (1810-1815) u Otto Dix (1891-1969) en sus cincuenta aguafuertes *Der Krieg* de 1924 conservados en el Historial de la Gran Guerra en Péronne o en su tríptico *Der Krieg* de 1929-1932: «Guerra ha de ser esta que tanto coma y que tan ansiosa sea que no va a haber bastante carne humana para saciarla»[39], acaba concluyendo el propio Enrique Domínguez Rodiño al final de su artículo del 10 de agosto de 1914. De este poder maléfico de metamorfosis de la guerra, el cronista se hará eco regularmente en sus crónicas como en el artículo «La verdadera barbarie» citado anteriormente en el que inserta una reflexión acerca de la barbarie en el contexto de esta guerra:

> ¿*Bárbaros* los alemanes? Un pueblo culto, de una alta cultura, cultura que ha sido reconocida por todos y de la que han aprovechado muchos, no puede convertirse, en un momento dado y de repente, salvando toda fase evolutiva, en un pueblo *bárbaro*. ¿Sabéis lo que quiere decir *cultura*, sabéis lo que quiere decir *barbarie*? […] La verdadera barbarie es la guerra. Por eso esta guerra atroz, a cuyas sacudidas un pueblo infeliz sucumbe, no es otra cosa que el fracaso espantoso de toda nuestra cultura. Por eso, ante tanto dolor, ante el espectáculo deprimente de tanta destrucción, dan ganas de reír, para no llorar, cuando se oye a unos y a otros decir que ellos luchan por la civilización… ¡Civilización, eres una palabra sin sentido! ¡Te han dejado hueca, oh palabra[40]!

37. *Ibid.*, p. 49.

38. *Ibid.*, p. 54.

39. *Ibid.*, p. 101.

40. *Ibid.*, p. 173 y 179.

Este tipo de debates intelectuales eran vigentes entre los filósofos y catedráticos alemanes desde el principio de la Primera Guerra mundial como ilustran las conferencias organizadas entre 1914 y 1915 por catedráticos de la Universidad de Berlín o las publicaciones de historiadores, sociólogos y teólogos como Wilhelm Wundt (1832-1920), Otto Von Gierke (1841-1921), Rudolf Eucken (1846-1926), Max Lenz (1850-1932), Adolf Von Harnack (1851-1930), Reinhold Seeberg (1859-1935) o Adolf Deissmann (1866-1937). Enrique Domínguez Rodiño se hace el portavoz de aquel espíritu del 14 en Alemania, influenciado acaso por sus propias lecturas posteriores de 1915 como las del filósofo Max Scheler (1874-1928) y su famosa obra *El genio de la guerra y la guerra alemana* (1915) en la que opone «la cultura», sinónimo de sabiduría, de belleza y de verdad, a «civilización» sólo obsesionada por la apariencia, o por las del economista y sociólogo Werner Sombart (1863-1941) y su libro *Mercantes y héroes. Reflexiones patrióticas* (1915).

Las primeras llamas. Un español en la Gran Guerra enriquecen la literatura de la memoria histórica sobre la Primera Guerra mundial a partir del ojo y de la pluma de un español. Si no existe en Alemania, según lo que recuerdan Laurent Jalabert, Reiner Marcowitz y Arndt Weinrich en el texto introductorio «Un siècle - deux trajectoires. Les mémoires françaises et allemandes de la Première Guerre mondiale, 1918-2014» del libro colectivo *La longue mémoire de la Grande Guerre. Regards croisés franco-allemands de 1918 à nos jours*, la categoría memorística del último soldado alemán de la Gran Guerra –el último soldado Erich Kästner murió el primero de enero de 2008 en la indiferencia general contrariamente a lo ocurrido en Francia con la defunción el 12 de marzo de 2008 de Lazare Ponticelli, el último peludo francés–, este fenómeno se explica por no tener Alemania el culto de la memoria patriótica de la Gran Guerra aunque los actos sucesivos y posteriores a la Segunda Guerra mundial, empezando por la reunión de Konrad Adenauer y de Charles de Gaulle frente a la Catedral de Reims en 1962 o el apretón de manos entre François Mitterrand y Helmut Kohl en el Osuario de Douaumont en 1984, mostrarán un cambio de actitud. Alemania no encuentra sentido positivo en los horrores de la Guerra lo que crea una asimetría entre ambos países: «En d'autres termes, en Allemagne, la Première Guerre mondiale sert exclusivement de repoussoir négatif, pour mieux célébrer l'évolution politique de l'Europe en général et des

relations franco-allemandes en particulier depuis 1945»[41], aseveran Laurent Jalabert, Reiner Marcowitz y Arndt Weinrich. De cierto modo, las crónicas de Enrique Domínguez Rodiño permiten restablecer, desde el punto de vista español, una simetría en cuanto al valor que se daba al acto de guerra del *Frontsoldat* o del *Feldgraue*, juntándose así con toda una literatura combatiente de soldados que se hicieron escritores como Maurice Genevoix (1890-1980) o Ernst Jünger (1895-1998) o de escritores que fueron soldados como Henri Barbusse (1873-1935) o Richard Dehmel (1863-1920). Estos escritores combatientes o *Frontdichter* legitiman en sus escritos la autenticidad de lo narrado y las crónicas vienen enriqueciendo el contenido de esta literatura al darle un sesgo más vivo, aún más directo. Tanto en Francia como en Alemania se autorizaba la publicación de obras realistas que provenían del frente, de relatos híbridos entre novela y diario íntimo, que construyen la narración del héroe de guerra, de estos soldados enlodados que ocupan el centro de atención más allá de los horrores, atrocidades y violencias del conflicto. El héroe es también víctima, pues, como confirma Nicolas Beaupré en «Écrire la mémoire. Les écrivains combattants français et allemands et la Grande Guerre (1914-1939)» : «La littérature mettant en avant les souffrances des combattants prend une place de plus en plus importante en 1918-1919»[42].

Por lo demás, las crónicas son particularmente gráficas y, así, las fronteras con la fotografía, otro soporte de la memoria, pueden parecer bastante finas tanto más cuanto que, citando a Laurent Jalabert:

> La photographie a ainsi été un outil de mobilisation mais aussi un vecteur nouveau de remémoration à venir : elle devenait le support d'un récit personnel et collectif. […] La photographie a de fait une incidence sur le souvenir et la mémoire de la guerre tant par les sujets photographiés (lieux, monuments, hommes) que par la masse documentaire qui en est issue[43].

41. Laurent Jalabert, Reiner Marcowitz, Arndt Weinrich (dir.), *La longue mémoire de la Grande Guerre. Regards croisés franco-allemands de 1918 à nos jours*, Presses Universitaires du Septentrion, 2017, p. 12.

42. Nicolas Beaupré, «Écrire la mémoire. Les écrivains combattants français et allemands et la Grande Guerre (1914-1939)», en *La longue mémoire de la Grande Guerre*, *op. cit.*, p. 59.

43. Laurent Jalabert, «Les témoignages photographiques et les mémoires de la "Grande Guerre"», *ibid.*, p. 68.

Los reportajes fotográficos necesitaban el permiso del ejército y tenían que devolver una imagen más bien «positiva» de la guerra, como asegura el mismo Jalabert:

> Du côté allemand, on retrouve une semblable dynamique: la presse reçoit dès le 31 juillet 1914, de la chancellerie du Reich, un mémorandum de 26 points à ne pas évoquer, ce qui a eu une incidence sur la pratique du reportage photographique naissant […]. De fait, la presse et son iconographie donnent une image de la guerre peut-être un peu plus lisse, où même la mort de l'ennemi n'est pas autant montrée que dans la presse française […][44].

Así, las crónicas de Enrique Domínguez Rodiño participan a su manera de este trabajo de la prensa alemana e internacional que seguía el itinerario, el curso de la guerra, pues, como escribe otra vez Laurent Jalabert:

> Du côté allemand, moins de deux semaines après les débuts de la guerre, un nombre non négligeable de reporters suivent les opérations militaires, avec l'approbation et le soutien de l'armée ; il y a peut-être même 39 photographes accrédités dans ces premiers temps du conflit[45].

Enrique Domínguez Rodiño irá hasta visitar los frentes del este particularmente marcados, en la frontera con Rusia, por las destrucciones de pueblos (remitimos a las crónicas «La batalla invernal de Masuria», «Entre ruinas» o «Visiones y emociones de la guerra»).

Las informaciones recabadas por Enrique Domínguez Rodiño acerca de la Primera Guerra mundial en *Las primeras llamas* son de una aportación historiográfica innegable. Nos hace compartir el periodista el día a día en los primeros momentos de la Primera Guerra mundial en Brema, en Alemania, pero también recrea algunas vistas sobre la atmósfera de otros países de Europa como Francia (y la ciudad metamorfoseada de Niza), de Italia, de Suiza, de Polonia (cuyas condiciones de vida en las trincheras afectan profundamente al observador). El recorrido textual por estas crónicas itinerantes se abre y se cierra con Alemania, país que tanto ama Enrique Domínguez Rodiño y del que muestra las grandes cualidades pero conservando la serenidad, la imparcialidad del periodista

44. *Ibid.*, p. 73.

45. *Ibid.*, p. 70.

que quiere no tomar parte o, por lo menos, quien desea dar una visión global de los primeros años de la contienda que, como lo dejó escrito al final de su primera crónica de agosto de 1914, «[…] en este conflicto muchos que no tienen en él arte ni parte, muchos sin culpa, y que quisieran permanecer tranquilamente entre barreras, van a verse forzados fatalmente a tomar parte en la sangrienta liza […]»[46].

46. Rodiño, *op. cit.*, p. 56.

Crónicas desde el lado francés o aliadófilo

GAZIEL, UN ESPAÑOL EN LAS TRINCHERAS

Denis Vigneron
Université d'Artois, Cotralis, Textes et Culture, EA 4028
INSPE Lille – Hauts de France, Université de Lille

Reeditados respectivamente en 2013 y 2014, los dos libros del periodista catalán Agustí Calvet Pascual, alias *Gaziel*, *Diario de un estudiante. París 1914* y *En las trincheras* deberían ser –en la actualidad del centenario del armisticio de la gran guerra– lectura obligatoria para entender sin *parti-pris* patriótico lo que fue la realidad de aquella carnicería atroz que desgarró Europa desde el litoral atlántico hasta los confines de Asia Menor. Los textos de Gaziel, constituidos por crónicas meticulosamente fechadas para ser mandadas al periódico *La Vanguardia*, son un testimonio excepcional sobre la realidad del conflicto, no visto desde la perspectiva de la historia factual sino desde la perspectiva de la historia cultural, o sea la historia vivida, experimentada, sentida.

No es de extrañar, de hecho, que Agustí Calvet –que se preparaba para tener una carrera de derecho conforme a los ideales burgueses del *noucentisme* catalán– haya decidido esconderse bajo el seudónimo de Gaziel para redactar, desde la voz de la subjetividad, sus impresiones sobre los primeros días de la guerra que le sorprendió en París, adonde serena y felizmente había acudido para ampliar su formación en la Sorbona. Por una parte, no es pura anécdota el que Gaziel haya escogido este seudónimo, clara reminiscencia del demonio de Sócrates, así nombrado por los árabes. Guardián de los tesoros ocultos y de los subterráneos, Gaziel es el genio invisible del propio ser. Voz de la conciencia crítica, es la manifestación de la interiorización del Yo, prisma a través

del cual él observa la historia y concibe su periodismo. Por otra parte, en una época en que el oficio de periodista era desconsiderado por ser bohemio y precario, los hijos de buena familia –como lo fueron Gaziel o Azorín– utilizaban el seudónimo para firmar sus artículos.

Veamos, pues, cómo Gaziel, a través de sus artículos y crónicas lleva la voz interior del testigo de la guerra. Su disimulación –bajo seudónimo– no anonada, no obstante, la profunda y sincera implicación personal del que escribe y que tiene una conciencia clara de su misión periodística –incluso se diría un deber tanto moral como intelectual–. Gaziel no solo informa sino que manifiesta su compromiso como escritor. Cuando nombra a «los grandes escritores Edmond Rostand, Maurice Barrès y Pierre Loti»[1] muestra claramente su deseo de participar con la pluma en el esfuerzo colectivo de los intelectuales y subraya su ejemplaridad. Por eso, escribe:

> No es que como combatientes puedan hacer, con su espadín decorativo, mucho trabajo concreto; pero la decisión que han tomado demuestra la voluntad de servir, en la forma que sea (porque las guerras no las hacen únicamente los soldados), de colaborar activamente en la defensa del país. Es un ejemplo más del sentimiento admirable que mueve a todos los franceses, mayores y jóvenes, en esta hora de tribulación colectiva[2].

Sus numerosas páginas revelan el aprendizaje del oficio de reportero y corresponsal de guerra. Muchas veces, y principalmente en el libro *En las trincheras* que recoge sus experiencias en distintas líneas de frente entre 1915 y 1917, Gaziel se cuestiona sobre la ética del periodista. Frente al horror y la desolación, Gaziel no deja de dudar de su legitimidad y analiza con cierta indignidad vergonzosa el límite tenue entre voyeurismo, sensacionalismo e información decente. Quizás no sea el primero en plantearse este tipo de preguntas, pero resulta claro que la primera guerra mundial ha echado por primera vez las bases y el marco deontológico del periodismo actual, sometido también a intereses formalmente mercantiles. Mencionamos una época en que todavía no se hablaba de la búsqueda del *scoop* o del *buzz*. Al unísono de la famosa cita del senador y reportero estadounidense Hiram Johnson en 1917 –«cuando estalla

1. Gaziel, *Diario de un estudiante*, Barcelona, Editorial Diëresis, 2013, p. 62.

2. *Ibid*.

una guerra, la primera víctima es siempre la verdad»–, Gaziel se muestra consciente del tributo ético con la verdad. Sin embargo, y como lo señala Javier Lluch-Prats, «Gaziel afianza una nueva manera de contar la guerra: frente al corresponsal establecido en un cuartel general, y frente a los que copiaban y pegaban notas de agencia, la suya era la mirada del cronista de nuevo cuño, el cronista espiritual de la guerra, quien, más que describir combates minuciosamente o abordar episodios concretos, actúa sobre la repercusión social y el fondo humano en que el conflicto se desenvuelve. Gaziel, pues, representa al periodista cuyas crónicas le hacen creer al lector que contempla lo que se narra en ellas[3].»

Es interesante ver cómo Gaziel sitúa sus escritos en una dialéctica entre periodismo y literatura que le permite alcanzar un elevado grado de humanidad y empatía. Si bien es cierto que se le podrá reprochar su lirismo teñido de ingenuidad juvenil, el periodista adopta un posicionamiento ético que lleva tanto al escritor como al lector a cuestionar su propia mirada. La función de corresponsal de guerra plantea una cuestión sobre los límites morales de la aceptación del horror. Es una cuestión sin resolver –lo vimos por ejemplo hace poco con el caso de la fotografía del niño sirio Aylan encontrado muerto en una playa de Turquía–. ¿Cómo informar sin ceder a la tentación mórbida del sensacionalismo? ¿En qué momento apenas perceptible el periodista se convierte en *voyeur*? Parece que Gaziel haya tenido conciencia de ese dilema, cuando escribe tras el estallido de una granada en el valle del Oise:

> Ha brotado un chorro formidable de tierra, y me ha parecido ver, entre su torbellino, saltar por los aires y caer desplomadas luego manchas densas, oscuras, como cuerpos humanos. El brazo con que sostenía los gemelos me temblaba convulsivamente y, sin embargo, no podía apartar la mirada de aquel horrible y fascinador espectáculo[4].

Se ve aquí el problema de conciencia del periodista que observa la escena a sabiendas, negándose a la vez a hacer del horror y de la indignidad un elemento de sordidez, lo que sería desfigurar la realidad de los hechos. La evolución de la prensa nos aporta diariamente la prueba de

3. Javier Lluch-Prats, «Los españoles ante la gran guerra», en Carme Manuel, Ignacio Ramos, *Letras desde la trinchera*, Valencia, Universitat de Valencia, 2015, p. 48.

4. Gaziel, *En las trincheras*, Barcelona, Editorial Diëresis, 2014, p. 110.

un límite apenas perceptible entre dos posturas de periodismo: cubrir o crear los acontecimientos. Gaziel nunca pasa el límite ya que conoce el valor moral de su trabajo. En otro momento, escribe:

> ¡Válgame Dios! Ir a contemplar tranquilamente, escondidos en lugar seguro y con alma neutral, el bombardeo de las trincheras prusianas. ¿Es esto digno? Mas, puesto que el hecho era irremediable y –¡a decir verdad!– interesantísimo, ¿por qué no aprovechar la ocasión[5]?

Esta pregunta respecto a la dignidad de oficio de informar remite a toda una reflexión filosófica sobre lo indecible y lo inefable. ¿Cómo significar con palabras el miedo, el frío, el dolor, la picazón de los piojos, el hambre, el dolor de la madre, la espera interminable de la esposa, el sentimiento de absurdidad de la guerra? Gaziel no se equivoca cuando escribe:

> ¿Valen la pena de ser vividas y contadas estas escenas sin color ni relieve?... ¡La monstruosidad de la guerra ha acabado hasta con sus espectadores! Es imposible ver nada, hacerse cargo de nada. Pero, ¿qué digo? ¿Acaso no es algo definitivo, para el observador, esa imposibilidad misma? ¿No está ahí la característica esencial de la guerra moderna, su vastedad y enormidad inauditas[6]?

He aquí la superioridad del literato sobre el historiador: la de convertir en palabras lo inefable y lo inaudito. Puede ser que se le haya reprochado su lirismo, pero no se le podrá reprochar su alto grado de realismo. Cuando pone al lector frente a lo que Barthes llamó «el efecto de lo real», Gaziel no busca la confrontación gratuita o mórbida con la crudeza chocante de la verdad, sino que lo sensibiliza invitándole a cuestionar su propia moralidad. Así escribe durante la batalla de Verdún:

> Si fuera posible ir hasta las líneas mismas de Douaumont, y en ellas socorrer a los que las defienden con tanta amargura, o al menos ser testigos de su virtud y de su patriotismo, ¿cómo resistir a una posibilidad semejante? Pero fuera de esto, ver tan sólo Douaumont o no verlo, ¿qué importa? O mejor dicho, ¿verdad que es preferible no verlo, piadoso lector?...

5. *Ibid.*, p. 108.

6. *Ibid.*, p. 221.

Tu respuesta será, en cierto modo, la medida de ti mismo[7].

La gran guerra ha dado lugar a una gran producción literaria y desgraciadamente los autores ibéricos se quedaron en el olvido apartados de numerosas antologías. Libros de lectura imprescindible como *Encyclopédie de la grande guerre* de Stéphane Audoin-Rouzeau y Jean-Jacques Becker, o también *La grande guerre des écrivains* de Antoine Compagnon no mencionan ningún escritor español o portugués. No obstante, el tributo de los españoles y portugueses a la guerra es real, y libros como los de Gaziel, Blasco Ibañez, Azorín, o de João Pina de Morais aportan su contribución a la resonancia universal del conflicto.

Toda esta producción literaria no ha dejado de plantear problemas epistemológicos sobre el valor del testimonio y, después de la guerra, se empezó a hablar de la traición de los escritores que habían sacrificado o bien el arte a favor de una manifestación del espíritu nacional, o el valor del testimonio a favor de puras aspiraciones estéticas. En 1920, el escritor francés Jean Norton Cru, que también había sido combatiente en la batalla de Verdún, empezó una clasificación de los testimonios de guerra y estableció criterios según los cuales solo imperaba la condición de haber estado en la línea de frente. En su libro *Témoins. Essais d'analyse et de critique des souvenirs de combattants édités en français de 1915 à 1928*, y publicado en 1929, Jean Norton Cru no deja de cuestionar la veracidad y la fiabilidad del relato. Y para él, como lo explica Antoine Compagnon en el prefacio de su antología, no era necesario interesarse por los escritos de escritores de un grado superior al de capitán, ya que la verdad de los testimonios solo podía proceder de los que vivían en la línea de frente, compartiendo la vida cotidiana y los peligros de la tropa. De ahí que se considerara que todos los testimonios escritos desde las ciudades, desde la retaguardia, por civiles, por médicos, por mujeres… no tenían ningún valor.

Basándose en las primeras páginas de *La chartreuse de Parme*, en las cuales vemos a Fabrice llegar a la batalla de Waterloo sin entender nada de los fines estratégicos de una guerra napoleónica, Jean Norton Cru define y condena lo que llama «la paradoja de Stendhal». Para él, solo se puede hablar de la guerra si se la ha vivido.

7. *Ibid.*, p. 228-229.

Pues, en 1914 y en los años que siguen, parece que Gaziel haya tenido una conciencia clara de esta paradoja de Stendhal, y muchas de sus páginas se inscriben en su resolución:

> En circunstancias tan poco favorables, lo único que puede hacerse es descubrir apariencias. De ahí el carácter puramente anecdótico que, en general, presentan las crónicas guerreras modernas, hasta las de espíritus tan penetrantes como Rudyard Kipling. Vamos al frente con nuestra sensibilidad de hombres que viven apartados de la guerra; y apenas comenzamos a sondear un poco la atmósfera característica de las avanzadas, el estado de las conciencias, la miseria y el heroísmo de los que se baten, nos quitan la sonda. Mucho es si, de tarde en tarde, logramos percibir un latido de realidad guerrera, imaginando lo que se siente en el interior de las trincheras, lo que obsesiona las almas de los combatientes. Pero esto ocurre en muy contados casos, y más por adivinación que por experiencia. Lo que significa vivir durante días, semanas y meses sujeto a la servidumbre militar; las tristezas y las alegrías ocultas; el delirio de los combates; lo que es realmente la guerra, esto se nos escapa por completo. Nosotros somos nada más que simples y regocijados turistas; los verdaderos narradores de la guerra, los únicos dignos y capaces de transmitirnos una imagen de ella, son los soldados. Pero éstos escriben muy poco; y lo poco que escriben permanece casi siempre secreto[8].

El periodista no para de cuestionar la validez de su testimonio y al mismo tiempo muestra una preocupación constante por saber si gustan o no sus *mamotretos* –así llamaba sus crónicas. De hecho, no evita cierta promiscuidad con un lectorado cuyo gusto por lo espectacular, fascinador o sórdido, debe alimentar. Es una contradicción que hay que subrayar para entender sus numerosos casos de conciencia respecto a la dimensión moral de su trabajo. Lejos de ser anodinas, sus preguntas éticas anticipan la definición de Georges Didi-Huberman sobre el testimonio:

> On ne témoigne jamais pour soi. On témoigne *pour autrui*. Le témoignage vient d'une expérience bouleversante, souvent ressentie comme indicible et dont le témoin, depuis la position qu'il occupait (position d'actant, de souffrant ou de regardant), doit faire foi aux yeux d'autrui, aux yeux du monde entier. Il

8. *Ibid.*, p. 305-306.

> donne alors forme à ce qu'il *doit* – d'une dette éthique – comme à ce qu'il *voit*. Le témoin fait foi, doit, voit et donne: depuis une expérience qu'il a vécue, quel que soit le mode de cette implication, vers toutes les directions de l'autrui. L'autrui du témoin[9] ?

Gaziel asume, pues, este compromiso con el lector que hace que su vocación humanista de reportero tropiece a veces con las aspiraciones de su ambición social, y siempre parece disculparse de cometer un acto indecente:

> ¿Qué debilidad o fetichismo es ese, que impulsa a admirar los lugares testigos y sustentadores de una catástrofe? Mezclarse entre los combatientes, publicar sus sufrimientos heroicos, compartir sus riesgos y penalidades no es un ejercicio inútil cuando se acompaña de piedad y de melancolía. Pero admirar la guerra, presenciarla como un simple y satisfecho excursionista; escalar alturas estratégicas y contemplar un monte, a lo lejos, por la rara fruición de saber que en él murieron millares de hombres; gozar de un panorama macabro como de un teatro (la frase es ya corriente, *el teatro de la guerra*), requiere una virtud de que carece la pobre simplicidad de mi alma[10].

Esta referencia al excursionismo del reportero anuncia la reflexión de Susan Sontag:

> Ser espectador de calamidades que tienen lugar en otro país es una experiencia intrínseca de la modernidad, la ofrenda acumulativa de más de siglo y medio de actividad de esos turistas especializados y profesionales llamados periodistas[11].

Yo diría que además de ser una experiencia de la modernidad, es también –para los jóvenes escritores que aceptaron la misión valiente de bajar a las trincheras, ver de cerca la realidad de los combates y encararse con la muerte– una experiencia de la virilidad. No hay que olvidar en efecto que estamos en una época llena del espíritu del manifiesto del futurismo de Marinetti que, como lo resume Ramón Gómez de la Serna

9. Georges Didi-Huberman, *Passer, quoi qu'il en coûte*, Paris, Les Éditions de Minuit, 2017, p. 27.

10. Gaziel, *En las trincheras*, Barcelona, Editorial Diëresis, 2014, p. 228.

11. Susan Sontag, *Ante el dolor de los demás*, Madrid, Suma de letras, 2004, p. 13.

en *Ismos*, predicaba la guerra «como única higiene del mundo»[12]. De hecho, en sus inicios, la guerra tiene su efecto embriagador del cual participa el autor. Lo describe muy bien cuando cuenta cómo la guerra ha venido a interrumpir, con entusiasmo y febrilidad, los días serenos de su vida estudiantil:

> Mis libros, mis papeles de estudiante, las horas de curso universitario, las conferencias en el Colegio de Francia y en la Sorbona, el silencio y el recogimiento de las bibliotecas: toda mi vida anterior me parece ahora algo vulgar y rutinario, de una monotonía tiránica. Por fin, la vida es algo más que la caída acompasada y lenta de las hojas del calendario, donde todo está previsto y fijado con antelación. Y siento que en el fondo de mi espíritu, avezado al rigor de una disciplina mental, se levanta el deseo insaciable y maligno de asistir al espectáculo bárbaro de una guerra moderna, que tendrá que ser, por fuerza, la más escalofriante que hayan visto los hombres hasta ahora. Mientras en los países combatientes hoy la gente se despierta con la angustia de pensar qué horrores y qué maldades les esperan, en las naciones neutrales, como España, son millones los que habrán experimentado, al levantarse y recordar que la guerra europea es un hecho, este mismo involuntario y repugnante deseo de espectador de circo, que yo también siento… Y así veremos surgir en la superficie de la humanidad, mientras la lucha dure, toda clase de formas monstruosas de la sensibilidad, que yacían en el fondo y parecían extinguidas para siempre, sólo porque la bonanza recubría esta capa tan tenue, convencional y quebradiza a la que llamamos civilización cristiana[13].

Esta larga cita resume perfectamente el espíritu no solo del autor, sino del pueblo, y más allá de la época: el *Zeitgeist* de la filosofía alemana. Gaziel razona aquí brillantemente sobre las contradicciones de un continente –Europa– que va a la deriva. Por su modernidad, la guerra atrae porque se tiene la conciencia de un mundo que está cambiando: y es la condición misma del hombre moderno de inventar las condiciones de su adaptación a los retos del presente. Pero, al mismo tiempo, la guerra repele porque trae consigo todo tipo de calamidades, muchas ignotas. Sobre todo, la guerra impone un nuevo orden del mundo, y se

12. Ramón Gómez de la Serna, *Ismos*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1931, p. 117.

13. Gaziel, *Diario de un estudiante*, Barcelona, Editorial Diëresis, 2013, p. 39-40.

intuye que va a poner término a cuanto se tomaba por verdad. El marco de la moral judeocristiana se derrumba y se dibuja una nueva cartografía del bien y del mal. Quizá no tenga conciencia de ello en el momento de escribir, pero Gaziel muestra cómo la guerra ha propulsado el siglo XX en una nueva dirección, con nuevos comportamientos, nuevos códigos, nuevos conceptos éticos. La dimensión teratológica de la guerra –es decir la facultad de producir monstruos– define los contornos del hombre del siglo XX en que nos hemos convertido: egoísta, sin piedad, animal, propenso a la maldad. Y nos preguntamos, con Gaziel: ¿son estos los condicionantes de la modernidad?

El autor no recoge aquel cliché de la *fleur au fusil*, pero sí insiste en la fe que expresan los miles de hombres movilizados a partir del uno de agosto de 1914:

> Si existiera un instrumento de precisión que en estas horas pudiera registrar simultáneamente, en todos los países que han entrado en guerra, el sentimiento popular, por doquier daría fe de que el soldado de cada tierra es, sin discusión posible, el mejor del mundo. Y en París, hoy, este curioso fenómeno constituye seguramente la base más firme del patriotismo colectivo y el arma, por decirlo así, más poderosa con que cuenta para batirse.
>
> El soldado anónimo, el *petit piou-piou*, como lo llama el pueblo. La confianza en la valentía personal, individual, de los centenares de miles de hombres franceses –que son arrancados de los hogares, de los campos, de las oficinas, de las fábricas, de los despachos, de los conventos y seminarios, de los palacios y las casas de campo por igual, para vestirlos, uniformarlos y armarlos, fundiéndolos en esa unidad anónima y trágica que es el ejército francés en pie de guerra–, es una fe que no tiene límites[14].

Se ve a través de esta cita la confianza del pueblo en su ejército, fe que alimenta un exacerbado impulso patriótico. Sin embargo, la confianza en el ejército es el corolario de una profunda desconfianza en el Estado. Todo el mundo es consciente de que la guerra es ante todo asunto de políticos. Son ellos los que sacrifican a los hijos de la nación, por no haber sabido o querido evitarla. Por eso escribe que «la confianza en el Estado, en cambio, ya es más dudosa y huraña; y la que la gente tiene, en

14. *Ibid.*, p. 35-36.

general, en el sistema político y la organización social del país es bastante precaria»[15].

De ahí, Gaziel tiene una reflexión muy justa sobre la guerra cuando reconoce que no es una guerra de individuos sino de pueblos. De hecho, la politización del conflicto acarrea una normalización del mal en nombre del progreso. En la cita siguiente analiza con exactitud el nuevo modelo de sociedad que impuso la guerra, y del cual seguimos siendo no solo los herederos sino los perseguidores:

> La asociación entre hombres que dio lugar a lo que llamamos «progreso» ha traído al mismo tiempo consigo un acrecentamiento formidable del mal. La socialización de la paz ha provocado la socialización de la guerra. Hoy no son los individuos sino los pueblos, quienes luchan entre sí. Mientras unos pelean, otros aportan dinero para que el combate se mantenga y redoble su furia, otros fabrican armas: la nación en masa está movilizada[16].

Aquí Gaziel aborda una reflexión estrictamente ideológica y moral, que va más allá de la sola observación de los acontecimientos. Denuncia el hecho de que la guerra vaya imponiendo un nuevo modelo económico, y no entiende que la sociedad se pueda polarizar entre posturas belicistas o pacifistas. Este nuevo dilema que se impone con la primera guerra mundial –y del cual hasta hoy nunca hemos salido, por imposibilidad o voluntad– le hace dudar de una humanidad regida en nombre del progreso. En esto, Gaziel corrobora la idea trillada de que la primera guerra mundial fue el primer acontecimiento moderno del siglo XX pero pregunta a la vez: ¿qué significa esta modernidad si destruye la humanidad y produce barbarie? ¿Cómo aceptar la idea de que la guerra sea el único modo de preservar la especie y mantener el equilibrio social y económico? Estas reflexiones humanistas, ancladas en la observación minuciosa de la vida diaria, han sido en parte la clave del éxito editorial de Gaziel:

> En efecto, sus páginas contienen una profunda y sincera interrogación sobre el sentido de la guerra. Escribe por ejemplo en un tono que roza la resignación y la impotencia:

15. *Ibid.*, p. 36.

16. Gaziel, *En las trincheras*, *op. cit.*, p. 150.

> ¡Querer la guerra! ¿Pero hay alguien que la pueda querer? […] Y me pregunto una y otra vez quién la puede querer, la guerra –sin darme cuenta (a pesar de mis ya copiosos estudios de filosofía) de que lo mismo se han estado preguntando, desde que el mundo es mundo, las innumerables víctimas inocentes de todas las guerras que se han hecho porque quienes gobiernan a los hombres nunca han dejado de creer, ahora unos, ahora otros, que ellos y los intereses que defienden pueden sacarles gran provecho[17].

El humanismo que trasciende en todas sus crónicas pasa por la denuncia de la guerra, porque además de no ser querida por el pueblo, es indigna de una sociedad civilizada como la europea. La observación de los combates en las profundidades de las trincheras le lleva a decir que «la guerra de trincheras parece una lucha entre seres primitivos o, lo que es casi lo mismo, un juego peligroso de chiquillos salvajes»[18]. Desconsoladamente Gaziel observa el declive de la civilización que cede a la barbarie sacrificando su juventud, e intenta, buscando las respuestas en sus conocimientos filosóficos, analizar los motivos de la absurdidad bárbara de esta guerra. Así, al observar cómo los soldados de los dos bandos pactan una tregua para acceder al único pozo del campo de batalla, pregunta atónito:

> ¿Es posible que esos cuatro hombres reunidos hace poco en la fuente sean enemigos mortales? ¿Por qué razón? ¿Qué hay de incompatible entre ellos? Si no se vieron ni hablaron jamás en su vida, ¿cuáles pueden ser las ofensas que deben vengar militarmente?… Los cuatro son pobres, rudos, ignorantes y humildes. Uno de ellos nació en Picardía, otro en Bretaña, otro en Prusia y el cuarto en Baviera. Ninguno de ellos sabe otra cosa de la vida y del mundo, sino que es preciso trabajar duramente para ganar el sustento diario de sí mismo, de su mujer y sus hijos. Ninguno de ellos sabe absolutamente nada de Alsacia y Lorena, de Polonia, de Trieste, de los Dardanelos, del mar libre o cerrado, del Congo africano, ni de los Balcanes. Esos nombres sólo despiertan en sus inteligencias oscuras vagas ideas de sufrimiento y de muerte. Ninguno de ellos salió jamás del apartado rincón de su tierra. El conflicto europeo ha sido la causa de su primer y último viaje por

17. Gaziel, *Diario de un estudiante*, *op. cit.*, p. 25.

18. Gaziel, *En las trincheras*, *op. cit.*, p. 118.

> el mundo, y ¡qué viaje, Dios mío! Cuando la guerra termine, dos de esos hombres se llamarán vencedores y los otros dos, vencidos. Pero, ¿vencedores o vencidos de qué[19]?

Esta interrogación final demuestra el carácter completamente vano de esta guerra y basta para evocar su absurdidad, ya que no importa tanto saber quiénes serán los vencedores o vencidos: son, antes que nada, víctimas de los regímenes que los han enviado a la guerra. Más allá del sinsentido del conflicto, Gaziel plantea una reflexión filosófica sobre el género humano, y se pregunta respecto al por qué de la guerra: pregunta que anticipa la interrogación que Sigmund Freud y Albert Einstein intentarán desarrollar en un ensayo epistolar publicado en 1933, por la Sociedad de las Naciones, simultáneamente en tres idiomas, bajo el título *Warum Krieg? Pourquoi la guerre? Why war?* En esta correspondencia, estas dos figuras del pensamiento intelectual de principios del siglo XX analizan las amenazas que llevan a los hombres a reaccionar por la violencia y cuestionan nociones tan diversas como el derecho o las pulsiones de muerte y de odio que justifican una pulsión de destrucción. Los dos hombres concuerdan sobre la importancia del conocimiento y de la cultura para obrar contra la guerra.

Se ve, conforme al espíritu intelectual de la época, que Gaziel se nutre de esta preocupación humanista sobre el renunciamiento a la guerra pero deplora a la vez que nadie se rebele contra el «vil asesinato de Jaurès» o «el abominable tributo de sangre para defender su tierra»[20].

Gaziel encuentra la respuesta a sus preguntas en la lectura de Blaise Pascal, varias veces mencionado en sus escritos. Pero cabe notar que aquí la filosofía lo lleva a aceptar resignadamente una postura pesimista cuando pregunta:

> Pues ¿qué razón hay para considerar a esos hombres como enemigos mortales?… La única razón es aquella paradoja de que hablaba Pascal: «¿Por qué quieres matarme?», «Pues, ¡toma! ¡Porque vives del otro lado del río! Si vivieras del lado de acá, yo sería un asesino y se tendría por injusto el que yo te matara. Pero, desde

19. *Ibid.*, pp. 136-137.

20. Gaziel, *Diario de un estudiante*, *op. cit.*, p.79.

> el momento en que vives del otro lado, yo soy un valiente y mi pretensión es justa[21].

El concepto de lo justo aquí es más que subjetivo y supera cualquier consideración de orden ético y moral. Es el problema de esta guerra que, de un día al día siguiente, ha entrado por efracción en la vida de la gente. Gaziel lo muestra perfectamente describiendo sus primeros días en París durante el mes de agosto de 1914. Llega primero a una pensión de estudiantes en que reinan la amistad y el cosmopolitismo y, de repente, la movilización destroza la tranquilidad y la atmósfera de paz que se podía sentir en París. Fue como «un trono apocalíptico en el cielo sereno de verano»[22].

En pocos días el pacifismo con que se iba a acoger en París el Congreso Esperantista, previsto el 2 de agosto de 1914 y finalmente cancelado, cede ante la exaltación y el patriotismo belicosos. Gaziel da mucha importancia a estos contrastes que muestran cómo la situación ha cambiado radical e irracionalmente. Todo iba bien, y de repente, colas se organizan en las tiendas, lo convocan para renovar su permiso de estancia, necesita demostrar su condición de periodista para obtener salvoconductos para desplazarse, los precios de los cocheros suben… Y frente a esta degradación del clima social, no hay más que una justificación, «una respuesta nueva, inaudita, que en la mañana de ayer aún no habría tenido sentido, pero que desde ahora ya podemos estereotipar porque la oiremos –quién sabe por cuánto tiempo– millones de veces: «Oh, vous savez, c'est la guerre!»[23] Reflexión que inspira al periodista el comentario siguiente: «Es increíble el mimetismo, la rapidez de adaptación de los humanos a las realidades más absurdas y dolorosas»[24].

Es esto lo que constituye el interés de las crónicas de Gaziel que se inspiran en la vida real tal como la gente la vivió y experimentó: en la calle, en una pensión popular, en una casa de la alta burguesía, en las trincheras, en un depósito de prisioneros, en una fábrica de armamento, en París, en el campo, en el frente, desde Picardía hasta los Balcanes. Esta preocupación por las pequeñeces de la vida fue una razón del éxito

21. Gaziel, *En las trincheras*, *op. cit.*, p. 137.

22. Gaziel, *Diario de un estudiante*, *op. cit.*, p.24.

23. *Ibid.*, p.28.

24. *Ibid.*, p.28.

editorial ya que el lector fue capaz de compartir, como lo dijo Jordi Amat, «el punto de vista enunciador: la primera persona que es inherente a la escritura diarística y que lleva casi siempre implícita la noción de sinceridad»[25].

Esta característica nos lleva a decir que Gaziel fue un retratista de la guerra desde la perspectiva de lo infra-ordinario que muchos años después, en 1989, el escritor Georges Perec teorizó de la manera siguiente:

> Dans notre précipitation à mesurer l'historique, le significatif, le révélateur, ne laissons pas de côté l'essentiel : le véritablement intolérable, le vraiment inadmissible : le scandale, ce n'est pas le grisou, c'est le travail dans les mines. Les « malaises sociaux » ne sont pas « préoccupants » en période de grève, ils sont intolérables vingt-quatre heures sur vingt-quatre, trois cent soixante-cinq jours par an.
>
> Les raz-de-marée, les éruptions volcaniques, les tours qui s'écroulent, les incendies de forêts, les tunnels qui s'effondrent, Publicis qui brûle et Aranda qui parle ! Horrible ! Terrible ! Monstrueux ! Scandaleux ! Mais où est le scandale ? Le vrai scandale ? Le journal nous a-t-il dit autre chose que : soyez rassurés, vous voyez bien que la vie existe, avec ses hauts et ses bas, vous voyez bien qu'il se passe des choses.
>
> Les journaux parlent de tout, sauf du journalier. Les journaux m'ennuient, ils ne m'apprennent rien ; ce qu'ils racontent ne me concerne pas, ne m'interroge pas et ne répond pas davantage aux questions que je pose ou que je voudrais poser.
>
> Ce qui se passe vraiment, ce que nous vivons, le reste, tout le reste, où est-il ? Ce qui se passe chaque jour et qui revient chaque jour, le banal, le quotidien, l'évident, le commun, l'ordinaire, l'infra-ordinaire, le bruit de fond, l'habituel, comment en rendre compte, comment l'interroger, comment le décrire[26] ?

La postura literaria y periodística de Agustí Calvet se inscribe, pues, en esta exploración de lo infraordinario que, como lo dice Perec, no busca lo exótico, sino lo endótico[27]. Y fue esto, de verdad, lo que nos

25. Jordi Amat, «Miguel de Cervantes, periodista: *De París a Monastir (1917)* de Gaziel», *Ínsula*, n°804, diciembre de 2013, p. 27.

26. Georges Perec, *L'infra-ordinaire*, Paris, Éditions du Seuil, 1989, p. 10-11.

27. *Ibid.*, p. 12.

inspiró la lectura de las crónicas que surten de una profunda reflexión antropológica sobre el hombre en guerra.

El declive de la civilización europea tiene a los ojos del escritor mucha más importancia que el relato de cualquier batalla, hecho fríamente desde la perspectiva distanciada del historiador. Con Gaziel, se entra en la historia por la vía de la subjetividad, pero es la que permite una reflexión humanista de gran valor. Sin este *parti-pris* del autor, sus numerosas referencias a la Edad Media y a la barbarie no permitirían entender este inmenso dolor que siente el autor por Europa, cuando dice por ejemplo que «el ejército internacional de la cultura europea ha quedado roto en pedazos, en los ejércitos de las barbaries nacionales»[28].

Otra característica importante de las crónicas de Gaziel es que han sabido dar cuenta, de manera bastante excepcional entre los distintos y numerosos escritos de la primera guerra mundial, de la idea de guerra total. Y lo que llama la atención, y quizá sea esto lo que compone la dimensión universal de la reflexión de Gaziel, es que, ahí donde esté, siempre late la misma interrogación: ¿Por qué la guerra? En noviembre de 1915, Gaziel está en Murichovo, en Serbia, cerca de Monastir (hoy Bitola en la República Macedonia), y las páginas que manda desde ahí son de las más tristes y escalofriantes. Observa la masacre de la población serbia, las caravanas interminables de civiles desplazados, hambrientos y torturados. Y frente a tanta miseria humana –«lo único que no cambia»[29]– escribe:

> Estas son escenas que infunden una congoja indecible, una piedad ilimitada, una tristeza radical y un hastío soberano del mundo. Ninguna, entre las que he presenciado durante el curso de la guerra, me produjo la conmoción de esa horda de lugareños harapientos, medio desnudos, barridos de sus tierras como despojos de basura humana.
>
> ¿Qué crimen horrendo han cometido esas gentes? ¿Cuál es su falta imperdonable? ¿Qué mal han hecho?… Nadie en el mundo, a no ser un espíritu torcido y furioso, es capaz de responder con una sola acusación directa a estas preguntas. ¿Se dirá, acaso, que esos hombres son culpables porque son serbios[30]?

28. Gaziel, *Diario de un estudiante*, *op. cit*, p. 74.

29. Gaziel, *En las trincheras*, *op. cit.,* p. 360.

30. *Ibid.*, p. 178.

Frente a estas innumerables interrogaciones que quedan sin respuestas, frente a la incapacidad de entender los motivos de la guerra, de cualquier guerra, Gaziel no se conforma con escribir crónicas de guerra sino que entabla con el lector una charla sobre el devenir ontológico del hombre, en un momento en que no existe ninguna razón por seguir creyendo en el género humano. Su reflexión filosófica se centra ante todo en las condiciones de la naturaleza humana y de la alteridad: ¿qué es lo que determina que mi vecino merezca que se le trate con humanidad?

Se ve, pues, que la noción de enemigo es más que subjetiva. Esto da aún más actualidad al pensamiento de Goethe: «Los hombres son víctimas de sus propios fantasmas»[31]. (Nótese ahí la paradoja de citar a un humanista alemán para condenar una guerra contra Alemania.) Es así, pues, como el periodista analiza la guerra desde una perspectiva ontológica, antropológica y filosófica.

Pero este estudio sería incompleto si no mencionáramos, incluso a grandes trazos, la perspectiva diacrónica de sus escritos, ya que lo que llama la atención también, a través de sus páginas, es la conciencia clara de que el escritor no solo escribe para el presente sino para el futuro, lo que revela una sincera aspiración pedagógica. Queda obvio que Gaziel quiere inscribir sus textos en una forma de universalidad y atemporalidad. Por ejemplo, cuando escribe, asistiendo a la batalla de Verdún, que «¡La guerra, como todos los males que aquejan al hombre, no tiene otra causa que su espantosa miseria, que es incurable e infinita![32]», observa una característica inherente a cualquier guerra, en cualquier época. De ahí una reflexión muy interesante de Gaziel sobre el lugar que ocupa y ocupará la primera guerra mundial en una cronología de las guerras que le hace remontar a Alejandro Magno, para mostrar que, al fin y al cabo, desgraciadamente, la historia lo digiere todo, simplificándolo y reduciéndolo a la anécdota. Se siente la profunda pena del escritor cuando anticipa cómo la historia explicará y conservará el recuerdo de lo que fue uno de los mayores traumas de Europa. Expresa una lamentación: «¡Y pensar que con el tiempo todo el conflicto presente quedará condensado, para uso de generaciones futuras, en una página de manual!»[33]

31. *Ibid.*, p. 139.

32. *Ibid.*, p. 69.

33. *Ibid.*, p. 338.

Y sin embargo sabe que «las horas actuales pesarán enormemente en la historia humana»[34].

Para concluir, esta conciencia de la memoria histórica hace que hoy la lectura de los textos de Gaziel sea de una actualidad impresionante para seguir intentando entender cómo y por qué esta primera guerra mundial ha dejado huellas indelebles en la memoria personal e íntima de los individuos y de las familias. Por eso, Gaziel no se equivocó al escribir sobre «el pormenor, la anécdota, la evolución y no el fin de los graves sucesos»[35], ya que puso al hombre en el corazón de su preocupación periodística, literaria y estética –porque, aunque no lo hayamos mencionado, el periodismo de Gaziel es también estético–. Así, como lo escribe Jordi Amat a propósito del libro *De París a Monastir*, su obra «se transforma para convertirse en un alegato ético que se solidariza, con piedad que solo se describe como cervantina, con los derrotados contemplados con indignación por un hombre que siempre se quiso ahijado a la tradición ilustrada y que veía con sus ojos cómo en el corazón de Europa se habían instalado el daño y la muerte. El desbordamiento de la razón ante la barbarie es el motor espiritual del libro: la desolación de un pacifista que mira al hombre concreto y que no soporta pensar que las luchas patrióticas lo condenen a una existencia indigna»[36]. Es esto lo que hace que, desgraciada y vergonzosamente, el pensamiento de Gaziel siga aportando una reflexión válida y necesaria para entender el mundo de hoy que se construyó en un campo de ruinas físicas y morales que, en nombre de la modernidad y de viles intereses económicos e ideológicos, nos dejó en herencia aquella horrible primera guerra mundial.

Fuera de Francia y de Alemania, muchos escritores extranjeros –como el español Gaziel– aportaron una visión personal que completa el conocimiento que se tiene de la época. Fueron muchos –jóvenes intelectuales, periodistas y escritores– venidos de todo el mundo y animados por un prurito de verdad y objetividad los que, ante la inconcebibilidad de esta guerra atroz, se comprometieron por defender una idea del

34. Gaziel, *Diario de un estudiante*, Barcelona, *op. cit.,* p. 75

35. Gaziel, *En las trincheras*, *op. cit.*, p. 211.

36. Jordi Amat, «Miguel de Cervantes, periodista: *De París a Monastir (1917)* de Gaziel», *op. cit.*, p. 28.

humanismo en una época en que ya no quedaba ni una sola esperanza de creer en el hombre.

Terminaré citando al escritor turco Yiğit Bener que escribió en francés –en el álbum conmemorativo del centenario de la guerra– este comentario que le inspiró la primera guerra mundial: comentario que a mi parecer se inscribe en la estela de Gaziel y de sus reflexiones sobre la absurdidad y la brutalidad de la guerra:

> Car finalement, c'est surtout cela, la guerre : une peur qui vous prend aux tripes et qui vous marque à jamais au fer rouge, une terreur qui reste abominablement vivace plus de quarante ans après, une mémoire innommable de sang, de boue, de merde et de meurtres commis au nom de « la raison d'État », une honte incommensurable pour toute l'humanité, un scandale à l'échelle mondiale, et qui continue pourtant à se perpétrer encore aujourd'hui, ici et là, toujours au nom des mêmes idéologies assassines[37].

37. Yiğit Bener, «Armistice ? Quel armistice ?», *Armistice*, Paris, Éditions Gallimard, 2018, p. 29.

LUIS BELLO: ACCIÓN Y PROPAGANDA EN LA GRAN GUERRA POR UN CRONISTA ALIADO

José Miguel González Soriano
Universidad Complutense Madrid / UNIR

Luis Bello (1872-1935), periodista y escritor, una de las firmas más reconocidas dentro de la prensa de su época, participó muy activamente como intelectual en el debate español sobre la Gran Guerra: fue editorialista del diario *El Imparcial* y del semanario *España* durante esos años, además de colaborar en la revista gráfica *La Esfera*; visitó el frente bélico italiano en 1917, junto a Unamuno, Azaña, Santiago Rusiñol y Américo Castro; y ya en 1918, proyectó la publicación de una serie de *Cuadernos de Estudio sobre Asuntos de Actualidad* en la que pretendía dar una visión historicista sobre la recién finalizada contienda, desde el punto de vista vencedor de la aliadofilia; pero solo llegó a sacar un primer número, en el que abordaba la posición española durante la guerra y la estrategia geopolítica de los alemanes en el momento de estallar la conflagración.

«La guerra es un hecho», constataba *El Imparcial* en su editorial del 2 de agosto de 1914, al día siguiente de la declaración oficial de hostilidades en Europa. Debido con toda probabilidad a la autoría de Bello, en él se llevaba a cabo un análisis emotivo, a la vez que realista, de tan preocupante situación:

> ¡La guerra europea! ¡El choque terrorífico que desde niños mirábamos los hombres de esta generación como una amenaza perenne y a fuerza de esperarlo año tras año íbamos creyendo que

> no había de realizarse nunca! La invasión de Serbia queda, desde ahora, relegada a un término lejano con valor meramente episódico. Están ya frente a frente Rusia y Alemania. Y esto quiere decir, dados los ineludibles compromisos internacionales, que ya están frente a frente Alemania y Francia. [...] En las columnas de todos los periódicos ha aparecido ya el cuadro de los ejércitos en lucha. Pero esa es la estadística. Cada fusil representa un hombre, un hogar, una familia, un porvenir truncado. Vista la guerra con ojos humanos, que atienden al dolor y a la miseria de nuestra naturaleza mortal, es incomprensible, es inicua, es infame.
>
> Pero la Historia necesita de estas memorables etapas. Así se hicieron y se deshicieron los pueblos desde tiempos remotos, y así se hacen y deshacen ahora, sin que a lo largo de tantos siglos dejen de ir asociadas a ella las ideas del honor y de la gloria. Francia y Alemania, en plena paz, llegaban al más pleno periodo de progreso. El relajamiento de la moral, que eternamente ha acompañado a la extrema civilización, ha hecho de Francia un pueblo cuyo mayor peligro estaba dentro de sí mismo. El exagerado aprecio de las cualidades militares en la paz dejó convertida Alemania en un cuartel, esclavizando la libertad y sometiéndola a brutal disciplina. Pero la cultura alemana y la cultura francesa son hoy dos altos luminares. ¿Será verdad que hace falta la guerra para purificar la atmósfera de las dos naciones? Después de tanta sangre, del sacrificio mutuo, ¿enterrará cada cual sus vicios y sus defectos en el campo de batalla? La victoria o la derrota, ¿tendrán virtud para llevar a un pueblo el sentido ético y al otro el amor a la libertad?

A la interrogante sobre el posible papel de España en la guerra, de si «será posible que lleguemos al final como espectadores», como el mismo editorial de *El Imparcial* («La guerra») se planteaba, nuestro país mantuvo su posición neutral inicial hasta el fin de la contienda, una resolución sostenida por los sucesivos gobiernos españoles, tanto liberales como conservadores. Si bien esta neutralidad traería consigo ciertos beneficios económicos –en especial, al aumentar las exportaciones–, igualmente desencadenaría una gran polémica entre los «germanófilos», partidarios de Alemania, de un gobierno de tipo autoritario, y los «aliadófilos», claramente mayoritarios entre los intelectuales y escritores –como, por ejemplo, Luis Bello– y defensores de una intervención española proaliada.

El diario a cuya redacción pertenecía entonces nuestro autor, propiedad de la familia Gasset y uno de los más importantes de la Restauración, comenzó manifestándose generalmente neutral y pueden encontrarse, incluso, determinadas colaboraciones de autores germanófilos en sus páginas, como en el caso de Jacinto Benavente o Ricardo León; no obstante, ya a partir de mayo de 1916, fecha en la que se separa de la Sociedad Editorial de España, pasaría a recibir subvenciones francesas, de 5.000 y hasta 7.500 pesetas al mes, a cambio de proporcionar un carácter más «amistoso» a sus informaciones desde París, cantidad similar a la que ya percibía de los ingleses (Saiz y Seoane, 1998, 219-220). Bello se encargará entonces de redactar los artículos de fondo del periódico en defensa de la causa de los aliados, como reconocería él mismo en una entrevista posterior[1]; y también, a lo largo de toda la contienda, llevaría a cabo diversas colaboraciones para el semanario *La Esfera*, dentro de su sección fija de actualidad «De la vida que pasa», en las cuales abordaría, de manera preferente, las duras consecuencias humanas y sociales originadas por la I Guerra Mundial, un enfoque humanitarista –antes que político– acorde con las características de la publicación puesto que, al igual que el conjunto de las grandes revistas gráficas de información general, la mencionada cabecera, fundada por Francisco Verdugo aquel mismo año de 1914, se mostraría más antibelicista que aliadófila, acogiendo en sus páginas a partidarios de ambos bandos para mantener un criterio de ecuanimidad de cara a su público, amplio y heterogéneo. Un fichaje de lujo, no obstante, para *La Esfera* lo representaría el novelista Vicente Blasco Ibáñez, afincado en París poco antes de estallar el conflicto bélico y nombrado «corresponsal en la guerra europea», quien apoyaría apasionadamente a Francia y sus aliados frente a Alemania.

Ciertos dilemas éticos, como la posible legitimidad de la violencia sobre la razón, y otras disquisiciones de corte ideológico, promovieron encendidos debates en la sociedad española entre los partidarios de ambos bandos, en los que solía trazarse una línea divisoria infranqueable entre liberalismo y autocracia, civilización y barbarie. «Las fobias de una y otra clase están ya desatadas», constataba Luis Bello en uno de sus trabajos para *La Esfera*, por lo que era difícil «mantener la neutralidad en

1. Véase Caravaca (1928). En la misma entrevista, Bello añadía que, para entonces, «la democracia no ha perdido para mí ninguno de sus atractivos. No creo en la crisis de la democracia. Todo lo que dije entonces lo sigo pensando».

la conversación y como nosotros, españoles, conservamos desde tiempos inquisitoriales demasiada tendencia a imponer nuestras ideas y a odiar, despreciar o ignorar –que es peor– las del contrario, los choques verbales nos exponen a frecuentes disgustos». Así, dentro del mismo artículo, Bello refería un enfrentamiento dialéctico producido entre los escritores José María Salaverría y Azorín del que había sido testigo directo:

> Este verano, en San Sebastián, dos de los hombres más buenos y más afectivos que conozco, Azorín y Salaverría, discutieron delante de mí, cada cual desde su punto de vista. Con pasión, sí; ¿por qué negarlo? Francia de un lado; Alemania de otro; dos espíritus, dos maneras distintas de entender la vida… […] Pero llegó un momento en que ambos tuvieron conciencia de haber llegado demasiado lejos y procuraron apagar bruscamente el incendio que sin darse ellos cuenta brotaba de sus propias emociones. […] Los que conozcan a Salaverría y a Azorín, tan contenidos, tan silenciosos, comprenderán el valor de este recuerdo. Ningún otro tema, antes ni después de la guerra, hubiera tenido la virtud de exaltar sus palabras. Era la mejor prueba de que el pensamiento y el sentimiento de España iban a ser removidos hasta lo más hondo (Bello, 1914).

A esta controversia ideológica dentro de la sociedad española venía a sumarse, a partir de enero de 1915, el semanario *España*, el «periódico político más importante de nuestra Edad de Plata», según José-Carlos Mainer (1999, 147), puesto en marcha por Ortega y Gasset con el fin de crear un «órgano popular» que sirviese de portavoz a su ambicioso programa político-social, desgranado pocos meses antes en su célebre conferencia «Vieja y nueva política»; y del que Luis Bello habría de ser uno de sus principales redactores. Durante sus primeros meses, además de su confección general Bello se encargaría de cubrir algunas de las secciones sin firma del semanario, como «La guerra. Hechos de la semana», de la que posteriormente tomaría materiales para su obra *España durante la guerra. Política y acción de los alemanes*, publicada en 1918; o la encuesta «¿Qué corrientes políticas, sentimentales e ideológicas dominarán en Europa después de la paz?», a la que darían respuesta personalidades tan significativas como Unamuno, Ramón y Cajal, Armando Palacio Valdés, etc.

Un año después de su fundación, sin embargo, ante las pérdidas económicas acumuladas a causa de su –relativo– fracaso de público,

España pasaría a estar dirigido por Luis Araquistain tras una operación político-financiera que respondía a un proceso de sistematización de la propaganda aliada en España, que ya por entonces empezaba a sentir la necesidad de asegurar adhesiones a su causa con subvenciones a periodistas y a determinados órganos de prensa; de ese modo, Luis Bello –siempre de acuerdo con sus convicciones– y otros autores escribirían artículos pagados por los ingleses a lo largo de la I Guerra Mundial. Tales dotaciones, apunta Enrique Montero, se tornaron ineludibles «cuando los germanos y austríacos, que parece ser las inician, hacen retirar a las firmas con conexiones con ellos los anuncios de los periódicos que demuestran simpatías aliadas y los aliados hacen otro tanto. El encarecimiento del papel va también a mover a los periódicos a buscar apoyos económicos en las embajadas» (1983, 246-247).

Araquistain, corresponsal en Londres de *El Liberal* al iniciarse la contienda y posteriormente destacado dirigente socialista, se convertiría en pieza clave para las relaciones británicas con la prensa de nuestro país, por sus contactos con el Bureau inglés y el Foreign Office; y para dirigir el entramado propagandístico puesto en marcha, se desplazaría hasta nuestro país el reputado miembro del diario *The Times* John Walter. La atracción de periódicos y periodistas por los procedimientos más suasorios es de difícil esclarecimiento: en este aspecto, llevaban las de perder los Imperios Centrales, por su aislamiento geográfico y falta de experiencia y organización, como reconocía el mariscal Ludendorff (1920) en sus memorias. Aun así, la propaganda alemana fue intensa y en cierta medida eficaz en cuanto al mantenimiento de la neutralidad; en España, coadyuvó a la captación de simpatías la decisión de su alto mando, al producirse la invasión de Bélgica, de derribar el monumento erigido en Bruselas a la memoria de Francisco Ferrer Guardia tras la Semana Trágica barcelonesa de 1909, gesto simbólico que ni los defensores más próximos a Ferrer se atrevieron a denunciar. Los aliados, por su parte, poseían dos poderosos instrumentos desde el punto de vista informativo: la agencia francesa Havas y la británica Reuter, que monopolizaban buena parte del mercado en los países europeos y latinoamericanos, conectadas con la norteamericana Associated Press.

Subvencionada la revista *España*, tras el relevo efectuado en su dirección, con tres mil pesetas mensuales, a repartir entre los países aliados, para imponer en ella una agresiva aliadofilia, Bello obtendría, por su

parte, a comienzos de 1917, unas 400 pesetas al mes por tres o cuatro artículos semanales más otras cien guineas de la Agencia Anglo-Ibérica de propaganda, dirigida por Walter, para crear una revista política[2], bajo el título *Revista Política Española*, que sin embargo solo llegaría a publicar un prospecto en prensa anunciando su salida. Las elecciones generales celebradas el año anterior habían dado ocasión, asimismo, a nuestro autor de salir elegido diputado, designado por Rafael Gasset, dueño de *El Imparcial*, para cubrir un escaño vacante entre los liberales tras el fallecimiento de su correligionario Alfredo Vicenti, director a su vez de otro destacado diario, *El Liberal*, por el distrito coruñés de Arzúa. Agradecido a su labor editorialista y como redactor durante los años de la Gran Guerra, Gasset recompensaría a Bello como solían hacerlo entonces los políticos influyentes: regalando un acta al periodista. Su presencia en la Cámara baja, en cambio, sería meramente testimonial; y al iniciarse en el verano de 1917 el movimiento de revolución social encabezado por las Juntas de Defensa –asociaciones espontáneas de oficiales del ejército que se amotinaron en demandas salariales y de reformas para el país– y que culminó con la Asamblea de Parlamentarios de Barcelona –que reivindicaría la autonomía política de las regiones y la convocatoria inmediata de Cortes Constituyentes–, Bello se sumaría a ella, aun «sin demasiada fe –sin fe, mejor dicho–, solo por no decirme a mí mismo que había negado concurso a un intento más o menos viable» (Bello, 1923), lo que le valió tener que separarse de Rafael Gasset y *El Imparcial*, partidarios de una línea monárquica sin fisuras.

La radicalización de la vida política y social en 1917 llevó a los responsables del Foreign Office y al embajador de Inglaterra –básicamente conservadores y dinásticos– a ver con inquietud una posible identificación de la aliadofilia con republicanismo y «revolucionarismo», circunstancia que iba a poner fin a las pródigas ayudas británicas a parte de la prensa española y a purgar la lista de intelectuales subvencionados hasta entonces, pudiendo resultar Luis Bello uno de los damnificados. Éste no dejaría de lamentar el hecho de que, en su deseo de atraerse a la España tradicional y de orden, inclinada hacia Alemania, los aliados «desatendieron, desdeñaron y casi rechazaron la adhesión entusiasta de las izquierdas. En algún momento les pareció peligrosa su compañía

2. Como constaba en un informe de John Walter para el Foreign Office, de fecha 28 de febrero de 1917 (Montero, 1983, 252).

espiritual y más que nunca en aquellos revueltos días del año 17 […] La política de los aliados en España ha tendido siempre a afirmarse sobre el orden, la tranquilidad interior y el *statu quo*» (Bello, 1918c). Poco tiempo después, sin embargo, Bello sería invitado por la Oficina de Propaganda Italiana a visitar el frente de guerra del ejército trasalpino en su lucha con las tropas austrohúngaras. Formaban la embajada, además, el entonces secretario del Ateneo de Madrid Manuel Azaña, Unamuno, el filólogo Américo Castro y Santiago Rusiñol. Como no podía ser menos, tratándose de una comitiva compuesta por hombres de letras, casi todos ellos escribirían después artículos en la prensa hispánica explanando sus experiencias en el frente –lo cual debía de ser la intención, más o menos tácita, de los organizadores–, si bien solamente Rusiñol y Unamuno llevarían a cabo una detallada crónica, a modo de dietario, sobre sus impresiones[3]. Luis Bello, por su parte, fue dando a luz, de manera dispersa, diversas crónicas en *La Esfera* –y también para *Nuevo Mundo*– más que de la contienda en sí, descriptivas como viajero de los lugares por los que fue pasando, dado el carácter de neutralidad que mantenían aquellas revistas ilustradas; pero la guerra estaba presente, indefectiblemente, en el paisaje cotidiano de todos aquellos enclaves recorridos y en sus artículos: de «Las ciudades heridas» hablaría en uno de aquellos trabajos ya de regreso en España, publicado en *Nuevo Mundo* el 21 de diciembre. El grupo expedicionario llegaría primeramente a Milán y de ahí visitarían Udine –en donde tuvieron ocasión de dialogar con el comandante en jefe del ejército italiano, general Cadorna– y las posiciones del frente bélico italiano, desde el Carso –en posesión de Austria– y el monte San Gabriel, con el río Isonzo como frontera natural, hasta el Monte Santo y los Alpes de Cadore, «campos» de batalla –entre comillas, debido a lo escarpado del terreno– que se presentaban a su vista completamente perpendiculares, batiéndose italianos y austríacos como si se hallasen

3. Rusiñol llevaría a cabo una serie de ocho crónicas que publicaría a su regreso en el semanario *L'Esquella de la Torratxa*, entre el 28 de septiembre y el 10 de noviembre de 1917, y Unamuno una serie de seis artículos, que no aparecerían hasta el mes de diciembre, dentro del diario bonaerense *La Nación*. Azaña llegaría asimismo a proyectar una serie de hasta 16 artículos, de los que publicó los tres primeros en *El Liberal* los días 14, 17 y 23 de octubre; pero el cuarto, titulado «El nuevo ejército», se quedó en borrador tras el desastre italiano en el Caporetto, una sangrienta derrota a manos de los Ejércitos Centrales que «invalidó sus dotes proféticas basadas en tan inseguras probabilidades como puede proporcionar a un profano la simple vista de los campamentos y fábricas militares» (Rivas Cherif, 1981, 51).

en diferentes plantas de un mismo edificio, mientras las perforadoras de ambos ejércitos trabajaban afanosamente en las entrañas del monte, luchando por «llegar primero» y lanzar al abismo a las posiciones enemigas, tal y como lo describía Luis Bello:

> Al resguardo de unos abetos centenarios visitamos las baterías. Entonces no sonaba el cañón. De pie sobre una altura nos enseñaron una raya tenue, a ratos blanca, a ratos roja, que marcaba en las montañas fronteras la línea enemiga. –¡Allí están!– Allí estaban los austríacos. ¿Qué hacían? Lo mismo que los italianos: agujerear las rocas. A pocos pasos unos de otros labraba cada cual su mina con la esperanza de terminarla el primero. Si acababa Italia, día de luto para los ingenieros del otro lado. Toneladas de dinamita derrumbarían los abrigos austríacos y en ellos morirían sus defensores. La línea italiana avanzaría unos cuantos centenares de metros. Si acababa antes Austria…
>
> […] Otras veces –en el monte San Miguel y en el Sabotino–, esas galerías subterráneas que conducen a un observatorio o a una batería, hemos debido franquearlas con cuidado, guardando la cabeza para no herirnos con algún pedernal, las manos para no separarnos de la misma pared, siempre húmeda y viscosa, y los pies para no pisar a los soldados que duermen en pleno día, sin duda porque velaron toda la noche. Una emoción de piedad y de respeto me hacía pasar de puntillas como si pasara junto a la cuna de un niño dormido. Y si el soldado despertaba y al reflejo de alguna linterna o de las claraboyas súbitamente abiertas en la oscuridad, nos veía a nosotros, civiles, neutrales, libres por lo tanto de todos los sacrificios de la guerra, nunca dejé de pedirle mentalmente perdón por haber ido a envenenar su sueño (Bello, 1918b).

Una Venecia en estado de guerra, sin alumbrado público y con barricadas de sacos que ocultaban el excelso ornato de San Marcos y la Piazzeta, el Palacio de los Dogos y la estatua misma del *Colleone* para protegerlas de los estragos causados por las bombas austríacas, ponía fin a un periplo de diez días del que todos los expedicionarios habían quedado admirados de la organización militar trasalpina; sin embargo, su entusiasmo pronto se pronto se vendría abajo ante las noticias del desastre bélico de Caporetto, cuando seis divisiones alemanas y cuatro austro-húngaras lanzaban una ofensiva rompiendo el frente italiano, arrebatando a sus enemigos Gorizia y la ciudad de Udine en un desastre

histórico para Italia. Luis Bello no dejaba de lamentar esta circunstancia en su artículo para *La Esfera* del 1 de diciembre sobre la ciudad udinesa («Udine, invadida»):

> Estuvimos en Udine algunos días del pasado septiembre, cuando la vieja ciudad del Friuli era centro de operaciones y cuartel general de Cadorna. Hoy, no solo Udine, sino todo el Friuli, está en poder de los austro-alemanes, y el recuerdo de aquellos cuatro días tiene para mí un valor dramático y, por lo tanto, un valor poético. ¡Pobre Udine! Ya entonces estaba profanada su quietud de pueblo fronterizo, de rincón provinciano, por el estruendo de la guerra. Íbamos a comprar los periódicos de Milán y de Roma –*Il Sécolo*, el *Giornale d'Italia*, el *Corriere della Sera* y también algún diario veneciano– a una librería que se llenaba de gente. Había que esperar turno. La calle y la plaza palpitaban también con la misma fiebre de la guerra. Soldados –centenares de soldados–, desfilaban mañana y tarde por delante del librero. ¿Cuántas personas entrarían al año en su tienda antes de la transformación de Udine? ¿Cuántos volverán a entrar cuando acabe la guerra? Y ¿qué libros habrá en el escaparate? ¿En italiano o en alemán? […] ¿Estarán todavía para entonces, o mejor dicho, estarán ya otra vez, los libros optimistas en que triunfan el lírico fervor dannunziano y la confianza de la madre Italia en sus grandes destinos?

La respuesta a este último interrogante la daría, en parte, el crecimiento de la influencia de los *fasci* en la política y sociedad italianas y la ascensión de Mussolini al poder a partir de 1922. Al poco tiempo de aquel desastre, una nueva y contundente ofensiva del ejército alemán sobre la línea franco-británica culminaría con el bombardeo de París por los *Taube* y el enorme cañón *Grosse Bertha*. Bello reflexionaba en *España* acerca de las consecuencias morales que se podían extraer de este ataque sobre la capital francesa: para Alemania, el fin justifica los medios; este punto de vista «separa su mundo moral del nuestro. Digo del nuestro porque el mío es ese otro mundo moral donde no todo lo eficaz se considera lícito». Para Francia e Inglaterra, «el estado de guerra no autoriza el asesinato ni hay razón que justifique el bombardeo de ciudades abiertas fuera de la zona de operaciones» (Bello, 1918d). A los primeros éxitos de los alemanes, los aliados responderían con una contraofensiva que, gracias al material de refresco norteamericano, provocaría una retirada

tan rápida del bando germano como lo había sido su avance anterior, tras luchar de nuevo en el Marne: el fin de la guerra se aproximaba.

A lo largo de 1918, Luis Bello mantendría su colaboración en la revista *España* así como, de manera más puntual, dentro de *La Esfera*; si bien, en el caso de la primera, la implantación –una vez más– de la censura previa mutilaría severamente varios de sus trabajos, apareciendo con numerosos espacios en blanco una serie de textos en los cuales ponía en cuestión el criterio neutralista oficial y postulaba en cambio un acercamiento al bando occidental[4]. Tales medidas de prevención por parte del Ejecutivo parecían ya inútiles cuando la guerra podía darse definitivamente por decantada a favor de los países aliados; y por eso, se preguntaba asimismo el editorial de *España* del 10 de octubre: «¿No es vejatorio e intolerable que todavía funcione la censura cuando ya Alemania solo puede implorar la paz?». Poco después, Bello reflexionaría «como español» en la misma cabecera sobre el día posterior al inminente desenlace bélico. La victoria final aliada no le alegraba tanto como debiera –confiesa– porque «no hay medio de ocultarnos que España ha sido vencida», y preveía grandes disturbios y revoluciones internas en Alemania, prosperidad para los aliados y un futuro bastante incierto para nuestro país (Bello, 1918e).

La misma semana en que se declaraba la paz en Rethondes, el 11 de noviembre de 1918, en base a los *Catorce puntos* redactados por el presidente norteamericano Wilson, la revista *España* encabezaba su número dedicando la primera plana al llamamiento de la Unión Democrática Española, una agrupación cuya finalidad esencial, según sus propias palabras, era «la democratización suficiente de España para que pueda pertenecer a la Sociedad de Naciones que habrá de crearse después de la paz»; e igualmente, dentro del mismo ejemplar, el semanario reproducía en páginas interiores un fragmento de *Cuadernos de Estudio sobre Asuntos de Actualidad. España durante la guerra. Política y acción de los alemanes. 1914*, un largo título que correspondía al primer volumen de una serie

4. Así, en el primero de ellos, «La nota a Berlín. El Gobierno se mantiene en actitud resuelta» (22-8-1918), en la parte no mutilada del texto –probablemente, la que censuraba la actuación de las potencias centrales– Bello sí aplaudía la medida del Ejecutivo de elevar una protesta ante Alemania a raíz del torpedeamiento del *Larrinaga* y de otros buques españoles por los submarinos germanos, al considerarla un gesto necesario por parte del Estado para salvaguardar la dignidad del país, como era su obligación.

que proyectaba llevar a cabo Luis Bello y que, según aseveraba la entradilla con que *España* la presentaba a sus lectores, «…en nuestro entender, es la más seria contribución que en nuestro país se ha hecho a la historia de las influencias de la guerra en España». Acabada la conflagración, llegaba ya la hora de recapitular los acontecimientos y de extraer sus posibles consecuencias futuras para nuestro país, especialmente –claro está– desde el punto de vista vencedor de la aliadofilia. Así, inspirado quizá en el ejemplo de Blasco Ibáñez y su serie *Historia de la guerra europea de 1914*, que había ido publicando sucesivamente a lo largo de la contienda con gran éxito de ventas, Bello fue haciendo acopio de material documental, convencido de la importancia decisiva de la Gran Guerra en el devenir presente y futuro de España y del mundo occidental, para después componer, reunidos los datos, un conjunto de ensayos que abordarían tan trascendental periodo histórico. En la introducción al volumen que daba inicio a la serie, lo explicaba del siguiente modo:

> Al preparar el plan de unos *Cuadernos de Estudio sobre Asuntos de Actualidad*, surgió antes que todos el de mayor interés: *España durante la guerra*. Esta guerra, que ha enriquecido a fabricantes, acaparadores y navieros, ha aumentado también el caudal de temas, conceptos y noticias en circulación; así es que las notas reunidas exigirán varios cuadernos, hasta formar un libro. Al ordenarlas hallé que si era posible hacer de todas un extracto, sirviendo al lector la quintaesencia, valía más aprovecharlas bien, en vivo y en caliente, con su valor actual, no tanto por ayudar a la Historia como por facilitar a los españoles de hoy una visión de conjunto, panorámica, de sucesos que estamos viviendo casi sin darnos cuenta. Anticiparse a la Historia es demasiado. Me basta con reunir datos que nos ayuden a todos a ver las cosas claras (Bello, 1918, 7).

Escribía Bello estas líneas a los «cuatro años justos» de empezar la contienda; y aunque su salida a la luz coincidiría con la finalización de la misma, en sus previsiones iniciales no estaba incluida esta circunstancia, al pensar que el desenlace definitivo de la Gran Guerra se hallaba aún lejano, aunque ya por entonces la balanza se hubiera inclinado del bando de los aliados: «Ya sé que acabada la guerra podrá tratarse el tema con más materiales que hoy, pero he dicho que mi propósito no es solo hacer historia. Y agregaré que tampoco quiero aguardar a que el moro esté muerto para darle una gran lanzada». El cuaderno, compuesto de 110

páginas de letra apretada, aparecía editado en tamaño de cuarta menor con la cubierta a dos colores; y como motivo ornamental, en el centro de la misma, una viñeta clásica, representando a dos veleros arribando a una fortaleza, con una inscripción latina en la parte superior a modo de lema: *In contraria ducet* («Llegar por lo contrario» o «Navegar en tiempo adverso»), que Bello seguramente pudo extraer de *Idea de un príncipe político cristiano, representada en cien empresas* de Saavedra Fajardo, que se servía del emblema en su empresa política núm. XXXVI[5]. Para su financiación, tal vez contase inicialmente con alguna subvención de la Agencia Anglo-Ibérica de propaganda, como aquellas cien guineas que obtuvo a comienzos de 1917 para la fundación de la después nonata *Revista Política Española* –quizá fueran las mismas–, o que su financiamiento proviniera de los fondos franceses que se habían hecho cargo posteriormente de la revista *España* hasta concluir la guerra; o incluso, que hubiera obtenido alguna ayuda de la Oficina italiana a través de la cual había visitado el frente de guerra en el Isonzo el año anterior.

Política y acción de los alemanes… aparece dividido en dos partes: «La tradición española en política internacional» y «El hallazgo de la neutralidad». Partiendo de la premisa de que, para historiar el papel de España durante la contienda «el mejor método consistirá en seguir cómo va desarrollándose *la política y acción de los alemanes*», pues si bien nuestro país se había librado de la guerra «de las trincheras», los países neutrales constituyeron campo de propagandas e influencias y en eso –en opinión de Bello– había sido el país germano quien emprendiera antes la ofensiva, en la primera parte efectuará un rápido repaso de las relaciones internacionales entre España y Alemania, desde el siglo XII y el reinado de Alfonso X el Sabio a los pactos de Cartagena de 1907: «Los tradicionalistas –señala– procuran mantener vivo el recuerdo de que nuestra unidad católica surgió en plena dominación visigoda […] y no sorprenderá que haya podido utilizarse tan remoto periodo histórico para establecer una relación» (Bello, 1918, 14-15). Una de las primeras

5. En ella, el erudito escritor y diplomático del siglo XVII español explicaba acompañando a la viñeta que «no navega el diestro y experto Piloto al arbitrio del viento, antes valiéndose de su fuerza, de tal suerte dispone las velas de su bajel, que le lleven al puerto, que desea, y con un mismo viento orza a una de dos partes opuestas (como mejor le está) sin perder su viaje […] Toda la ciencia política consiste en saber conocer los temporales, y valerse de ellos: porque a veces más presto conduce al puerto la tempestad, que la bonanza» (Saavedra Fajardo, 1677, 129).

conclusiones que se podían extraer de semejante recorrido histórico es que, tras la caída de nuestro Imperio, la tendencia española fue aguardar a una hipotética reconstitución interior y no alinearse firmemente con nadie a nivel internacional, pues si en ocasiones fuimos de la mano de Francia e Inglaterra, y más de una vez hubo tensión en aquellas relaciones, tal circunstancia no habría de ser aprovechada por Alemania para demostrar un interés que nunca debió sentir hacia España.

A partir de aquí, la segunda parte de la obra está dedicada a exponer la iniciación y el desarrollo de lo que Bello llama «el hallazgo de la neutralidad», construyendo un relato de meridiana claridad sobre el transcurso de la política española desde el 1 de agosto de 1914, cuando Alemania declara la guerra a Rusia y Francia disponiendo la movilización de su ejército, hasta la mayor intensificación en nuestro país de la propaganda alemana. El estallido de la conflagración había cogido desprevenida a la Corte en San Sebastián; y si la atropellada repatriación de obreros y trabajadores suministró motivos de queja, más aún habían de producirse entre los veraneantes fuera de nuestro país. En tales circunstancias se pasó a discutir la postura de neutralidad. Se sabe que el primer impulso del monarca, al declararse la guerra, le llevó a inclinarse sin vacilaciones del lado de la *Entente*, por el alcance que concedía al acuerdo de Cartagena –que alineaba a España con Inglaterra y Francia frente a los intereses alemanes sobre Marruecos–; pero del Consejo de ministros celebrado el día 5 en Madrid, salió la interpretación gubernamental de no tener «contraído ningún compromiso internacional que nos obligue a intervenir en el actual conflicto», deshaciendo los posibles lazos que nos unían a la Europa occidental obedeciendo, en suma, a la seguridad íntima en la derrota de Francia y a la amenaza de conflictividad interna: «La neutralidad fue afirmada, por consiguiente, como la suprema habilidad y el acto supremo de energía de quien no puede hacer otra cosa» (Bello, 1918, 67). Ante la imposibilidad, por puras razones geoestratégicas, de que España tomara partido activamente por los Imperios centrales, el triunfo inicial de la diplomacia alemana consistió en que permaneciera neutral.

Contra semejante criterio, protegido y robustecido por el apoyo oficial, pronto se alzó la voz del conde de Romanones con su artículo «Neutralidades que matan», publicado el 19 de agosto en el *Diario Universal*, cuyas consecuencias políticas no se harían esperar: en el

Consejo de ministros celebrado al día siguiente, quedó planteada –y finalmente superada– la primera crisis de la neutralidad. Nuestro autor reconstruye seguidamente la historia íntima de aquel Consejo, un episodio poco conocido hasta entonces. Hubo en la prensa, como reacción, muchos artículos fervorosamente neutralistas; y la enérgica campaña seguida contra Romanones demuestra que «los partidarios de los Imperios centrales no perdieron el tiempo» (Bello, 1918, 72-74). A la posición del conde habrían de sumarse públicamente el reformista Melquiades Álvarez, quien evolucionó después hacia una «neutralidad benévola» y el republicano Alejandro Lerroux, que hablaba «sin resguardarse en ninguna trinchera» y se quedó solo, combatido en la calle con perturbaciones del orden público favorecidas, subrepticiamente, por el ministro de Gobernación, José Sánchez Guerra. De ese modo, señala Bello, quedó definida la posición neutral de España en los primeros días de agosto y afirmada como «cosa intangible» en el curso de aquel mes tan angustioso para los aliados. Al trasladarse el Ejecutivo francés a Burdeos, el 3 de septiembre de 1914, el gobierno de Dato ordenó a su embajador en Francia, marqués de Villaurrutia, permanecer en la capital parisina en espera de los alemanes y del general Von Kluck cuando «todos los embajadores y representantes extranjeros, beligerantes o neutrales, habían tomado el tren de Burdeos con *M*. Poincaré». Villaurrutia, que sabía «por los latidos del corazón de Francia, que la hora de la paz estaba muy lejos y que el traslado a Burdeos no era el desplome de la resistencia aliada», tras negarse dimitirá; y a su sustituto no le daría tiempo de llegar a París, al producirse entonces la batalla del Marne y quedar frenado el avance de los alemanes. El incidente ocurrido con el marqués de Villaurrutia «es un dato precioso para juzgar del carácter de nuestra neutralidad. Es el primero de una serie que no ha terminado todavía y el que reveló cuáles eran las miras ulteriores de nuestra política respecto de la guerra» (Bello, 1918, 81-82).

Tras mudar la citada la batalla del Marne el curso de los acontecimientos, Alemania comprendió que, fracasado el plan de un ataque brusco y la victoria por sorpresa, era preciso desarrollar otra táctica mucho más amplia; y en este nuevo plan, «más gigantesco que el primero», correspondía a cada neutral un papel distinto. España tenía el suyo e interesaba sostener aquí la fe ciega en el triunfo alemán como base de una política de guerra (Bello, 1918, 85). El bien documentado trabajo

de Luis Bello –apoyado en bibliografía y prensa nacional y extranjera, y algunos testimonios personales– termina demostrando de qué manera Alemania no perdió el tiempo en sus propagandas en España –directas o a través de medios autóctonos–, llegando incluso a amenazar con el fantasma de la guerra civil a beneficio de sus intereses y desde las columnas de la prensa protegida por ellos: «Su plan consistió en servir los fines militares, el interés militar de Alemania, haciendo que los gobiernos españoles, por temor a una guerra civil, no pudieran salir nunca de la neutralidad» (Bello, 1918, 103-104). En la aristocracia, en el clero y en el ejército, encontraron abonado el terreno; y desde el poder se dio cobijo a su estrategia de acción pues, mientras la escasa prensa que defendía a los aliados encontró toda clase de obstáculos, el gobierno conservador de Dato, como más tarde el liberal de García Prieto, «basó su política de neutralidad en la fuerza de esa opinión amenazadora, a sabiendas de que se sostenía con dinero alemán». El nacionalismo catalán, pragmático, se amoldaba a la neutralidad. Las izquierdas españolas, a medida que fue avanzando la guerra, fueron dando cada vez más valor a los móviles ideales que luchaban en las trincheras. Esos mismos ideales de la lucha contra el imperialismo alemán reducirían progresivamente el número de los intelectuales españoles imperialistas. En cuanto al pueblo, forzoso es decir que «adoptó satisfecho la camisa de fuerza de la neutralidad» (Bello, 1918, 97).

La segunda parte del *memorándum* desgranado por Luis Bello, al referirse a acontecimientos del pasado reciente, de palpitante actualidad todavía en muchos aspectos en el momento de publicarse el volumen, obtuvo una gran resonancia entre la clase política y los medios de comunicación. La revista *España*, como ya apuntamos, reprodujo en su número correspondiente al 7 de noviembre un fragmento de la misma, aquellos pasajes en los que se narraba el Consejo «de la neutralidad» posterior al artículo de Romanones y el incidente diplomático con el embajador Villaurrutia. En una reseña sobre el libro publicada dos días después, el 9 de noviembre, en *La Correspondencia de España*, José García Mercadal resaltaba que «de la importancia de este primer cuaderno dice bastante el que, antes de aparecer y por referencias de su contenido, Indalecio Prieto logró dar interés a un discurso suyo, descubriendo algunas cosas que el lector español conocerá por primera vez en las páginas de *España durante la guerra*». Aludía Mercadal al discurso pronunciado

por Prieto –diputado socialista por vez primera ese año– en el Congreso en la sesión del 25 de octubre de 1918, en el transcurso del debate político motivado tras la crisis del Gobierno «nacional» de Antonio Maura, al dirigirse al conde de Romanones:

> El artículo de S. S. «Neutralidades que matan», no pasó inadvertido. Ese escrito de S. S., que fue el autor material y moral del artículo, porque lo escribió de su puño y letra (he visto esta y otras revelaciones en una interesante obra que se está dando a la estampa, titulada *España durante la guerra*, que escribe, muy copiosa de datos, por cierto, el ilustre escritor Luis Bello), ese escrito de S.S., de cuya iniciativa no vamos a hablar, produjo una crisis, de la cual no se ha tratado jamás aquí[6].

El diario republicano *El País*, dentro de su editorial del 15 de noviembre de 1918 («La agitación callejera y los incidentes parlamentarios») declaraba, haciendo historia, que «otra manifestación miserable (aunque manifestantes de buena fe se creyeran patriotas) fue la urdida a primeros de septiembre contra Lerroux por jaimistas, mauristas y alemanes, y que fue patrocinada y secundada por el entonces ministro de la Gobernación Sr. Sánchez Guerra. (Lea quien ignore lo sucedido, o no lo recuerde bien, el primer folleto de la obra de Luis Bello, *España y la guerra*)». También Manuel Aznar, en un artículo publicado el 26 de diciembre de 1918 en *El Sol* –del que era a la sazón su director, con tan solo veinticuatro años de edad, tras relevar en su puesto a Félix Lorenzo–, «España y su política internacional», escrito con motivo del viaje de Romanones a París, donde había conseguido mantener un encuentro –poco productivo en la práctica, pero sí en la imagen– con el presidente norteamericano Wilson, hacía referencia a la obra de Bello en uno de sus pasajes:

> Sin poner en duda los sentimientos occidentalistas del jefe de los conservadores y de su ministro de Estado, es necesario convenir en que nuestra política exterior durante las etapas conservadoras fue desacertada en lo principal, y por ella se ocasionaron a Francia e Inglaterra gravísimos perjuicios y aun agravios que no se olvidarán fácilmente.

6. Véase *Diario de Sesiones,* legislatura. 1918, núm. 85, 2.796-2.797 (<https://app.congreso.es/est_sesiones/>).

> No es preciso que expongamos aquí una lista de esos perjuicios y de esos agravios, porque de todo ello se ha hablado mucho, y por si faltase una seria recopilación de motivos y razones, está ahí el admirable folleto de Luis Bello, cuyo valor acusatorio es considerable.

Aquel primer volumen de la colección proyectada por Bello anunciaba otros tres números más de la serie *España durante la guerra,* titulados *La guerra submarina*, *Marruecos* y *La acción política*. Tres nuevos cuadernos que, según Mercadal, «a juzgar por el acierto que ha presidido en la ordenación y desarrollo de este primero, serán tan dignos de encomio como él y de tan interesante lectura». Pero, a pesar de opiniones tan halagüeñas como esta, y del augurio del mismo crítico de un gran éxito editorial «…pues así lo merece su acierto en el fondo, su exquisito gusto en la presentación y hasta la economía de su coste» (García Mercadal, 1918), Bello, finalmente, no logró sacar adelante más ejemplares y la colección se quedó tan solo en el número inicial. Su situación económica en aquellos instantes no debía ser muy boyante, reducidos sus ingresos a lo percibido por sus artículos de colaboración en *España* y *La Esfera*, sin un sueldo fijo por la labor diaria en la redacción de un periódico y sin contar tampoco con las dietas correspondientes al acta de diputado. No habiendo podido hacer acopio de más fondos para continuar con la empresa, que podía –quizá– resultar incómoda a más de un actor protagonista de la política del momento, sin disponer de una hipotética subvención aliada al haber terminado ya la guerra, Bello hubo de renunciar a continuar la autoedición de aquellos *Cuadernos de Estudio sobre Asuntos de Actualidad* que tan halagüeñas expectativas habían logrado despertar en su primera entrega.

Las inquietudes de un mundo en transformación originadas por la Gran Guerra, tales como el relevo producido en el dominio mundial, perdiendo Europa su liderazgo en una guerra fratricida mientras EE.UU. se afianzaba como primera potencia; el viento revolucionario proveniente de Rusia, el régimen bolchevique y la creación de la III Internacional; el conato de revolución que siguió en Alemania a las duras condiciones impuestas al país germano tras su derrota en la guerra, que acabó con la abdicación del *Kaiser* Guillermo II; el auge generalizado de los totalitarismos en Europa, seguirían estando presentes, sin embargo, en buena parte de los artículos de Bello en los años siguientes. Cuando,

en 1932, la revista gráfica *Estampa* plantee en su número del 23 de abril la pregunta: «Diez millones de muertos hubo en la Gran Guerra: ¿Estallará otra?», encuesta en la que participarían personalidades como Gregorio Marañón, Indalecio Prieto, Eduardo Marquina, María de Maeztu o Victoria Kent, Luis Bello responderá: «En cuanto a guerra, todo lo creo posible. Siempre es posible una nueva guerra, pero ahora más que nunca. Esta es la opinión de un pacifista».

Referencias bibliográficas

(Anónimo), «La guerra», en *El Imparcial*, Madrid, 2-8-1914.

——, «A toda la prensa liberal», en *España*, Madrid, 10-10-1918.

——, «La agitación callejera y los incidentes parlamentarios», en *El País*, Madrid, 15-11-1918.

——, «Diez millones de muertos hubo en la Gran Guerra: ¿Estallará otra?» [encuesta], en *Estampa*, Madrid, 23-4-1932.

Aznar, M., «España y su política internacional», en *El Sol*, Madrid. 26-12-1918.

Bello, L., «De la vida que pasa. Cuando no había periódicos», en *La Esfera*, Madrid, 21-11-1914.

——, «Udine, invadida», en *La Esfera*, Madrid, 1-12-1917.

——, «Las ciudades heridas», en *Nuevo Mundo*, Madrid, 21-12-1917.

——, *Cuadernos de Estudio sobre Asuntos de Actualidad. España durante la guerra: política y acción de los alemanes (1914-1918)*, Madrid, Europa, 1918.

——, «Los valles del Cadore. Cortina d'Ampezzo», *La Esfera*, 12-1-1918.

——, «Las derechas y el influjo alemán en España», en *España*, Madrid, 14-3-1918.

——, «Sentimientos que inspira el bombardeo de París», en *España*, Madrid, 25-4-1918.

——, «Reflexiones de un español», en *España*, Madrid, 17-10-1918.

——, «Los de hoy y los de mañana», en *El Liberal*, Bilbao, 28-12-1923.

Caravaca, F., «El hidalgo caballero andante D. Luis Bello», en *Heraldo de Madrid*, Madrid, 24-4-1928.

Diario de las Sesiones de Cortes, legislatura 1918, nº85, p.2771-2804 (<https://app.congreso.es/est_sesiones/>).

García Mercadal, J., «Cuadernos de Estudio. *España durante la guerra*», en *La Correspondencia de España*, Madrid, 9-11-1918.

Ludendorff, E., *Mis recuerdos de la guerra (1914-1918)***,** Barcelona, Seix Barral, 1920.

Mainer, J. C., *La Edad de Plata (1902-1939). Ensayo de interpretación de un proceso cultural,* Madrid, Cátedra, 1999.

Montero, E., «Luis Araquistain y la propaganda aliada durante la I Guerra Mundial», en *Estudios de Historia Social*, Madrid, 24-25 (1983), p.245-266.

Rivas Cherif, C., *Retrato de un desconocido. Vida de Manuel Azaña*, Barcelona, Grijalbo, 1981.

Saavedra Fajardo, D., *Obras de don Diego de Saavedra Faxardo*, Amberes, Juan Bautista Verdussen, 1677 <http://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000083539&page=1>.

Saiz, M. D. y M. C. Seoane, *Historia del periodismo en España. 3. El siglo XX: 1898-1936*, Madrid, Alianza, 1998.

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ, UN TESTIGO DIRECTO DE LA CONTIENDA: *HISTORIA DE LA GUERRA EUROPEA DE 1914* (1920-1930)

Élisabeth Delrue
Universidad Picardie Jules Verne – CEHA

En 1914, Blasco Ibáñez vuelve de Argentina, en cuyos territorios, entre 1911 y 1913, le ocasionó sustanciosas pérdidas un proyecto fallido de tierras de cultivo con agricultores valencianos y se traslada a París para solventarlas, persiguiendo la mejora económica que le supondría la labor literaria. En julio, se instala en un hotel del barrio de Passy junto a Bois de Boulogne, coincidiendo su instalación en la capital francesa con el estallido de la primera guerra mundial. Aprovecha la oportunidad que se le presenta para convertirse en corresponsal de guerra.

Cubre la contienda con el apoyo de los servicios de información franceses y del presidente Raymond Poincaré, lo cual le facilitó muchos contactos y le permitió escapar de la censura impuesta por el Ministerio de la Guerra. Nunca estuvo en la primera línea del frente del combate pero se aproximó a las trincheras, desde las cuales, envía sus crónicas, al diario *El Pueblo*. El 17 de noviembre de 1914, aparece el primer número de *Historia de la Guerra europea de 1914,* una publicación semanal, ilustrada, que se editará hasta que el 28 de julio de 1919 se firme la Paz de Versalles y la rendición de Alemania.

Dichas crónicas serán reunidas en nueve volúmenes y publicadas por la editorial Prometeo[1] recién fundada. Constituyen una verdadera enciclopedia de la Gran Guerra de 5945 páginas ilustrada con millares de fotografías, dibujos y láminas, acompañada de un análisis completo de las circunstancias y motivaciones de la guerra, de su entorno social, político y humano, pues, como botón de muestras, en el primer tomo, quince capítulos se dedican al prólogo del drama[2], diecisiete se centran en su rompimiento[3] y otros veinte en pueblos y monarcas[4]. Entre los núcleos temáticos privilegiados destacan París[5] y el frente francés[6], Rusia[7], Estados Unidos[8], la guerra aérea[9]

1. Blasco Ibáñez V., *Historia de la Guerra europea de 1914,* Valencia, Prometeo, 1920-1930, 5495 páginas. Véase en <http://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000174749&page=1>.
2. Blasco Ibáñez V., *Historia..., op. cit.,* Tomo 1, cap I a XV, p. 13-82.
3. Blasco Ibáñez V., *Historia..., op. cit.,* Tomo 1, cap. I a XVII, p. 92-252.
4. Blasco Ibáñez V., *Historia..., op. cit.,* Tomo I, cap. I a XX, p. 258-578.
5. Véanse los tres capítulos dedicados a la capital francesa en los primeros días de la guerra (tomo 2, p. 377-401).
6. Véanse los tres capítulos dedicados a la guerra en Alsacia Lorena (tomo 2, p. 409-441), los nueve capítulos centrados en la batalla del Marne (tomo 2, Cap IV p.364-370 y Cap. VII, p.560-575; tomo 3, Cap I-VII, p.9-121), los catorce capítulos dedicados al centro y al ala derecha del frente francés (tomo 4, p. 201-269) y los trece capítulos centrados en Flandes y el norte de Francia (tomo 4 1 de febrero al 31 de octubre de 1915, p. 440-493), los trece capítulos dedicados al 1 de abril-31 de octubre de 1915 (tomo 4, p. 496-528), los veintiséis capítulos dedicados a la Batalla de Verdun (tomo 5, p. 76-211) y otros dieciséis a la batalla del Somme (tomo 5, p. 353-420), los doce capítulos dedicados a los combates en el frente francés (tomo 6, p. 185-326) y los cinco capítulos centrados en la guerra en el frente francés (tomo 6, p. 99-113) los seis capítulos sobre las operaciones militares en el frente militar de Francia (tomo 9, p. 9-47).
7. Véanse los doce capítulos dedicados a la guerra en el frente oriental del 18 de septiembre de 1914 al 31 de julio de 1915 (tomo 4, p. 292-338), y los otros cinco dedicados al mismo frente del 1 de agosto al 31 de octubre de 1915 (tomo 4,p. 419-435), los seis capítulos dedicados al frente ruso (tomo 6, p. 66-82) y los otros diez centrados en la situación en Rusia (tomo 6, p. 415-464), y, por último, los dieciséis capítulos dedicados a la revolución y la guerra en Rusia (tomo 7, p. 288-396).
8. Véanse los capítulos dedicados a la actitud de los Estados Unidos (tomo 6, p. 168-184, p. 265-283) y los seis capítulos centrados en la acción norteamericana (tomo 6, p. 545-596) y los otros seis dedicados a su esfuerzo (tomo 9, p. 52-80).
9. Véanse los cinco capítulos del tomo 5 dedicados a ella (p. 216-254) y el que se titula «La lucha en el aire» en el mismo tomo (p. 74) así como los cuatro capítulos en el tomo 6 (p. 120-135).

y marítima[10], la acción británica[11], la política y diplomacia[12].

En ellos, el escritor abraza la causa aliada y la posición francófila frente a Alemania, por lo cual estas crónicas se convirtieron en la propaganda de los ejércitos aliados. A raíz del éxito de las mismas, el presidente de la República francesa Raymond Poincaré le pidió a Blasco Ibáñez que escribiera una novela sobre la guerra destinada a contraponer la propaganda alemana y animar a las tropas aliadas, ésta fue *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*.

Durante el franquismo, debido a su carácter antialemán, se ninguneó y cayó en el olvido el libro en que fueron compiladas *Historia de la Guerra europea de 1914.*

Con este trabajo, pretendemos mostrar que la percepción de la guerra que aquí se transmite a los lectores españoles, no es un relato objetivo e imparcial en conformidad con el género de la crónica sino una crítica de los alemanes adoptando el punto de vista de los franceses y los aliados que cuadra con los requisitos ideológicos y editoriales de sus sucesivos soportes de difusión, primero el diario *El Pueblo* y luego la editorial Prometeo y satisface los planteamientos teóricos del proceso comunicativo de la *Retórica* de Aristóteles y de la pragmática[13] para influir en el destinatario e incitarle a adoptar el posicionamiento ideológico fervorosamente propagandista, expuesto con toda nitidez y así generar un

10. Véanse los seis capítulos del tomo 4 dedicados a la carrera al mar (p. 9-40) y los once capítulos del mismo tomo, centrados en la heroica resistencia de los fusileros de Marina (p. 77-122), ocho capítulos del tomo 5 (p. 255-314), los cuatro del tomo 6 (p. 136-152), los tres capítulos que en el tomo 8 abarcan la guerra en el mar y en el aire (p. 9-26) en el tomo nueve, los cinco capítulos dedicados a la guerra marítima (p. 81-106) y el que relata la acción naval (p. 74)

11. Véanse los ocho capítulos centrados en los ingleses en la guerra en el tomo cinco (p. 315-323 y 489-517)

12. Véanse los seis capítulos del tomo 7 dedicados a la situación política (p. 212-250) y otros siete en el mismo tomo centrados en los acontecimientos políticos (p. 483-512), tanto como los trece capítulos del tomo 8(p. 497-591), los doce capítulos del tomo 9 sobre política y diplomacia (p. 107-174) y los otros catorce capítulos del mismo tomo sobre la situación política (p. 292-426).

13. *La Retórica* de Aristóteles estaba completamente inmersa en la Lingüística de la comunicación. En definitiva, Retórica y Pragmática se nutren de la misma fuente para enfocar el acto comunicativo Véase Gómez Cervantes M. «Retórica y pragmática aportación sobre sus convergencias y divergencias» en *RILCE: Revista de filología hispánica*, Vol. 28, Nº 2, 2012, p. 423-446 <https://dadun.unav.edu/handle/10171/34209>.

movimiento de opinión que influya en las decisiones del gobierno. Para ello, nuestra demostración constará de cuatro apartados :

– Preámbulo: requisitos ideológicos y editoriales de *El Pueblo* y Prometeo, el género de la crónica, *Retórica* de Aristóteles

– Una denuncia de los horrores cometidos por los bárbaros alemanes en una guerra monstruosa

– Un requisitorio contra Alemania, Austria, sus dirigentes

– Una apología de Francia y de los franceses como pueblo latino

1. Preámbulo: requisitos ideológicos editoriales de *El Pueblo* y Prometeo, el género de la crónica, *Retórica* de Aristóteles

Fundado en 1894 por Vicente Blasco Ibáñez, *El Pueblo*[14], es el portavoz de la versión valenciana del radicalismo, el blasquismo, que constituirá el Partido de Unión Republicana Autonomista (PURA). En 1913, según las estadísticas alcanza una tirada de 10.000 ejemplares. Editado en Valencia con el subtítulo de *Diario republicano de la mañana*, sirvió como plataforma de difusión de las ideas y obra literaria de su fundador. Así, el primer número de 12 de noviembre de 1894, voceado por los vendedores de prensa al grito de «¡Ha salido *El Pueblo*, la voz de la libertad!» empezó a publicar por entregas en la primera página su novela *Arroz y Tartana*. Sus tres sucesivos propietarios-directores[15] Vicente Blasco Ibáñez desde 1894 hasta 1906, Félix Azzati entre 1906 y 1929, y, por último, el propio hijo del fundador Sigfrido Blasco Ibáñez a partir de 1929 hasta 1936 pretenden despertar la pasión política difundiendo la idea de progreso y de cultura y competir en la defensa de dichas ideas. Para Antonio Laguna[16], el restablecimiento desde 1890 del sufragio universal masculino en España transforma la prensa de partido. A partir de entonces, ésta deja de ser una herramienta de mantenimiento para convertirse en un vector de movilización en busca de opinión y de legitimación de un liderazgo y de apoyo a los casinos y ateneos, los cuales constituyen los nuevos ámbitos de socialización: tanto como el

14. Véase <http://hemerotecadigital.bne.es/details.vm?q=id:0031168426&lang=en>.

15. Laguna Platero A. *El Pueblo*, *historia de un periódico republicano*, *1894-1939*. Institució Alfons el Magnànim, Valencia, 1999, 403 p.

16. *Ibid*.

partido político al que apoya y que ahora cuenta con militantes, este tipo de prensa ha de buscarlos.

El Pueblo, de cuatro páginas y compuesto a cuatro columnas, al alcance de todos y destinado al consumo masivo, incluidas las capas populares y campesinas se vendía a la mitad de precio que el resto de la prensa valenciana para aunar a las fuerzas antimonárquicas y a todo aquel que se identificara como republicano y satisfacer la convicción política de un republicano ansioso de educar antes que la aspiración económica. De ahí que el propio Blasco Ibáñez destinase 8.000 volúmenes de su biblioteca a los suscriptores del diario, quienes con una peseta mensual podían recibir el periódico diariamente y retirar un libro de la biblioteca. Y también comprar el suplemento literario o folletín que se contagia del ritmo y formas del periódico. A partir de 1911, el diario introduce nuevos lenguajes periodísticos así como la fotografía para aderezarlos.

Si con *El Pueblo,* Blasco Ibáñez intentó conjugar arte y política, orientando su publicación hacia la masa popular a quien pretendía dar una formación de ciudadanos, La Sociedad Editorial Prometeo (Valencia, 1914-1939)[17] perseguía idéntico objetivo, al ser un elemento imprescindible de su práctica política. Editorial a tres manos, (Blasco Ibáñez y sus dos socios Fernando Llorca y Francisco Sempere), muy relevante en el campo editorial valenciano de principios del siglo XX, vio la luz con la publicación de la novela *Los argonautas* y se desintegró en los años veinte. Entre sus colecciones figuran obras de V. Blasco Ibáñez, Cultura Contemporánea, Estudios Modernos, Literatura y Biblioteca Científica, Biblioteca Filosófica y Social, Novelas y Cuentos, Teatro, Literatura y Crítica, Libros Célebres Españoles y Extranjeros, Los Clásicos del Amor, Las Novelas del Misterio, Los Grandes Novelistas o La Novela Literaria. Para Antoni Espinós Quero[18], Blasco Ibáñez compuso las obras que

17. Véanse al respecto los dos trabajos de Javier Lluch-Prats : «Semblanza de Sociedad Editorial Prometeo (1914-1939)». En Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes - Portal Editores y Editoriales Iberoamericanos (siglos XIX-XXI) - EDI-RED, 2017: <http://www.cervantesvirtual.com/obra/sociedad-editorialprometeo-valencia-1914-1939-semblanza-849293/> y «El legado de una editorial emblemática: Prometeo (Valencia, 1914)», en Pilar Folguera et al. (coords.), *Pensar con la historia desde el siglo XXI*, Madrid, UAM, 2015, p. 1621-1635.

18. Espinós Quero A. «Vicente Blasco Ibáñez, autor, impresor y editor», *Hibris: Revista de bibliofilia*, 17 (2003),p. 4-17.

necesitaba publicar como editor para atender tanto la demanda del mercado como las expectativas del lector y poder así lograr la rentabilidad ansiada. De ahí que publicar *Historia de la guerra europea de 1914* por entregas, en la *recién estrenada* editorial Prometeo, en nueve tomos profusamente ilustrados, de casi 600 páginas, cada uno, resultara ser una oportunidad exitosa de expansión para convertirla en la primera casa de lengua española en el mundo, siendo «este gran conflicto, provocado por el militarismo prusiano y preparado desde hace mucho por la filología de la fuerza, cuyos máximos representantes son el profesor Treitschke y el general Von Bernhardi, [...] un desafío mayor para todos los hombres y todos los pueblos que aman la idea de justicia, de libertad y del derecho» tal y como declaraba en la entrevista, fechada en 1915 y realizada por Fabra Rivas para *L'Humanité*[19].

María Cruz Seoane y María Dolores Sáiz[20] consideran la crónica como «un género literario y periodístico» importado de Francia que floreció en España a principios de siglo. En 1906, Rafael Mainar lo definió como un comentario e información, una referencia a un hecho en relación a varias ideas, una información comentada y un comentario que pretende informar[21], lo cual deja sentado que el cronista puede dejar rienda suelta a sus propios sentimientos, sus propias emociones, sus propios juicios. Eusebio Blasco, en un discurso en el Ateneo sobre la prensa, confirma esta observación. Para él, en efecto, siguiendo el ejemplo de Francia, la crónica se convirtió, en los países cultivados, en la predilección de escritores de renombre que, a través de ella, llegaron a un público más amplio e inculcaron en ellos el buen gusto literario[22]. En este caso, la figura del intelectual[23] puede utilizar, con fines políticos,

19. *Vicente Blasco Ibáñez. Sueños de un revolucionario*. *Entrevistas* Edición y prólogo de Emilio Sales y Francisco Fuster Fórcola Ediciones, Madrid, 2019, 237 páginas.

20. Cruz Seoane M. y Sáiz M. D., *Historia del periodismo en España*, t.3, El siglo XX: 1898-1936, Madrid, Alianza Editorial, 1998. José Carlos Mainer está de acuerdo con ellas. Para él, la crónica es de influencia francesa (Mainer J. C., *La Edad de Plata 1902-1939, Ensayo de interpretación de un proceso cultural*, 4 ta edición, Madrid, Cátedra, 1987, p. 30).

21. Mainar R., *El arte del periodista*, Barcelona, Sucesores de Manuel Soler, 1906 p. 187.

22. Blasco, E. *Obras completas*…, p. 78, p. 94-95.

23. La palabra se introduce como sustantivo en el vocabulario político y social español entre 1895 y 1900 con un valor contestatario. Asociado a la idea de renovación crítica, de cuestionamiento del orden establecido, abarca a los detentores del saber, estructurados

la reputación adquirida en el campo literario y desempeñar un papel fundamental en la lucha ideológica.

Aristóteles, en *La Retórica*[24] conformada por tres libros, contempla, en el primero, los objetivos que persigue, los tipos de discursos retóricos, los recursos para argumentar. En el segundo, abarca los efectos del discurso en el oyente y, por último, en el tercero estudia la organización del discurso, poniendo énfasis en las formas más adecuadas para lograr la persuasión más eficiente.

Tal y como la define sucesivamente, en los dos primeros capítulos del libro I, la retórica es tanto «la facultad de teorizar lo que es adecuado en cada caso para convencer»[25] como «una contrapartida de la dialéctica, ya que ambas se refieren a determinadas cuestiones cuyo conocimiento es en cierto sentido común a todos y no propio de una ciencia definida. Por tal motivo todos participan de ambas. Y es que todos en alguna medida procuran poner a prueba y sostener un aserto, así como defenderse y acusar»[26].

En suma, las dos son formas de argumentación, siendo herramientas para la discusión los argumentos dialécticos e involucrando al sujeto los de la retórica en tanto que instrumentos del discurso para persuadir. De hecho, mediante los argumentos retóricos, el sujeto elabora su buena imagen (ethos), apelando tanto a valores y sentimientos como a dominio del discurso. Empleando un discurso apropiado al tema (logos) logrará conmover a su auditorio y despertar su adhesión (pathos) gracias a las representaciones que ha construido de él, recurriendo a valores

en una revista, un centro universitario, una tertulia, al hombre de letras, al periodista, al escritor, al artista. Véanse Serrano C. «Les intellectuels en 1900: une répétition générale?», *in* Carlos Serrano et Serge Salaün (eds.), *1900 en Espagne*, Presses universitaires de Bordeaux,p. 67 ; AA. VV. *Ayer*, *El nacimiento de los intelectuales en España*, Madrid, Marcial Pons, 2000 ; Lopez Campillo, E, «Les avatars du patriotisme chez les intellectuels espagnols au XXe siècle : avant la guerre civile» in *Nations et nationalismes en Espagne*, Paris, Éditions de la Fondation Singer Polignac, 1985, p. 261-265; Selva, E, *Pueblo, intelligentsia y conflicto social (1898-1923)*. En la resaca de un centenario, Alicante, Ediciones del Poniente, 1998; Villacorta Baños, F., *Burguesía y cultura. Los intelectuales españoles en la sociedad liberal 1808-1931,* Madrid, Siglo XXI, 1980.

24. Aristóteles, *La Retórica*. Introducción, traducción y notas por Quintín Racionero, Madrid, Gredos, 1999.

25. *Ibid.,* (1355b).

26. *Ibid.,* (1354a.).

compartidos. El blanco de ataque al que se orientan los argumentos dialécticos es únicamente el punto de vista del proponente.

En el capítulo 3 del libro I[27], Aristóteles repite la clasificación tripartita de los tres géneros retóricos que habían establecido los sofistas: deliberativo, judicial y epidíctico.

El género deliberativo propio del parlamento tiene como objeto la actuación pública acerca de la guerra y la paz, la protección del territorio, la legislación, entre otros temas.

El género judicial pretende reparar la injusticia valorando tanto el derecho que ha sido afectado como las circunstancias que determinan la gravedad de los comportamientos. Se considera un acto ilegal cuando se opone a una ley particular escrita o está en contra de una ley universal no escrita. El comportamiento opuesto a la virtud o la incapacidad de dominar las pasiones determinan el acto injusto cuyos móviles particulares pueden ser exteriores e interiores.

El género epidíctico se ocupa de imponer una estimación sobre un valor moral cuya vigencia se juzga permanente recurriendo al elogio, que se refiere a una virtud y a sus grados, al panegírico de una acción virtuosa y a sus circunstancias determinantes y concomitantes, y a la felicitación que engloba los dos tipos anteriores.

2. Una denuncia de los horrores cometidos por los bárbaros alemanes en una guerra monstruosa

En las crónicas de Vicente Blasco Ibáñez, objeto de nuestro estudio, el discurso informativo producido tiene un carácter performativo configurando lo que representa e intentando llevar al lector-receptor[28] y/o lector desdibujado[29]. postulado sistemáticamente por el proceso de comunicación literario iniciado por el escritor[30], a sus puntos de vista para influir en él y contribuir a la creación de una enunciación unificada

27. *Ibid.* (1358a/1359a).

28. «lector anónimo sin identidad verdadera, apostrofado por el narrador a lo largo del relato.» (Jouve, V.**,** *La lecture,* Hachette, 1993, p. 28).

29. *Ibid*. «no descrito ni nombrado, pero sí implícitamente presente a través del saber y los valores que el narrador supone existir en la personalidad culta de su destinatario.»

30. Prince G., « Introduction à l'étude du narrataire », *Poétique,* n° 14,1973.

y homogénea vertebrada en torno a un planteamiento maníqueo destinado a concienciar y dirigir un movimiento de opinión.

En la tradición retórica (Quintiliano, *Institutio Oratoria*, 3,3; Cicerón, *De oratore*, I, 31), se distinguen cinco fases en el proceso de creación de un discurso eficaz: *invención (*etapa cognitiva de búsqueda de los argumentos más adecuados al tema tratado por el discurso y a las circunstancias de la comunicación)*, disposición* como momento de planificación textual, *elocución* (fase en que el discurso toma forma en un estilo idóneo), memorización del discurso redactado, por último, oratoria (momento de la actuación en que el movimiento del cuerpo, el gesto y la modulación de la voz se relacionan con las técnicas retóricas).

Al ser un conocimiento supuesto, Aristóteles no enumera estas partes en su *Retórica,* si bien dedica los Libros I y II a los contenidos de la *invención*, en tanto que constituye para él, una fase sumamente importante de búsqueda de argumentos. Y centra el Libro III en la *elocución* y la *disposición* insistiendo en aspectos relacionados con el proceso de argumentación.

En nuestra opinión, la introducción de Blasco Ibáñez cumple con los requisitos de la *disposición* tal y como la define Aristóteles en el capítulo XIII del libro III (1414a, 1414b) pues el discurso se articula en un *exordio* (introducción o proemio, en que se busca preparar el ánimo del auditorio, ganándose su atención) una *narración* verosímil, clara y breve (que persigue informar del tema del discurso o caso), una *argumentación* (que busca convencer de los argumentos a favor del caso en la *confirmación,* y disuadir de los argumentos contrarios en la *refutación*) y una *peroración* (o *epílogo* conclusión, en que el orador persigue conmover a la audiencia).

El exordio lo constuiría el primer apartado:

> No hay en la Historia de la humanidad guerra alguna que pueda compararse con la presente. Las grandes invasiones de los bárbaros que dieron fin á la llamada Edad antigua; las avalanchas galopantes de los hunos y de las hordas mongólicas; los choques europeos que por su duración recibieron los títulos de Guerra de Cien Años y Guerra de Treinta Años; los avances arrolladores del turco hasta los muros de Viena; las campañas de los reyes españoles contra medio mundo; las conquistas napoleónicas que durante quince años trajeron trastornado al continente; todos

> los hechos de la historia belicosa de los hombres, palidecen y se achican frente á la guerra de 1914[31].

En estas líneas, el enunciador establece su propia autoridad apelando al *ethos* pues se presenta como una persona digna de confianza y creíble según los criterios de Aristóteles[32]. Da señales de prudencia, virtud, buena disposición y franqueza cuando recurre al uso de la tercera persona propio del régimen enunciativo de la historia, tal como lo define Benvéniste[33]. Excluyendo marcas deícticas, ésta evita que se considere lo expresado como una opinión subjetiva del locutor que, por tanto, coloca a los destinatarios en una posición de objetividad que les induce a admitir la validez de lo enunciado. La persuasión del argumento por analogía utilizado radica en la similitud de características entre hechos distintos, sacados del caudal de conocimientos humanos generales, por tanto, asequible a todos. Desde las premisas expuestas se deriva una conclusión determinada : la guerra de 1914 es única y inédita en la Historia de la Humanidad.

En el apartado siguiente, a modo de exposición se define la causa a ser discutida:

> Un día de esta guerra equivale por sus pérdidas en hombres y dinero á un mes ó un año de las guerras famosas de otros tiempos[34].

En la demostración**,** se argumenta en relación a esta causa, contando los hechos necesarios para demostrar la conclusión que se persigue. La primera prueba aducida es la formación de los ejércitos por el servicio obligatorio que ocasiona choques de naciones enteras:

> Esta es la primera guerra que hacen los pueblos con ejércitos formados por el servicio obligatorio; el primer choque de naciones enteras puestas sobre las armas. Hasta hace pocos años los ejércitos se contaban por miles de hombres; hoy se calculan por millones[35].

31. Blasco Ibáñez V., *Historia..., op. cit.,* Tomo 1, Introducción, p. 9.

32. Se persuade «por el ethos cuando el discurso es dicho de tal forma que hace al orador digno de crédito» (Aristóteles, *La Retórica, op. cit.,* 1356a).

33. Benvéniste, E. «Les relations de temps dans le verbe français», *Problèmes de linguistique générale* I, Paris, Gallimard, 1966,p. 237-250.

34. Blasco Ibáñez V., *Historia..., op. cit.,* Tomo 1, Introducción, p. 10.

35. *Ibid.*

El servicio militar obligatorio y universal de reclutamiento prusiano se impuso efectivamente como el modelo de los ejércitos modernos pues las victorias militares de Prusia sobre Austria en Sadowa en 1866, y sobre Francia en Sedán, habían demostrado su valía.

La segunda es la de la paralización de la vida económica:

> Antes podían desarrollarse las guerras y durar años y años sin que por esto se paralizase la vida productora de los países beligerantes. Mientras en un lado de la nación peleaban los militares de oficio y una minoría de ciudadanos reclutada por la suerte, el resto del país proseguía sus trabajos ordinarios, sin otra alteración que la de una lógica inquietud por el resultado de la lucha. Muchas veces acababan las gentes por familiarizarse con esta situación anormal. Ahora la guerra paraliza por completo la vida económica, siendo esta catalepsia tanto más profunda cuanto más rica y vigorosa es la nación. Fábricas y talleres se cierran por falta de brazos; todos los hombres, desde los diez y ocho años á los cincuenta, van al combate; los ferrocarriles no existen para el tráfico mercantil, pues emplean todo su material en el transporte de combatientes, armas y bestias; los puertos se convierten en lagunas muertas, con archipiélagos de navios inmóviles y silenciosos y rosarios de minas sumergidas que obstruyen sus bocas de acceso. Las batallas duran meses y se extienden en un frente de centenares de kilómetros, abarcando los límites de varios Estados. Las vías férreas funcionan incesantemente á espaldas de los ejércitos en lucha[36].

La tercera es la de la ampliación del conflicto que involucra a casi todas las naciones del mundo:

> La mitad aproximadamente del género humano está en guerra en estos momentos directa ó indirectamente. De los 1.700 millones de seres que constituyen la población del globo, 854 millones (entre metrópolis y colonias) se odian y gastan su dinero para exterminarse. ¿Cuándo se conoció esto en la Historia?... Quince millones de hombres están hoy sobre las armas, y antes de pocos meses tal vez serán veinte. Con sólo que la guerra se prolongue un año, llegarán á ser 25 ó 30.000.000 los combatientes: cifra monstruosa con la que jamás soñaron Aníbal, Alejandro y Bonaparte, La guerra de 1914 es la más estupenda y loca

36. Blasco Ibáñez V., *Historia..., op. cit.,* Tomo 1, Introducción p. 10.

> matanza que pudo imaginar el espíritu de destrucción, que de vez en cuando desorienta y enloquece á la humanidad. […]
>
> Esta guerra europea es ya una guerra mundial. La gran batalla de razas que se desarrolla en el centro del viejo mundo se ha esparcido fragmentaria por todo el planeta. Los japoneses baten á los alemanes en las costas de la China; las tropas sudafricanas de los aliados invaden las colonias germánicas; hombres de diversas razas y colores, venidos de los lugares más remotos de la tierra, dan su sangre en los campos de Europa á la gran cruzada contra el imperialismo; los navios armados se persiguen por todos los mares del globo; se agitan las aguas con las explosiones ocultas de los torpedos; suena el cañón á lo largo de las costas de América, en las soledades del Pacífico y entre los paradisíacos archipiélagos del mar de las Indias. Las naciones tituladas neutrales pueden á duras penas mantenerse al margen del conflicto. En unas la tradición política y el entusiasmo del pueblo pugnan por vencer la prudencia de los gobiernos, queriendo pasar de la inercia actual á una actividad belicosa. Otras, por su posición geográfica, atraerán seguramente la invasión y el atropello de un imperialismo que no reconoce derecho ni respeta compromisos, y para defender su existencia tendrán que salir forzosamente de la neutralidad. Nuevos combatientes entrarán en la lucha. Son muy contados los pueblos de Europa que lograrán vivir aparte de esta conflagración mundial[37].

En la primera cita, la pregunta retórica («¿Cuándo se conoció esto en la Historia?») subraya la evidencia de la respuesta trayendo a la memoria del interlocutor una parcela de conocimiento supuestamente compartido en tanto que lector tipificado del diario *El Pueblo* y la editorial Prometeo al convocar la fuerza persuasiva del argumento por analogía que apela a la comparación de la primera guerra mundial con las batallas emprendidas por los grandes mitos de la historia universal: Aníbal, Alejandro y Bonaparte. Figuras de conquistadores dispuestos a vengar o superar al padre tales como las describe Sigmund Freud en el movimiento psicanalítico de principios del siglo veinte[38].

37. Blasco Ibáñez V., *Historia..., op. cit.,* Tomo 1, Introducción p. 10-12.

38. Roudinesco E. , *La batalla de cien años. Historia del psicoanálisis en Francia (1885-1939)* Volumen I, Madrid, Editorial Fundamentos, Coleeción Ciencia, 1988,p. 94-95.

En la segunda cita, la nivelación axiológica propuesta por la acción retórica deliberativa aspira, sobre todo, en las últimas líneas del extracto, a influir persuasivamente en el lector. Se pretende imponerle la particpación de España al conflicto, alegando el «lugar» o «tópico» de lo posible para poner énfasis en lo que depende de su voluntad:la protección de su territorio que conlleva el futuro de la colectividad.

Y este llamamiento coincide con el de otros intelectuales de su tiempo como Antonio Machado quien en el nº 9 del 26 de marzo de 1915 del semanario *España* (1915-1924)publica su poema «España en paz» para denunciar la neutralidad proclamada por el gobierno español desde el inicio de la contienda:

> Es bárbara la guerra, y zurda, y primitiva:
> ¿Por qué otra vez a Europa esta sangrienta racha
> que siega el alma, y esta locura acoinetiva?
> ¿Por qué otra vez el hombre de sangre se emborracha?
> [...] Y bien!... El mundo en guerra, en paz España y sola.
> Salud, ¡oh buen Quijano! Por si ese gesto es tuyo,
> yo te saludo, ¡salve! ¡Salud, paz española,
> si no eres paz cobarde, sino desdén y orgullo![39]

Y, junto con él[40], el 9 de julio de 1915, firmarán en Madrid, Azorín, Ortega y Gasset, Pérez de Ayala, Unamuno, Valle-Inclán y Zuloaga, entre otros, el manifiesto «Palabras de algunos españoles», promovido por el mismo semanario como muestra de solidaridad hacia la causa de los aliados en tanto que representa los ideales de la justicia, coincidiendo con los más hondos e ineludibles intereses políticos de la nación.

La cuarta es la del coste económico:

> No menos espanto infunde el pensar lo que esta guerra significa para la vida económica de los pueblos. Antes de que se declarase, y antes también de que nadie pudiese sospechar su repentino y absurdo estallido, la situación financiera del mundo civilizado no

39. Machado A, «España en paz», *España*, nº 9 (26-3-1915), p. 8. Obtenido de <http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0003361025&search=&lang=es>. [Fecha de consulta: 21-8-2019].

40. Véase además el artículo suyo poco difundido: «España y la guerra», publicado el 1 de julio de 1916 en el semanario *La Nota. Revista Semanal,* año II, n.º 47 (1-7-1916), p. 921-923 rescatado dentro de *Mediodía. Revista hispánica de rescate,* número 2, Nov/Dic 2019, Editorial Renacimiento, p. 9-14.

> era próspera. La guerra balkánica había trastornado el organismo financiero internacional, que es de gran delicadeza, como toda máquina grande y complicada. La circulación de valores entre las naciones sufría cierta parálisis. A esta situación estacionaria había que añadir el trastorno en los negocios de América, producido por las revoluciones mejicanas y la crisis económica del Brasil y la República Argentina. Los poderes financieros estaban buscando un remedio para restablecer la circulación de valores, cuando la gran guerra ha venido á hacer más penosa la situación. Todos los cambios internacionales aparecen dislocados; las grandes Bolsas están cerradas; los pagos entre las naciones (aun aquellas que se mantienen en la neutralidad) resultan difíciles, si es que no están suspendidos; el dinero se ha ocultado; el erédito no existe[41].

En el apartado siguiente, afloran las señales que aseguran la credibilidad del hablante dándole una imagen fiable en la certificación intertextual que incluye citas de textos de expertos en tal o cual dominio, que se supone realzan la autoridad del texto producido, en este caso, las del economista Leroy Beaulieu como respuestas a la evidencia de las premisas formuladas bajo la forma de preguntas retóricas:

> ¿Cuánto va á costar esta guerra monstruosa, desencadenada por el imperialismo?... Paúl Leroy Beaulieu, el sabio economista, en un discurso ante la Academia de Ciencias Morales y Políticas de París, ha hecho el presupuesto del actual conflicto. «Basándonos –dice Leroy Beaulieu– en que el sostenimiento por término medio de un soldado moderno, con sus armas y demás efectos, representa un gasto diario de 12 francos á 12'50 por hombre, para las cinco naciones participantes de la guerra actual (Alemania, Austria, Inglaterra, Rusia y Francia), y evaluando la duración de esta guerra sólo en siete meses (que es lo que duró la. guerra de 1870-71), se llega á un total aproximadamente de 35.000 millones. Pero hay que añadir á esta cifra los gastos de otros pueblos comprometidos en la lucha, Bélgica, Servia, Montenegro, Japón y de los Estados neutros que han tenido que movilizar sus tropas, gastos que representan en bloque de 3.000 á 4.000 millones; se llega de este modo de un total de 38.000 ó 39.000 millones, sólo para los gastos inmediatos de la guerra. Pero una vez terminada ésta sobrevendrá un período de transición, que puede durar cuando menos dos meses, y que añadirá todavía

41. Blasco Ibáñez V., *Historia..., op. cit.,* Tomo 1, Introducción, p. 10-11.

> 4.000 ó 5.000 millones á los gastos efectivos del conflicto.» Del mesurado cálculo de Leroy-Beaulieu resulta que el sostenimiento de la guerra actual costará de 45.000 á 50.000 millones, si es que sólo dura siete meses. Pero por desgracia todo hace prever que durará algo más, ¿y quién sabe hasta dónde puede aumentarse esta cifra enorme de millones?... La tenaz Inglaterra, que llega siempre al último límite cuando su cólera fría le hace adoptar una resolución extrema, ha declarado que la victoria será del pueblo que en medio de la ruina universal pueda disponer del último millón. «El dinero –como dice el citado economista– es sobre todo necesario al iniciarse la guerra para su preparación, y al final para su liquidación. En principio resulta menos necesario durante el curso de ella para su sostenimiento.» Y como único consuelo en medio de este cuadro de horrores económicos, Leroy-Beaulieu, al ocuparse del triste porvenir que nos aguarda, termina así: «Las sociedades modernas tienen tal fuerza de renovación y de progreso, que cada pueblo, haciendo un llamamiento al conjunto de sus fuerzas nacionales, puede soportar el fardo de los gastos, con grandes sufrimientos ciertamente, pero sin llegar á verse aplastado por completo»[42].

Aquí, la evaluación puede ser atribuible al sujeto de la enunciación en adjetivos y sustantivos. Catherine Kerbrat Orecchioni[43] distingue adjetivos objetivos y adjetivos subjetivos. Y en esta segunda categoría, establece otra subdivisión, la de los afectivos que enuncian una propiedad del referente introduciendo una reacción emocional del sujeto hablante hacia él y la de los evaluativos axiológicos que transmiten un juicio de valor positivo o negativo sobre el sustantivo al que acompañan. Los adjetivos «monstrusosa», «triste» a la vez, de carácter afectivo y evaluativo axiológico introducen, por tanto, bajo una apariencia descriptiva, una valoración negativa y una reacción emocional del enunciador. Entre los sustantivos utilizados, el de «horrores», hiperbólico, además, denota un grado de subjetividad que plantea la evaluación en torno al eje bueno/malo. Asimismo, el modalizador «por desgracia» marca lingüísticamente el grado de reacción emotiva y afectiva que le suscita el tema tratado al enunciador.

42. Blasco Ibáñez V., *Historia..., op. cit.,* Tomo 1, Introducción, p. 11-12.

43. Kerbrat-Orecchioni, C. *L'énonciation de la subjectivité dans le langage*, Paris, A. Colin,1980.

Estos medios empleados en la comunicación argumentativa contribuyen a transmitir estimaciones valorativas destinadas a provocar, ante todo, reacciones emotivas en los lectores e incitarles a adoptar el posicionamiento ideológico propuesto, sintetizado, una vez más, en el epílogo:

> Vamos á relatar el desarrollo y los horrores de una guerra monstruosa entre todas las guerras, que empieza en 1914 y nadie sabe cuándo terminará[44].

Y se intensifica el proceso notablemente en las líneas conclusivas que apelan al pathos para inclinar la voluntad del receptor, suscitando sus afectos, recurriendo a móviles éticos, provocando su compasión e indignación y así incitarle a la acción :

> En la presente Historia no hay que resucitar nada. Los hombres y los hechos están aún con vida ante nosotros. No hemos de interrogar á muertos forjando hipótesis sobre su inmovilidad silenciosa y el brillo enigmático de sus ojos empañados. Los que nos rodean están vivos ó son moribundos que aun pueden hablar y dicen la verdad de los últimos momentos. Las ciudades incendiadas; las muchedumbres pacificas en pavorosa fuga, dejando á sus espaldas la casa en escombros y los parientes fusilados; los monumentos arquitectónicos que respetaron los siglos bárbaros y acaban de ser suprimidos para siempre por el ojo y la mano de un artillero que se cree civilizado; todos los horrores de una guerra que puede llamarse única, están ahí, á corta distancia de nosotros, como testimonios de deshonra, justificando el anatema, el grito generoso de la indignación. Procuraremos ser imparciales en nuestro relato, aunque jamás historia alguna, en sus deseos de imparcialidad, ha llegado á librarse de las influencias de la pasión. Somos hombres de nuestra época; vemos dolorosamente cómo en unas cuantas semanas se han suprimido varios siglos de trabajo y de progreso, y no podemos permanecer fríos é impasibles ante estas maldades irreparables de la más desatentada de las ambiciones. La humanidad parece retroceder á la época de las cavernas. La ciencia, raptada y violada por el antiguo bárbaro, le sigue y le ayuda como una esclava triste. ¿Van á morir también –como mueren los monumentos y los hombres– las más nobles aspiraciones de la humanidad?...¡Una guerra mundial, una guerra cuyo término nadie conoce, cuando los hombres creían en la paz más que nunca, y guiados por la ciencia y el arte que, según

44. Blasco Ibáñez V., *Historia..., op. cit.,* Tomo 1, Introducción, p. 12.

> Goethe, no tienen patria, avanzaban hacia la mayor perfección posible, hacia la ciudad futura soñada por este poeta generoso y humano, del que son nietos espúreos los intelectuales alemanes que ahora glorifican las hazañas bárbaras del militarismo de su país como algo divino![45]

Aristóteles en su *Retórica* define la compasión[46] como pesar originado por la aparición de un mal destructivo y penoso en quien no lo merece, que también podría sufrir cualquiera por estar próximo a suceder. Y la indignación, según añade, se asemeja al pesar que se experimenta por los males o las desgracias inmerecidas de las otras personas. Considera ambas pasiones propias de las personas honestas[47] y apunta que tanto los serviles como los inmorales y los que no tienen ambiciones no pueden ser propensos a la indignación, pues nada hay que ellos crean merecer.[48]

Para infundir compasión al lector en las líneas arriba citadas, en nuestra opinión, el enunciador aplica las recetas suministradas por Aristóteles que venimos detallando.

En primer lugar, le incita a creer que él mismo o alguno de sus allegados van a sufrir un mal destructivo que causa pesar, dolor físico, provoca la muerte, violencias para con el cuerpo, malos tratos, poniéndole ante los ojos, el mal que les sucede a personas virtuosas semejantes a él[49]:

> Las ciudades incendiadas; las muchedumbres pacíficas en pavorosa fuga, dejando á sus espaldas la casa en escombros y los parientes fusilados.

En segundo lugar, consigue que el mal aparezca más cercano y que tamaños padecimientos se muestren inminentes y próximos en el tiempo, o ya sucedidos[50]:

> Los que nos rodean están vivos ó son moribundos que aun pueden hablar y dicen la verdad de los últimos momentos.

45. *Ibid.*

46. (Aristóteles, 2010b).

47. (Aristóteles, 2010b).

48. (Aristóteles, 2010b).

49. (Aristóteles, 2010b).

50. (Aristóteles,2010b).

> Todos los horrores de una guerra que puede llamarse única, están ahí, á corta distancia de nosotros, como testimonios de deshonra, justificando el anatema, el grito generoso de la indignación.

Por último, favorece la identificación del lector con los valores que ensalza y los vicios que zahiere mediante la primera persona del plural inclusiva:

> No podemos permanecer fríos é impasibles ante estas maldades irreparables de la más desatentada de las ambiciones.

En las formas de configurar los hechos, en las páginas siguientes, las marcas de la persona colocan al enunciador del lado de los lectores, en el grupo que se supone construye una opinión autorizada y válida, el de Francia y los aliados, cuyos valores fundacionales se afirman, invitándoles a fusionarse con un «nosotros» y utilizando argumentos tanto extraartísticos como artísticos tales como los define Aristóteles en el capítulo II del libro I de su *Retórica*[51], a veces engarzados. Los extraartísticos los componen leyes, juramentos, testigos, contratos y confesiones al ser impuestos al orador, por su existencia fuera de él. En cambio, los tres tipos de estrategias artísticas recomendados por el filósofo griego para conseguir una efectiva persuasión y conformar una comunicación ética son las que se fundan en la credibilidad del orador con argumentos por ethos, las que se basan en la lógica argumentativa que emana del propio discurso, con argumentos por logos, y las que surgen de las emociones que es oportuno suscitar en la audiencia, basándose en los sentimientos que se intentan activar en el receptor, con argumentos por pathos.

Los títulos de los capítulos constituyen otra herramienta fundamental. Temáticos según la terminología de Gérard Genette[52] se limitan con frases nominales o elípticas a resumir parte del argumento o a avanzar hechos importantes de la acción narrada, a informar sobre el contenido. La titulación de los capítulos del tomo 2[53] es la manifestación explícita de la voz del autor quien asume pragmáticamente la responsabilidad de la misma apuntando, de manera recurrente, la barbarie y las atrocidades

51. *Aristóteles, La Retórica*, *op. cit*., (1355b-1356b).

52. Genette G, *Seuils,* Paris, Éd. du Seuil. 1987, p. 78-82.

53. Véase Índice del Tomo Segundo *La invasión de Bélgica.*

alemanas : capítulo I «La agresión alemana-sus primeras atrocidades», capítulo IV«Las atrocidades alemanas en Bélgica», capítulo V «Los fusilamientos de Lieja. Cinco españoles asesinados por alemanes», capítulo VI «El saqueo de Lovaina», capítulo VII «La barbarie alemana en Bélgica. Asesinatos, embriaguez, violaciones, matanzas de ancianos, mujeres y niños».

Para mostrarse digno de la confianza del lector y, por tanto, conseguir su adhesión, Blasco Ibáñez se erige en una posición de autoridad e integridad. Como profesional honesto dotado de conocimientos fiables sobre la temática en discusión, enumera pruebas lógicas sólidas e irrefutables que apelan al poder de razonamiento, alegando la constitución de una comisión belga:

> Las atrocidades cometidas por los alemanes al invadir á Bélgica fueron tan enormes, tan inauditas, que el gobierno belga creyó necesario constituir una comisión informadora para averiguarlas y comprobarlas, denunciándolas al mundo civilizado[54].

Inserta, luego, a modo de argumento extraartístico, las palabras pronunciadas el 7 de Agosto por quien creó dicho organismo, el ministro belga de Justicia, Cartón de Wiart:

> Numerosas violaciones de las reglas del derecho de gentes y de los deberes de humanidad han sido cometidas por los invasores. Estos delitos no pueden quedar sin protesta y deben ser señalados á la reprobación del mundo civilizado. Un comité acaba de constituirse con este fin. Su propósito es recoger, concentrar y examinar de la manera más imparcial y más atenta todos los hechos de que tenga conocimiento. Las autoridades civiles y militares, así como los particulares, quedan invitados á señalar á la comisión, con todos los elementos que puedan establecer su autenticidad, estos atentados contra el derecho de gentes[55].

A renglón seguido, pone especial esmero en destacar la honestidad, la autoridad y la credibilidad de los miembros que la componen, cuyos nombres enumera además para dar más peso y transparencia:

> El organismo, que tomó el título de «Comisión averiguadora de las violaciones del derecho de gentes y leyes y costumbres de

54. Blasco Ibáñez V., *Historia..., op. cit.,* Tomo 2, *La invasión de Bélgica,* cap. IV, p. 90.

55. *Ibid.*

> la guerra», se compuso de respetables personalidades del foro y de la cátedra. Entraron en ella los señores Iseghem, presidente del Tribunal de Casación de Bruselas; Paul Verhaegen y Nys, magistrados del Tribunal de Apelación; Wodon y Cattier, profesores de la Universidad, y Grillard, director del ministerio de Justicia. Cuando el gobierno belga se retiró á Amberes el 18 de Agosto, la comisión se reconstituyó en dicha ciudad, aumentándose el número de sus individuos con la entrada de los señores Cooreman, ministro de Estado y antiguo presidente de la Cámara de diputados; el conde Goblet de Alviella, ministro de Estado y vicepresidente del Senado; Ryckmans, senador; Strauss, echevin de Amberes; Cutsen, presidente honorario de Tribunal, y como secretarios Ernesto de Bunswyck, jefe de gabinete del ministro de Justicia, y Pedro Orts, consejero de Legación. En Londres funcionó para las mismas averiguaciones un subcomité, encargado de oir á los refugiados belgas, que fué dirigido por los señores Cartier de Marchienne, ministro plenipotenciario de Bélgica, y Enrique Davignon, escritor[56].

Lo cual, como apunta a continuación, conlleva y presupone la irreprochabilidad de los resultados finales de una investigación llevada a cabo con ética y deontología jurídica:

> Una imparcialidad escrupulosa, una lealtad llevada hasta los menores detalles, una desconfianza por todo testimonio que no fuese directo, reglamentaron la conducta de la comisión. Sus individuos, acostumbrados muchos de ellos á administrar justicia en los tribunales, no quisieron aceptar nada que no fuese preciso y comprobado por sus propias averiguaciones.
>
> La comisión procedió en todo como los jueces instructores que hacen surgir la verdad de la concordancia o la discordancia de lo que declaran los testigos. En sus trabajos empleó el concurso de numerosos magistrados de carrera, enviándolos junto al lecho de los heridos, o cerca de los soldados, en la línea de fuego, para la confirmación de los hechos que éstos habían podido presenciar. Algunas veces dichos magistrados tuvieron que seguir la pista, de pueblo en pueblo, de campesinos fugitivos cuyo testimonio había sido invocado. Otras veces buscaron en los registros de los juzgados y de las jurisdicciones militares informes sobre la moralidad de los testigos. En los informes publicados por el gobierno belga no se denuncia un solo hecho que no se pueda probar. La

56 *Ibid.*

> comisión no tomó otras precauciones que la de abstenerse de dar el nombre de los testigos que habitaban todavía los territorios belgas ocupados por el invasor, para evitarles el ser objeto de la venganza de los alemanes. Estos informes de la comisión son breves, esquemáticos y con una voluntaria sequedad, pues se limitan á denunciar los hechos sin comentario alguno[57].

Justo después engarza un argumento por pathos para persuadir, esta vez, suscitando mediante el discurso una respuesta emocional en el destinatario, no del todo irracional sino dotada de un componente intelectual que conlleva implicación del conocimiento:

> Pero á pesar de su carencia de emoción literaria, no se les puede leer sin sentir un estremecimiento de dolor ó de cólera. Es inconcebible que tales horrores hayan podido realizarse en el centro de Europa, en el siglo XX, y por un pueblo que pretende regenerar al mundo con su cultura[58].

Añade luego un argumento por logos que apela a la capacidad de razonamiento de su destinatario:

> Las atrocidades de los invasores de Bélgica obedecieron á dos motivos. Los generales alemanes deseaban aterrar al país, siguiendo la doctrina favorita de los grandes hombres de la Alemania militarista, que consideran oportuno cometer toda clase de atropellos para que el pueblo vencido implore la paz. Á esta crueldad de los directores del ejército vino á unirse el miedo feroz que la propaganda del gobierno y los diarios de Berlín supieron infundir á sus soldados[59].

Estas líneas recuerdan otras anteriormente escritas en las cuales echaba mano del ejemplo como argumento por analogía para inducir, a partir de casos particulares, la formulación de una regla indiscutible que no necesita demostración:

> Después, «para dar ejemplo», escogieron entre la población once vecinos de alguna importancia, y los fusilaron en la plaza. Esta conducta nada tiene de extraordinaria cuando se conocen las doctrinas alemanas acerca de la guerra. Lo mismo los generales

57. *Ibid.*

58. Blasco Ibáñez V., *Historia..., op. cit.,* Tomo 2, *La invasión de Bélgica,* cap IV, p. 91.

59. *Ibid.*

> que muchos pensadores germánicos, preconizan las medidas bárbaras, el fusilamiento, el incendio y el saqueo como procedimientos civilizadores, ya que facilitan la paz. Con un sofisma feroz proclaman que hay que ser cruel y aterrar al enemigo, pues tratándolo con espantosa dureza se atemoriza y se entrega, acelerándose de este modo el fin de las hostilidades[60].

Luego incorpora la evocación detallista de las fechorías llevadas a cabo desde la perspectiva singular de quienes la presenciaron echando mano de sus relatos a modo de argumentos extraartísticos preconizados por Aristóteles. Para lograr la eficiencia de la adhesión de los receptores de tales discursos, alterna las deposiciones o declaraciones de testigos presenciales que procedan de ambos bandos tanto el de los mismos verdugos como el de sus propias víctimas. Todo lo cual alardea de su honestidad y credibilidad como cronista de los hechos relatados y acrecienta su ethos.

A nuestro juicio, utiliza este rosario de certezas humanas, discutibles, basadas en criterios personales no científicos para generar una convicción en el receptor con respecto a la aceptación racional de la conclusión que surge como exprexión verbalizada de las situaciones o sucesos narrados: la barbarie de los alemanes y las conductas faltas de ética de los mismos.

A continuación se advierte el entreveramiento de lo emocional y lo probatorio con el acercamiento a la racionalidad como ejemplo de esos mecanismos destinados a conseguir la adhesión del destinatario y a inducir su acción a favor de la ruptura de la neutralidad del gobierno español para poder atajar tamañas muestras de barbarie:

> Tales atrocidades fueron pocas veces obra única de los soldados. Allí donde se cometieron se notó la presencia de los oficiales. Gracias á ellos la crueldad invasora se mantuvo disciplinada, como afirman los 93 intelectuales germánicos. Todo lo que la moral corriente, la moral admitida por los hombres llama crimen, fué titulado por estos oficiales operaciones de guerra. Su misión gloriosa fué dirigir estas operaciones. En presencia suya, y obedeciendo sus órdenes, los civiles formaron rebaño para marchar delante de las tropas en los combates, sirviendo, mujeres, viejos y niños, de abrigo á los combatientes. «Bajo sus órdenes también –dice un autor– se realizaron los fusilamientos: no los

60. Blasco Ibáñez V., *Historia..., op. cit.,* Tomo 2, *La invasión de Bélgica,* cap I, p. 21.

> fusilamientos regulares ordenados por un consejo de guerra después de una deliberación, sino los fusilamientos al azar, á través de las calles de un pueblo, matando á todo el que se ponía á su alcance. Con su autorización los soldados violan y torturan. Personalmente no son más delicados en general que sus subordinados, ni menos crueles[61]».

Otro procedimiento recurrente es la reproducción de las réplicas intercambiadas entre los alemanes y las víctimas de su maltrato como en las líneas siguientes:

> Un comandante, al entrar en un pueblo belga el 27 de agosto, encuentra una monja, la hermana Aldegonda, y le pregunta dónde está el cura. «Indudablemente en la casa parroquial», contesta la religiosa. El comandante saca su revólver, lo apoya en el pecho de la monja y dice: «Venga usted conmigo, y si no encuentro al cura en su casa le mato á usted y doy orden para que incendien el pueblo.» Así hablan á las mujeres los caballeros alemanes[62].

En ellas, el recurso al estilo directo en el diálogo intercambiado entre un comandante alemán y una monja a la vez que mantiene la independencia de quien lo transcribe permite facilitar la participación directa del lector a lo que se pretende demostrar, en este caso, la violación de una ley general no escrita pero compartida por las personas virtuosas, el respeto o la actitud benévola por parte de los hombres hacia las personas físicamente más débiles (mujeres o niños), esgrimiendo el tratamiento malévolo como prueba lógica con un toque irónico.

Basándose en un método inductivo que parte de casos particulares con vistas a determinar una proposición general, añade luego la enumeración de ejemplos similares para ilustrar la forma de actuar establecida como ley. En estos casos, el uso de la tercera persona, (la no persona)[63] instala el *ethos* en la enunciación, concediendo a la instancia enunciativa el papel de fuente legitimadora que certifica lo dicho al colocar a los destinatarios en una posición de objetividad que les induce a admitir la validez de lo enunciado. Las pruebas patéticas aducidas persiguen la

61. *Op. cit.*,Tomo 2, *La invasión de Bélgica,* cap. VII, p. 230-231.

62. *Ibid.*

63. La no persona designa aquello que no participa en la relación entre el enunciador y el destinatario.

adhesión del receptor del discurso a la tesis que defiende el enunciador suscitando en él compasión e indignación como en la cita siguiente:

> Un teniente del 163.° de infantería amenazó con su revólver á las mujeres y los niños refugiados en un convento, manifestando deseos de matar á varios sacerdotes viejos que estaban prisioneros en una sala inmediata. En Monceau-sur-Sambre los soldados fusilaron en las calles á los transeúntes pacíficos, siendo los oficiales los que dieron con sus silbatos las órdenes de empezar y cesar el fuego[64].

Otro medio utilizado de manera repetitiva es el recurso a la confesión de un testigo dotado de relevancia intelectual como prueba extraartística de la gama de procedimientos usados por los invasores:

> Es en los incendios –dice un escritor belga– donde hay que ver actuar á los oficiales. Ellos son los que los ordenan, los que reglamentan su curso y vigilan su ejecución. Cuando no están presentes los cuerpos de ingenieros encargados especialmente de este servicio, los oficiales de infantería ó caballería trabajan minuciosamente para que el incendio sea perfecto y no se note la falta de los técnicos[65].

También, persiguiendo el mismo fin, reproduce literalmente las palabras de los transeúntes e incluso las de un comandante alemán esta vez con el uso del estilo indirecto, subordinado sintácticamente al discurso citante que borra las huellas de otra enunciación para que el lector se vea obligado a vincularlo al cronista hablante privilegiado y voz autorizada del relato de los hechos:

> He presenciado –dice uno de ellos– cómo los hulanos rociaban los muros de las casas de la calle Nueva con un líquido que debía ser petróleo, prendiendo fuego inmediatamente. Para rociar las casas se valían de una pequeña bomba con manga[66].
>
> He visto –dice un tercero– cómo los alemanes, antes de incendiar, esparcían un líquido de fuerte hedor valiéndose de un instrumento que tenía la forma de un bastón[67].

64. Blasco Ibáñez V., *Historia..., op. cit.,* Tomo 2, *La invasión de Bélgica,* cap. VI, p. 231.

65. *Ibid.*

66. *Ibid.*, p 230.

67. *Ibid.,* p. 231-232.

> En Averbode el comandante alemán declara á un vecino que no ha venido al pueblo para batirse, sino para incendiarlo[68].

Con más fuerza persuasiva todavía, menciona las conclusiones irrefutables de la Comisión investigadora belga:

> En Rethy la Comisión investigadora belga describe el buen orden de los incendiarios alemanes, entrando en las casas y prendiendo fuego, habitación por habitación, á las cortinas, los vestidos y los colchones. Hasta los destacamentos ligeros de hulanos, que carecen de material ad hoc, procuran hacer los incendios correctamente[69].

Echa mano de otros testimonios para arrojar luz sobre el pillaje y robo como prácticas conjuntas a la destrucción metódica de los bienes inmuebles:

> En Lovaina, según dice el relato oficial, «el pillaje empezó el 27 de Agosto y duró ocho días. Los alemanes, formando grupos de seis ú ocho, rompían puertas y ventanas, penetraban en las cuevas para emborracharse bestialmente, saqueaban los muebles, despanzurraban las cajas de caudales, robaban el dinero, los cuadros, las obras de arte, la plata labrada, la ropa blanca, los vestidos, el vino, las provisiones[70].»
>
> Ya hemos mencionado las opiniones de algunos soldados expuestas en sus cuadernos de notas. El soldado Klein escribía así después de su entrada en Lovaina: «Esta jornada me inspira un desprecio que no sé cómo describir.» Otro soldado, al entregar una cantidad de dinero, producto de sus robos, á la superiora de un convento, dijo así: «Tome usted, hermana, para sus buenas obras, y no me desprecie. Me veo obligado á robar, pero yo no soy un ladrón[71].»
>
> Después del ejército de los incendiarios –dice Nothomb– entra en función el ejército de los ladrones. No se trata aquí de ningún cuerpo especial. Todo alemán, por el hecho de ser militar, forma parte de la gran organización del pillaje. El robo estaba

68. *Ibid.,* p. 232.

69. *Ibid.,* p 231.

70. Blasco Ibáñez V., *Historia..., op. cit.,* Tomo 2, *La invasión de Bélgica,* cap. VII, p. 233.

71. *Ibid.,* p. 235-236.

> preparado, y fué ejecutado lo mismo que el incendio: con frialdad y método y con una disciplina unánime[72].
>
> Murieron á miles los paisanos, sin más delito que permanecer en sus casas y defender con su presencia los escasos bienes conquistados á fuerza de trabajo. «Marchamos –dice un soldado alemán– á través de un paisaje donde sólo quedan algunas granjas abandonadas. Las aldeas están destruidas. El ganado, falto de agua, muge en los establos. Allí donde los establos han sido incendiados, las bestias vagan sueltas[73].»

Por último, mediante un razonamiento inductivo, extrae a partir de las experiencias particulares sufridas por la nación belga unida a España por un parentesco histórico y racial, el principio general implícito en ellas como apuntan las líneas siguientes:

> Nosotros éramos el país menos guerrero del mundo. Después de la fundación del reino, no habíamos conocido ninguna invasión. Nuestro pueblo, compuesto especialmente de pequeños burgueses comerciantes, nunca fué patriotero ni exaltado. Era antimilitarista por confianza y pacífico por instinto. Los que en los últimos años habían preparado su ejército, chocaron siempre con desconfianzas, perezas y cálculos. Amaba á Francia, pero no por esto odiaba á Alemania. La nación alemana le parecía abrumadora, pedante y tal vez hipócrita en su amistad afectada. Pero no iba más allá en sus opiniones. Era un pais neutro, pronto á cumplir su deber de neutro, que consistía especialmente en no intervenir en nada de lo que pasase más allá de sus fronteras... El día que este deber se reveló en forma más grave y hubo necesidad de apelar á las armas, este pueblo, hasta entonces pacífico, no vaciló. Se vio arrastrado por el respeto de su palabra á los más horribles peligros. Su honradez le valió la prueba del martirio. Mal preparado para el gran choque, envió sus hijos á la muerte y tuvo que participar de la guerra con toda clase de sufrimientos inmerecidos. Pero en medio de sus mayores torturas jamás murmuró. Desde el primero al último hombre, desde el más modesto al más glorioso, todos[74].

72. *Ibid.,* p. 233.

73. *Ibid.,* p. 242

74. *Ibid.*

Y apelando aquí a la analogía con la situación de neutralidad del gobierno español, a nuestro juicio, pretende generar simultáneamente en el receptor de las palabras reproducidas el temor nacido de la imagen de la inminencia de un mal destructivo y penoso gracias a la lógica del sentido común que presupone en quien las lee. Cuando le adviene al destinatario dicho presentimiento como reacción instintiva, la conciencia adquirida de la situación lastimosa que acarrearon tanto las grandes penas como los desastres sufridos por los belgas, en el momento de la invasión germánica, le induce mecánicamente a salir predispuesto a remediarla.

Un paso más en el razonamiento persuasivo de Vicente Blasco Ibáñez hacia la máxima adhesión de sus compatriotas a la entrada de España en la guerra lo constituye, a nuestro modo de ver, la etapa clave de la resolución del caso del fusilamiento de cinco españoles por los alemanes en la ciudad de Lieja en la noche del 20 de Agosto. Para dilucidarlo, desde nuestro punto de vista, adopta otra vez el orden del discurso preconizado por Aristóteles en la disposición.

El exordio sería la exposición, de manera clara y breve, de los hechos tal como se cree que sucedieron facilitando la percepción de un ingeniero belga cuya formación científica basada en la observación empírica garantiza la veracidad de lo observado:

> Un ingeniero belga, M. Néstor Jacob, empleado en el ferrocarril español de Linares á la Carolina, que estaba en Lieja en el momento del crimen, pudo huir de dicha ciudad, dirigiéndose á Londres, donde dio cuenta al embajador de España de todo lo ocurrido. Cinco españoles habían sido fusilados por los alemanes en la noche del 20 de agosto. Su muerte resultaba un verdadero asesinato, y era además un acto de menosprecio para la nacionalidad de las víctimas. Los cinco españoles habían hecho constar, al verse aprehendidos injustamente, su carácter de neutros, protestando hasta el último momento en nombre de su patria. A pesar de esto, los alemanes los fusilaron, sin oir sus explicaciones, dando por pretexto que eran rusos.
>
> Vamos á relatar con todos sus detalles este crimen, que los ejecutores mantuvieron oculto por mucho tiempo, y sólo ha venido á quedar en claro gracias á las gestiones de algunos españoles[75].

75. Blasco Ibáñez V., *Historia..., op. cit.,* Tomo 2, *La invasión de Bélgica,* cap V, p. 131

En la argumentación que viene luego, combina la lógica demostrativa del discurso racional en la voluntad de verdad con la afectividad de la emotividad.

Así, por ejemplo, en el extracto siguiente, la explicación racional de los hechos expuesta en el régimen enunciativo de la historia tal como lo define Benvéniste[76], avalada además por un profesor católico de la Universidad de Lieja cuya revelancia intelectual y religión apuntan credibilidad se basa en el ensalzamiento de las víctimas («gente laboriosa, económica e infatigable para el trabajo», «hombres pacíficos») para no dar margen a interpretación propia haciendo del victimismo el prisma de la lectura del trauma:

> En la plaza de la Universidad de Lieja, existía un almacén de frutas, verduras, conservas y vinos de España, con el título *Aux jardins de Valence* («*A los jardines de Valencia*»). Su dueño era un mallorquín del pueblo de Soller, de 40 años de edad, llamado Antonio Oliver Rullán. Su esposa, Rosa Vicens, era también de Mallorca, y el matrimonio tenía tres niños varones. Con esta familia, y prestando sus servicios como dependientes del establecimiento, vivían un hermano del dueño, once años mayor que él, llamado Jaime Oliver Rullán, y tres dependientes jóvenes, Jaime Llabrés y José Niell, naturales de Mallorca, y Juan Mora, nacido en San Sebastián.
>
> El establecimiento español marchaba perfectamente y hacía buenos negocios. […] Los españoles de la plaza, de la Universidad eran gente laboriosa, económica é infatigable para el trabajo. […] Además, estos hombres pacíficos asistieron con timidez y estupefación á todos los sucesos que inesperadamente se desarrollaron en Lieja.
>
> Como después de la ocupación alemana no ocurrió nada extraordinario, el mallorquín sintió renacer su confianza, y cual buen comerciante, volvió á instalarse en la tienda, abriendo sus puertas al público. […] En el piso primero de la casa existía una sociedad de estudiantes israelitas. […] En este centro de la plaza de la Universidad, […] eran muy numerosos los rusos. No es cierto –como dijeron más adelante las autoridades alemanas para justificar sus atropellos– que muchos de estos rusos fuesen de ideas nihilistas. Un profesor católico de la Universidad de Lieja,

76. Benveniste, E. «Les relations de temps dans le verbe français», *Problèmes de linguistique générale*, Paris, Gallimard, 1966, p. 237-250.

> que los había tratado íntimamente, declaró á un amigo nuestro que casi todos ellos, por ser hijos de familias acomodadas, se mostraban partidarios del zar y del gobierno de su país. Además, desde que cayó Lieja en poder de los alemanes, los estudiantes rusos huyeron ó se ocultaron, absteniéndose de visitar la biblioteca. En los días anteriores al 20 de agosto, la sociedad israelita estuvo cerrada, no presentándose en ella ninguno de sus socios. Gracias á las gestiones de algunos españoles, el vice-cónsul de España en Lieja y la Legación de España en Bruselas emprendieron una averiguación para poner en claro lo ocurrido en la noche del 20 de agosto[77].

La restitución del evento mediante una estrategia patética asigna al lector su identificación con compatriotas suyos que comparten, se supone, un mismo sistema de valor moral y político. Para acrecentarla, Blasco Ibáñez proyecta al receptor en la situación angustiosa que vivieron los mismos y el sufrimiento experimentado por ellos ante el horror del acontecimiento traumatizante mediante la incoporación en el discurso de las deposiciones de los testigos involucrados en los hechos:

> La primera manifestación de lo ocurrido fué hecha ante el consulado español por doña Rosa Vicens, viuda de Antonio Oliver, el 31 de Agosto, diez días después de la tragedia de la plaza de la Universidad.
>
> «Eran aproximadamente las diez de la noche –dice esta señora–, cuando todos los habitantes españoles de la casa situada en la plaza de la Universidad, número 20, y separada del local de "La Emulación" por sólo un edificio, nos fuimos á dormir. Un cuarto de hora después, poco mas ó menos, cuando acabábamos de meternos en la cama, oí fuertes descargas de fusilería. Mi marido se levantó entonces, poniéndose un pantalón nada más y los zapatos. Todos juntos, los hombres de la familia, los dependientes, los niños y mi hermana, hemos bajado á la cueva, donde hemos permanecido unos cinco minutos. La parte de atrás de nuestra casa ardía ya, cuando hemos salido de ella por miedo á morir quemados. Los soldados tiraban por todas partes. Tan pronto como salimos á la plaza, fuimos hechos prisioneros por los alemanes, que nos condujeron, hombres, mujeres y niños, á una sala de la Universidad, que está enfrente de nuestra casa.

77. Blasco Ibáñez V., *Historia..., op. cit.,* Tomo 2, *La invasión de Bélgica,* cap V, p. 131-132.

Una media hora después los alemanes han hecho salir á todos los hombres españoles en compañía de otros belgas, figurando entre éstos M. Degueldre y M. Corbusier, que eran vecinos nuestros. Yo no sé á estas horas –31 de agosto– cuál es la suerte de mi marido, de mi cuñado y de mis tres dependientes. No puedo decir si había en esa noche estudiantes rusos en el local situado encima de nuestra tienda, pero creo que no, porque la casa estaba tranquila y silenciosa. […]»

Una habitante de la plaza de la Universidad, madama Corbusier, viuda de uno de los fusilados y vecina de los Oliver, declaró así[78]: «A las nueve y media ó un cuarto antes de las diez, empezaron á sonar descargas de fusilería. Llamé por dos veces á mi marido, que no me respondió, y tuve que sacudirle y tirarle de la chaqueta. Al fin se levantó de un salto, al mismo tiempo que yo corría por la habitación, gritando á mi cuñado: «José, levántate, que tiran.» José se levantó, uniéndose á nosotros. «Salvémonos en la cueva», dije yo. Y los tres nos refugiamos en la cueva. Las primeras descargas de fusilería han cesado durante un minuto, y hemos querido aprovechar esta breve calma para salir de la casa por miedo á perecer quemados en ella. Hemos vuelto á subir para poder tomar algunas ropas, y en el momento de llegar á nuestro dormitorio del primer piso, [...] las descargas se han reproducido con más fuerza que antes. Mi marido y mi cuñado se han abrazado á mí, diciendo: "Muramos los tres aquí mismo". Yo he hecho esfuerzos para desasirme [...]. Mi marido y yo hemos bajado la escalera para salir á la plaza, y yo le he dicho: "Déjame pasar delante. Una mujer inspira siempre piedad". Así lo hemos hecho, y yo he pasado delante, gritando á mi cuñado que aun estaba arriba para que saliese cuanto antes, librándose del incendio. José me contestó que iba á bajar en seguida, pero ya no le vi más. Abajo, el corredor estaba lleno de alemanes. Yo creí que estos soldados se habían refugiado huyendo de las descargas, y avancé resueltamente hacia ellos. Inmediatamente me agarraron las dos manos, diciéndome con tono amenazante: "Vos habéis tirado seguramente. Vais á venir con nosotros". Yo contesté que no había hecho nada, y por lo tanto no tenía miedo. Al mismo tiempo aprisionaron á mi marido, que estaba llamando á su hermano. José contestó desde el fondo del almacén, y en este instante sonaron junto a nosotros cuatro disparos y á continuación uno suelto. Al entrar en la Universidad, yo, una pobre mujer, he

78. Blasco Ibáñez V., *Historia..., op. cit.,* Tomo 2, *La invasión de Bélgica,* cap V, p. 132-133.

> recibido de un soldado que estaba de centinela un culatazo en la espalda. Los que me conducían presa, protestaron. Un poco más lejos me han dado una patada. Los dos soldados que nos acompañaban han vuelto á protestar inútilmente. Vi de pronto que mi marido estaba herido en la cabeza de un fuerte golpe. Al encontrar á un teniente, mi marido se puso de rodillas, suplicando: "¡Señor, mi pobre mujer! ¡Mi pobre hermano!" Yo le he dicho al oficial: "Teniente, dejad que me acompañen dos hombres para ir en busca de mi cuñado. Nuestra casa está ardiendo" [...].
>
> El miércoles –19 de agosto–, que es el primer día en que los alemanes se alojaron en el local de "La Emulación", estaban tan borrachos que tenían que sostenerse unos á otros. Á las ocho de la mañana del día siguiente nos han dejado libres, después de haber pasado la noche en la Universidad y de ser conducidas á primera hora al palacio de Justicia[79]».

A nuestro juicio, de esta manera el cronista crea en el destinatario una emoción desbordante y la consecutiva empatía dolorista, permitiéndole alcanzar un conocimiento omnisciente del acontecimiento narrado, el cual, a un tiempo, facilita el idóneo acercamiento a la verdad según los planteamientos de Aristóteles en *Metafísica*[80] o de Ortega y Gasset en su artículo «Verdad y Perspectiva»[81] publicado en 1916. De hecho, en sendas obras respectivamente, el filósofo griego define la verdad como el resultado de nuestros enunciados y nuestro decir, el pensador español, por su parte, la identifica con una visión plural apoyada en una observación personal que representa subjetiva y circunstancialmente, siendo única e indispensable acerca de la totalidad la perspectiva que ofrece cada cual [82].

79. Blasco Ibáñez V., *Historia..., op. cit.,* Tomo 2, *La invasión de Bélgica,* cap V, p. 133-134.

80. Aristóteles, *Metafísica*, Libro Noveno, X, Edición de Miguel Candel, Madrid, Espasa Calpe, 1997 <http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmczp411>.

81. Ortega y Gasset J., «Verdad y Perspectiva», en *El espectador, Obras Completas* Vol II, Revista de Occidente, Madrid, 1963, p. 19.

82. *Ibid*. «Pero la realidad no puede ser mirada sino desde el punto de vista que cada cual ocupa, fatalmente, en el universo. Aquélla y éste son correlativos, y como no se puede inventar la realidad, tampoco puede fingirse el punto de vista. La verdad, lo real, el universo, la vida –como queráis llamarlo– se quiebra en facetas innumerables, en vertientes sin cuento, cada una de las cuales da hacia un individuo. Si éste ha sabido ser fiel a su punto de vista, sí ha resistido a la eterna seducción de cambiar su retina por otra imaginaría, lo que vio será un aspecto real del mundo. Y viceversa: cada hombre

Esta construcción colectiva a partir de puntos de vista múltiples le permitirá a Blasco Ibáñez reelaborar, con toda transparencia, la cronología lógica y causal de la cadena de los sucesos y ofrecérsela a su receptor al final de su demostración como prueba irrefutable de la ocultación de la verdad en manos de las autoridades alemanas y españolas, desenmascarada gracias a estos medios persuasivos[83].

De ahí que, para llevar a cabo el razonamiento inductivo involucrado en su argumentación acuda a un entramado de proposiciones indiscutibles y probables, comparando y analizando los datos recolectados en ellas y sus posibles relaciones con vistas a formular hipótesis convincentes destinadas al lector cuya cooperación activa fomentan las estrategias discursivas utilizadas, granjeando su adhesión como lo ilustran las siguientes líneas:

> Como se ve, la esposa de Oliver ignoraba diez días después de la catástrofe cuál había sido la suerte de los suyos, y la siguió ignorando durante mucho tiempo. Las autoridades alemanas contestaban a todas las preguntas de la familia y del consulado, que los cinco españoles estaban prisioneros en Alemania. Iguales manifestaciones hizo el gobierno germánico al gobierno español, y a estas horas aun persistiría el engaño a no haber mediado las averiguaciones particulares de algunos españoles, que obligaron a la autoridad alemana a reconocer y confesar el crimen.
>
> La declaración de la viuda María Delhougne, conserja de «La Emulación», resulta muy significativa y hace sospechar que lo ocurrido en la plaza de la Universidad fué premeditado por los alemanes.
>
> «En la noche del 20 de Agosto –dice esta testigo– los soldados alojados en nuestra sociedad parecían no estar bajo la influencia de la bebida, como de costumbre. [...] Durante este día y el anterior habían instalado muchas ametralladoras en el local de "La Emulación", que yo guardaba porque el citado Lauterboren les hizo creer que no había ninguna persona en la casa. Pasado

tiene una misión de verdad. Donde está mí pupila no está otra: lo que de la realidad ve mi pupila no lo ve otra. Somos insustituíbles, somos necesarios. "Sólo entre todos los hombres llega a ser vivido lo humano" –dice Goethe–.»

83. Véase Blasco Ibáñez V., *Historia..., op. cit.,* Tomo 2, *La invasión de Bélgica,* cap V, p. 143-146.

mucho tiempo, hemos salido de la cueva y hemos visto muchos cadáveres en la plaza».

El comisario de policía de Lieja, Mr. Neujean, y algunos belgas, fotografiaron el montón de cadáveres expuesto en el local llamado "la Morgue". Estas fotografías sirvieron más adelante para probar que los hermanos Oliver y sus dependientes habían sido fusilados, mientras que las autoridades alemanas, queriendo disimular la barbarie de sus tropas, insistían en decir que los cinco españoles estaban prisioneros en Alemania. Teniendo en cuenta la conducta observada por los invasores en muchas ciudades de Bélgica, y las declaraciones de los testigos que hemos mencionado, fácil es reconstituir con exactitud lo ocurrido en la plaza de la Universidad de Lieja durante la noche del 20 de Agosto. […] El hecho de existir en el primer piso de la casa ocupada por el establecimiento «A los jardines de Valencia» una sociedad israelita, compuesta en su mayor parte de rusos, fué explotado por los alemanes como una excusa de su crimen.

Doña Rosa Vicens, la esposa de Oliver, al declarar por segunda vez relatando lo ocurrido en la noche del 20, dijo así: «El primer piso del cuerpo de nuestro edificio que daba á la plaza, estaba alquilado á una sociedad de rusos que había establecido allí su biblioteca. Pero yo tengo la certeza de que no habla nadie absolutamente en el local durante la noche del 20 de Agosto. [...].»

Las declaraciones de la citada señora muestran cómo se desarrolló en su domicilio este atentado de los alemanes, en el que perecieron todos los hombres de la familia[84].

De ser cierto, como han afirmado los alemanes á última hora, que los fusilaron por equivocación, creyéndolos rusos, esto sólo serviría para demostrar el modo bárbaro y arbitrario como proceden los soldados del kaiser, fusilando á los prisioneros sin interrogatorio previo, sin un juicio sumario, sin prestar atención á sus explicaciones. [...]

¡Qué mejor prueba de que las ejecuciones de los alemanes son verdaderos asesinatos, y no se diferencian en nada de los procedimientos de una banda de salteadores ebrios!...

El asesinato de los cinco españoles habría quedado en el misterio, oculto para siempre por las mentiras y excusas de las autoridades alemanas, á no haber intervenido en el asunto un diputado español. [...] El señor Roselló, diputado por Mallorca, habló en

84. Blasco Ibáñez V., *Historia..., op. cit.,* Tomo 2, *La invasión de Bélgica,* cap V, p. 137-140.

> la Cámara sobre lo ocurrido en Lieja, y en vista de los datos aportados por el representante balear, el gobierno se decidió á intervenir directamente, dando las instrucciones necesarias al ministro de España en Bruselas para que averiguase una verdad que ya era conocida por muchos.
>
> Fruto de estas averiguaciones fué un expediente diplomático que probó plenamente el fusilamiento de los cinco españoles, crimen que las autoridades alemanas no pudieron negar por más tiempo y tuvieron que reconocer […].
>
> Debo explicar cómo llegó á mis manos este expediente. Desde el principio de la presente guerra, un periodista español, don Pablo Almarza, se trasladó á Francia, recorriendo audazmente los campos de batalla[...]. Cuando estaba con unos soldados belgas cerca de Ypres, oyó una noche á un oficial, nacido en Lieja, el relato del fusilamiento de que habían sido víctimas cinco españoles en dicha ciudad. En aquel entonces todavía el gobierno alemán juraba y perjuraba que el fusilamiento era una calumnia de sus enemigos, y que los cinco españoles estaban prisioneros en Alemania y serían puestos en libertad de un momento á otro. Almarza se sintió tentado por el peligro de una averiguación en Lieja, decidiendo ir en persona á dicha capital, ocupada y aterrorizada por los alemanes, para poner en claro los hechos[85].
>
> […] Cuando al fin inspiró confianza y los belgas fueron declarando la verdad, todos le exigieron, bajo palabra de honor, la promesa de que se abstendría de citar sus nombres en la información. Los infelices deseaban permanecer en Lieja y estaban seguros de que los alemanes los castigarían duramente si llegaban á enterarse de que habían hablado sobre lo ocurrido en la noche del 20 de Agosto. Almarza me reveló los nombres y me enseñó documentos de dichos testigos, pero por las razones mencionadas debo observar igual silencio[86].

En otras ocasiones, solicita la competencia del destinatario para actualizar ciertas presuposiciones e interpretar con univocidad el mensaje verbal que suministra dejándole un margen reducido de iniciativa interpretativa. En tanto que emisor cómplice que trata de igual a su receptor comparte con él emoción e indignación gracias a la exclamación y las preguntas retóricas, acudiendo a la comparación y la analogía

85. Blasco Ibáñez V., *Historia..., op. cit.,* Tomo 2, *La invasión de Bélgica,* cap V, p. 142.

86. *Ibid.,* p. 146-147

y mostrándose defensor de los intereses colectivos. También requiere de él un trabajo de inferencia:

> El citado expediente comunica una impresión de tristeza y de cólera á todo español que lo lee. […] El espíritu de cobarde adulación á los alemanes y el deseo de justificar su crimen, llega en este expediente á tomar formas lúgubremente ridículas. […]
>
> Otro argumento expone el vice-cónsul, ridículo hasta lo absurdo. Según él, los alemanes fusilaron á estos cinco españoles porque su tez y sus cabellos eran semejantes á los de los rusos, lo que se prestaba fácilmente á una equivocación.
>
> ¡Cinco mallorquines que tenían cara de rusos! El lector sonreirá tristemente, si es que no se indigna, ante esta excusa de un representante de España. […] Para explicar cómo los alemanes fusilaron á los cinco comerciantes, á pesar de sus protestas, el representante de España, que no quiere dejar en pie ni una sola acusación contra los matadores, dice que éstos no podían entender á sus víctimas, que no «hablaban correctamente el francés». […] El vice-cónsul aun va más allá en sus grotestas afirmaciones, diciendo que los Oliver y sus dependientes, aunque eran españoles, «tampoco hablaban correctamente el español, por ser originarios de Mallorca». ¿Y para qué necesitaban hablar el español correctamente como si fuesen de Castilla? ¿Es que los alemanes iban á examinarles de castellano antes de fusilarlos? ¿Acaso los escuchó alguien y comparecieron ante un tribunal? ¿No los mataron sin querer oírles, escogiéndolos caprichosamente en la fila de los prisioneros?... El ministro de España, en su comunicación al ministro de Estado que acompaña al expediente, se muestra tan adulador para los alemanes como el humilde vice-cónsul. No tiene una palabra sincera y franca de indignación contra lo ocurrido. Casi encuentra naturales estas equivocaciones trágicas. «¡Son cosas de la guerra!» Y para justificar á los alemanes, alude y ofende á otras naciones unidas á España por un parentesco de historia y de raza, diciendo así: «Debe ponerse fin á una cuestión que por un lado lamentan los mismos causantes de ella, y por otro nada tiene de política, revistiendo, eso sí, por tratarse de las vidas de nuestros compatriotas indefensos é inocentes, el carácter de un grande y muy desgraciado incidente de esta guerra; incidente de todas suertes menor que los que en otras naciones, también en guerra ó revolución, han sufrido recientemente con España otras potencias de Europa y América.»

> Con esto el ministro español quiere aludir á Méjico y á las matanzas de españoles efectuadas en esta república por las tropas insurrectas. La alusión del marqués de Villalobar no puede ser más falta de oportunidad. ¿Acaso los caudillejos de las revoluciones americanas se ofrecen como representantes de la más refinada civilización y pretenden salvar al mundo imponiéndole su cultura, como el emperador de Alemania? ¿Es que las partidas de indios cometen sus tropelías en nombre de la superioridad de su raza, y apoyadas por manifiestos de sabios y artistas, como lo hacen los alemanes?... Todo el informe del ministro de España está lleno de elogios á las autoridades alemanas[87].

En las líneas conclusivas de su argumentación, a modo de epílogo, retoma resumiéndolas las pruebas aducidas para dar una visión de conjunto sobre lo tratado y, a un tiempo, intenta mover los afectos del destinatario creando indignación u odio hacia los verdugos y compasión hacia las víctimas. Se trata en concreto de poner a su receptor en el estado de ánimo propenso a la ira que surge de la evocación del ultraje como manifestación del sentimiento de superioridad de quienes (los alemanes) maltratan a los demás, en particular compatriotas suyos. Y esta cólera viene acompañada por el placer causado por la esperanza de vengarse de ellos:

> Así murieron a manos de los alemanes en la plaza de la Universidad de Lieja, durante la noche del 20 al 21 de Agosto, los súbditos españoles: Antonio Oliver Rullán, nacido en Soller (Mallorca), de 40 años, esposo de Rosa Vicens, de la que tuvo tres hijos. Jaime Oliver Rullán, soltero, de 51 años, nacido en Soller. Jaime Llabrés, soltero, de 26 años, nacido en Establament (Mallorca). José Niell, soltero, de 19 años, nacido en Sineu (Mallorca). Juan Mora, soltero, de 19 años, nacido en San Sebastían (Guipúzcoa), e hijo de un sargento de la Guardia Civil. La muerte trágica de estos españoles ha estado hasta el momento presente envuelta en cierto misterio. La opinión pública se enteró hace algunos meses, por los relatos de los periódicos, de que cinco españoles habían sido fusilados por los alemanes; pero todos ignoraban las circunstancias y los detalles del crimen. El informe diplomático del representante de España se ha mantenido en secreto. A pesar de su espíritu tendencioso en favor de los alemanes, los testimonios irrecusables que contiene resultan de una evidencia aplastante contra los autores del hecho, y tal vez por esto no se

87. Blasco Ibáñez V., *Historia..., op. cit.,* Tomo 2, *La invasión de Bélgica,* cap V, p. 146-147.

> ha publicado. Por primera vez entregamos al juicio público el informe completo de lo ocurrido en la plaza de la Universidad. La comisión belga encargada de averiguar y publicar las atrocidades alemanas, ha dicho muy poco de lo ocurrido en Lieja durante la noche del 20 de Agosto, y nada del asesinato de los cinco españoles. Carecía dicha comisión de los datos y documentos que tenemos nosotros. Sometida Lieja á la dominación alemana, y aterrado su vecindario, le ha sido imposible á la citada comisión ponerse en contacto con los habitantes de la ciudad. Gracias al periodista Almarza, que se procuró una copia del expediente y pudo burlar la vigilancia alemana, salvando dicho documento de un modo novelesco, la verdad ha acabado por abrirse paso á través de las falsedades con que pretendieron ahogarla los representantes del imperio germánico[88].

Tras la exposición argumentada de las pruebas irrefutables de la barbarie alemana que conlleva violación de derechos humanos, la dilucidación del caso de los cinco fusilados españoles ha evidenciado tres formas de falsedad (simulación, mentira y engaño) como práctica común de los alemanes.

Esta conducta que condena la moral generalizada, apoyada en honestidad, probidad y verdad revela el espíritu de mentira de quienes la adoptan y apunta además la valoración ética de seres injustos y malvados que recurren a esta forma de actuar exenta de integridad para deshacerse de la consecuencia de sus acciones pecaminosas o sacar algún provecho ilícito, por egoísmo, manipulando a los crédulos.

Articular el núcleo de su demostración en torno a la falsedad de los dirigentes alemanes y austriacos manifiesta tanto en sus palabras como en sus actos va a conducirle a enumerar lógicamente pruebas y evidencias del uso que han hecho de la mentira desde el punto de vista moral como veremos a continuación.

3. Un requisitorio contra los dirigentes de Alemania y Austria

A nuestro juicio, éste se basa en el género retórico judicial, tal y como lo define Aristóteles, en su *Retórica*[89], pues favorece una determinada

88. Blasco Ibáñez V., *Historia..., op. cit.,* Tomo 2, *La invasión de Bélgica,* cap V, p. 151-152.

89. *Op. cit.* Véase Libro I, cap. 3 (1358a/1359a)

valoración sobre el derecho que ha sido afectado y las circunstancias que determinan o explican la gravedad de los comportamientos. Y en este caso, echa mano Vicente Blasco Ibáñez de argumentos dialécticos orientados al punto de vista del proponente, alemanes y austriacos como blanco de ataque. Siguiendo las recomendaciones de Aristóteles en *Tópicos*[90] trata de descalificarlos desenmascarando por ilegítimos sus actos y propuestas.

Para demostrar que los actos cometidos son ilegales por oponerse tanto a la ley particular escrita como a la ley universal no escrita, Blasco Ibáñez asimila alemanes y austríacos a salvajes que no respetan nada, que se ríen de todos los compromisos internacionales y colocan a la fuerza por encima del derecho:

> La guerra de 1914 empezó en una forma nunca vista. Todos los pueblos, en las diversas edades de la Historia, han considerado que la guerra tiene sus prácticas, su cortesía como las demás relaciones humanas, y faltar a ellas es un motivo de deshonra. Jamás entraron en lucha dos naciones sin avisar previamente las próximas hostilidades con una declaración formal o con la retirada de sus representantes. Hasta las tribus salvajes cuando desean combatirse, lo anuncian antes por medio de emisarios. Alemania implantó un procedimiento nuevo en 1914. Sus tropas invadieron el territorio de Francia cuando aun no había hecho ninguna declaración de guerra al gobierno francés y su embajador estaba todavía en París[91].

Aduce como causas generales del acto injusto cometido el comportamiento opuesto a la virtud y el deseo como móvil particular:

> Pero el imperio austriaco ha sido insaciable en sus apetitos de anexión. Constantemente derrotado en los campos de batalla desde hace más de un siglo, busca en las intrigas diplomáticas y los compromisos secretos un medio de adquirir nuevos territorios, consolándose así de las victorias que nunca obtuvo[92].

Tal y como lo recomienda Aristóteles, como buen dialéctico refuta las tesis formuladas, poniéndolas a prueba, marcando eventuales

90. Aristóteles *Tópico*s en *Tratados de lógica*, tomo I, Madrid, Gredos,1988.

91. Blasco Ibáñez V., *Historia..., op. cit.,* Tomo 1, *El rompimiento*, cap. II, p. 99.

92. *Op. cit.* Tomo I *El prólogo del drama,* Cap. I, p. 13.

contradicciones con lo admitido por expertos prudentes o la mayoría, alegando la falsedad, la doblez, la hipocresía, la mentira de quienes las defienden:

> Á esta crueldad de los directores del ejército vino á unirse el miedo feroz que la propaganda del gobierno y los diarios de Berlín supieron infundir á sus soldados. Bélgica, según tal propaganda, era un país de «bandidos», y había que esperar de sus habitantes las más inauditas crueldades. Para justificar la invasión de Bélgica y sostener el ardimiento de sus soldados no hubo engaño que no emplease el gobierno de Berlín. Desde los primeros combates frente á Lieja, los diarios de Alemania y hasta el mismo emperador empezaron á fantasear, atribuyendo á los belgas estupendos delitos. Según aquéllos, todos los heridos alemanes eran asesinados inmediatamente. Las mujeres belgas se gozaban en arrancar los ojos á todos los que caían en su poder ó en abrirles el vientre. Á la misma hora en que eran incendiados los primeros pueblos belgas y fusilados sus pacíficos vecindarios, el kaiser protestaba hipócritamente ante el mundo de los malos tratos de que eran objeto los alemanes en su campaña de Bélgica. Nunca la prensa alemana ha podido citar un nombre, una hora y un lugar en sus afirmaciones contra los belgas. Se ha limitado a decir únicamente que los elementos civiles de Bélgica tiraban contra sus tropas. En cambio los belgas pueden citar, con nombres y lugares, miles y miles de casos de crueldad alemana. Resulta indiscutible –con el apoyo de datos precisos– que los alemanes asesinaron muchos heridos y prisioneros belgas. En cambio las ambulancias y hospitales de Bélgica estuvieron repletos de heridos alemanes, agradeciendo muchos de ellos con lágrimas de emoción los cuidados que recibían. Como justificación de su atentado contra Bélgica, el gobierno alemán osó afirmar que al declararse la guerra el vecindario de algunas ciudades de este país había hecho una matanza de alemanes. No hubo tormento que no atribuyese á los «bandidos» belgas. En Bruselas un carnicero de nacionalidad alemana había sido descuartizado por las masas, lo mismo que una res en el matadero. Con tales invenciones buscaba justificarse y enardecer al mismo tiempo á sus crédulos soldados para que se batiesen desesperadamente, prefiriendo morir antes que caer en manos de unos enemigos tan crueles. La mejor prueba de la inaudita falsedad de tales invenciones es que una vez conquistada Bélgica el gobierno alemán ya no se ha atrevido á repetirlas. Igualmente falsa fué la leyenda de que los belgas sacaban los ojos

> á los alemanes. Esta invención del gobierno tuvo un gran éxito en Alemania[93].
>
> Deseaba [el imperio alemán] aprovechar esta ocasión para la deseada *guerra preventiva*. Todas sus afirmaciones, jamás seguidas de un acto en favor de la paz, fueron irritantes falsedades.
>
> [...] Mentira también el apartamiento del kaiser de los negocios políticos y su viaje a Suecia antes de que el ultimatum austriaco produjese la alarma general. Comedia torpe y grosera la ignorancia fingida por Guillermo II y su gobierno acerca de las intenciones de Austria[94].
>
> Guillermo II no sabe qué decir para sostener su equívoco y sale del paso atropellando sus anteriores promesas, con pretexto de que la movilización rusa, *según sus noticias*, va dirigida ahora contra las fronteras de Alemania. Esto es completamente falso.
>
> [...] Lo inaudito, lo que jamás se vio en la Historia-ni aun en los tiempos de mayores felonías- es el continuo atentado contra la verdad, una prontitud para mentir que desconcierta por lo audaz y revela el desarreglo de un pensamiento trastornado[95].
>
> Sea esto cierto o no lo sea, el atentado de Serajevo sirvió á Austria y Alemania de excelente ocasión para replantear sus proyectos belicosos[96].

Si descalifica a los alemanes desenmascarando por ilegítimos sus actos y propuestas es para facilitar la identificación de los lectores de sus crónicas a los franceses, insistiendo en su común ascendencia latina.

4. Una apología de Francia y de los franceses como pueblo latino

En nuesta opinión, esta apología se inscribe en el marco del género retórico epidíctico tal y como lo define Aristóteles, en su *Retórica*[97], pues, en ella Vicente Blasco Ibáñez establece una comunión en torno a

93. Blasco Ibáñez V., *Historia..., op. cit.,* Tomo 2, *La invasión de Bélgica,* cap IV, p. 91.

94. Blasco Ibáñez V., *Historia..., op. cit.,* Tomo I, *Prólogo del drama,* cap IX, p. 47-48.

95. Blasco Ibáñez V., *Historia..., op. cit.,* , Tomo 1, *Prólogo del drama*, cap. XII, p. 65.

96. Blasco Ibáñez V., *Historia..., op. cit.,* Tomo I *El rompimiento* cap. XVI, p. 244.

97. *Op. cit*. Véase Libro I, cap. 3 (1358a/1359a).

la cultura francesa, entendida como arsenal de valores, ideas, creencias con los que sus lectores pueden identificarse. Para ello, recurre al elogio de tal o cual virtud, al panegírico de una acción virtuosa y sus circunstancias determinantes y concomitantes y a la felicitación que engloba los dos tipos anteriores. Establecer esta comunión en torno a la cultura francesa le permite alcanzar la identificación del lector con la tesis que defiende, estar dispuesto a actuar apoyando a Francia injustamente agredida por Alemania.

De ahí que el enunciador subvierta invirtiéndolas las normas establecidas por la sociología y antropología social que explican el desigual desarrollo político, económico y cultural de los pueblos basándose en la diversidad de los medios geográficos y las diferencias biológicas y étnicas. Las culturas nacionales tendrían las características raciales de cada pueblo, en una versión del darwinismo social fundada en la lucha entre las razas. Estas distinciones hechas desde los años 1850 por Gobineau[98] y, retomadas por Edmond Demolins en 1897[99] oponen a latinos y anglosajones. En Europa, los mediterráneos se perciben, en aquella época, como menos civilizados que los pueblos del Norte, de tal modo que la derrota francesa de Sedan en 1870 o la de España frente a los Estados Unidos en 1898 atestiguaban la decadencia de los países latinos. Pero, en las crónicas aquí estudiadas, los alemanes son bárbaros y salvajes[100], menos civilizados que los franceses, latinos como los españoles, y ello lo deja entrever el uso de la primera persona del plural inclusiva, «nosotros» que involucra al lector, en las citas siguientes:

> Cada agrupación étnica tiene su moral, su alma, sus escrúpulos. Nosotros, los llamados latinos, llevamos el fardo de una porción de preocupaciones y delicadezas espirituales que no conocen los buenos germanos y si alguna vez tropiezan con ellos, provocan su risa como algo arcaico e inútil.
>
> Nosotros creemos en el honor sin interés alguno, en el honor generoso que impone sacrificios, creemos en el carácter sagrado de la palabra empeñada, en el derecho a la libertad y a la independencia que tiene el débil lo mismo que el fuerte, en la necesidad de que subsistan debajo del sol los pequeños pueblos

98. Gobineau, A. de, *Essai sur l'inégalité des races humaines*, Paris, Firmin Didot, 1884.

99 Demolins E., *A quoi tient la supériorité des Anglo-Saxons,* Paris, Firmin Didot, 1897.

100. Véase al respecto Tomo I, *Pueblos y monarcas,* cap. I, *La raza prusiana*, p. 258-261.

> así como los grandes, del mismo modo que en la vida humana respiran igualmente los ilustrados y los inteligentes, los feos y los hermosos, los ricos y los pobres. Tenemos el sentimiento de la mesura, de la armonía, del equilibrio, facultad que aun no poseen ciertos países recién salidos de la barbarie que todo lo ven con retinas de brutal exageración «Kolossal, Kolossal»[101].

Y también el recurso a las propias palabras del filósofo Nietzche que apuntan lo mismo:

> Federico Nietzsche afirmó siempre que él «representaba una casualidad éntre los alemanes», dando a entender con esto la divergencia radical existente entre su pensamiento y el del Imperio. He aquí algunas de sus opiniones sobre la Alemania contemporánea que muchos consideran como obra suya. «Los alemanes, esos retardatarios por excelencia en el curso de la Historia, son hoy el pueblo más atrasado de Europa en lo que se refiere á la verdadera civilización.»[102]

O el adjetivo elegido para calificar la actitud de los habitantes de Berlín:

> La muchedumbre patriótica de Berlín observó una conducta salvaje con los representantes de las potencias que Alemania había impulsado a la guerra[103].

Similar objetivo persiguen los elogios que atañen a los políticos franceses, Jaurès («espíritu generoso», «gran orador», «alma buena»)[104] y Clemenceau («hizo un resumen brillante de la situación, demostrando la doblez del gobierno germánico y excitando al pueblo francés a una resistencia heroica»[105]), en clara contraposición con los calificativos atribuidos a Federico Guillermo I, padre de Federico el Grande («maniático coronado, fundador del ejército de Prusia»[106], «cerebro de borracho»[107]) en otras líneas.

101. *Op. cit.*, Tomo I Pueblos y monarcas, cap. IX, p. 374-375.

102. Blasco Ibáñez V., *Historia..., op. cit.,* Tomo I, *Pueblos y monarcas*, cap. XIV, p. 489.

103. *Op. cit.*, Tomo I, *El rompimiento,* cap.X, p. 159.

104. Blasco Ibáñez V., *Historia..., op. cit.,* Tomo I, *Prólogo del drama*, cap. XIII, p. 67.

105. Blasco Ibáñez V., *Historia..., op. cit.,* Tomo I, *El rompimiento,* cap. VII, p. 139.

106.*Op. cit.*, Tomo I, *Pueblos y monarcas*, cap. VIII, p. 346

107.*Ibid.*, p. 348.

Los encomios relativos a la nación francesa cumplen la misma función:

> Por primera vez en su historia ofreció la nación francesa un espectáculo de completa unanimidad. Toda ella formó un cuerpo inmenso con una sola alma, y esta alma fue la inquebrantable voluntad de cumplir su deber, la fría resolución de morir antes que ser derrotada en una guerra que no había provocado[108].
>
> La guerra de 1914 fue considerada como una calamidad inevitable, a la que había que hacer frente para defender la libertad y por instinto de conservación[109].
>
> La Francia conservadora y religiosa fue igualmente digna de admiración por su patriotismo y su desinterés[110].

Las prendas intrínsecas del pueblo francés que alaba oponiendo implícitamente, esta vez, a latinos y anglosajones esbozan el arsenal de valores compartido:

> La guerra ha hecho renacer en Francia la buena educación. Ésta parecía algo olvidada a consecuencia de los grandes disentimientos que separaban a unos ciudadanos de otros. La buena educación consiste en saber tolerarnos, en sobrellevar con amable sonrisa aquello que nos extraña en el vecino o nos hiere; y Francia, dividida como todas las democracias en avanzados y reaccionarios, no estaba dispuesta a tolerar ni disculpar nada en su vida interior. Además conspiraba contra la cortesía tradicional el mal ejemplo de ciertos pueblos rudos y poderosos. Una parte de Francia ha pretendido imitar, hasta hace poco, los modales del rudo inglés ó el despreocupado yanqui, creyendo que de este modo se apropiaba algo de su carácter[111].
>
> La cortesía, la amabilidad, la graciosa tolerancia que constituyen el veradero cimiento del carácter francés han reaparecido con la

108. Blasco Ibáñez V., *Historia..., op. cit.,* Tomo I, *El rompimiento,* cap. IV, p. 110.

109. Blasco Ibáñez V., *Historia..., op. cit.,* p. 112.

110. Blasco Ibáñez V., *Historia..., op. cit.,* p. 115.

111. Blasco Ibáñez V., *Historia..., op. cit.,* Tomo II, *París en los primeros días de la guerra*, cap. III, p. 401.

> guerra, luego de haber sido eclipsadas momentáneamente por los apasionamientos políticos y la falsa imitación extranjera[112].

Conste que este apego a la nación francesa también lo manifiesta Azorín en dos de sus libros, *Entre España y Francia*[113]que recoge sus artículos contra los alemanes publicados en *ABC* en el primer año de la Guerra y *París bombardeado*[114].

Si, como venimos comprobando, el enunciador de las citadas líneas creaba un juego de complicidad con el interlocutor para invitarle a compartir sus ideas, sus valores y adoptar el mismo punto de vista, a la hora de dar cuenta de las grandes batallas (Verdun, el Somme, el Marne), el cronista aduce, esta vez, casi exclusivamente, argumentos extraartísticos procedentes de tres tipos de fuentes : artículos, detallados informes, o estudios que se publicaron tanto en la prensa francesa (l*a Illustration de París, Revue de Paris, Le Matin*, *Le Petit Parisien, Revue des Deux mondes*) como extranjera (*Journal de Genève*, *La Gaceta de Francfort, The Time*s), relatos oficiales editados por el *Boletín de los Ejércitos* y varios comunicados, por último, las mismas palabras de generales o mariscales relevantes en comentarios, informes, telegramas, orden del día.

El recurso a la autoridad de los expertos (críticos y tratadistas militares, corresponsales) cuyos contactos o producciones escritas fueron facilitados con el apoyo de los servicios de información franceses le permite acrecentar la credibilidad de sus asertos con argumentos por ethos proporcionando al mismo tiempo el enfoque de Francia y de sus aliados en contra del enemigo alemán mediante un mosaico de citas. Ante ellas, la relación que establece con el destinatario deja de ser igualitaria. Manteniéndole a cierta distancia, le asigna, autoritariamente, el lugar de espectador que requiere la necesaria jerarquía entre el que transmite pedagógicamente las informaciones de que dispone, mostrando y explicando, y el que se deja instruir pasivamente.

112. Blasco Ibáñez V.*, Historia..., op. cit.,* Tomo II, *París en los primeros días de la guerra*, cap. III, p. 402.

113. Azorín, *Entre España y Francia (Páginas de un francófilo),* Barcelona/París : Blond y Gay, 1917.

114. Azorín, *París bombardeado* Madrid, Renacimiento, 1919.

La batalla de Verdun

En el tomo 5, veintiséis capítulos[115] vienen dedicados a la evocación de la batalla y otros ocho exclusivamente al frente de la misma[116]. En ellos, el ethos discursivo del enunciador dominante, el cronista, asociado a la objetividad y rigurosidad que impone el discurso científico se proyecta mediante el entrecruzamiento de otras discursividades. Así, los discursos de distintos enunciadores se despliegan en el de Blasco Ibáñez, quien recurre a la cita o reproducción fiel de la fuente de información, en estilo directo, entre comillas, acompañado de un verbo enunciativo, al comienzo o en la mitad, para dotar de veracidad a lo expuesto. En este caso, para apuntar lo que considera relevante, regulando el saber y el decir, acude a tres herramientas con respectivos fines. Los conectores ponen en relación deductiva los enunciados, las instrucciones argumentativas guían las inferencias que se han de obtener y los verbos enunciativos o ilocutivos permiten indicar un acto de enunciación.

De esta manera, en el primer capítulo centrado en los inicios del combate en cuyo título «Cómo se inició la gran batalla» la adjetivación hiperbólica deja entrever el sistema de creencias desde el cual el enunciador evalúa el mundo, entrevera sucesivamente la cita de un crítico francés para explicar la táctica adoptada, la del documentado estudio de Henry Bidou, calificándolo previamente de «uno de los mejores historiadores de la gran guerra» sobre las diferentes fases de la lid desarrolladas durante los dos primeros meses, quien recoge, a su vez, las palabras del corresponsal de la *Gaceta de Francfort*, el relato del *Boletín de los Ejércitos* del 22 de mayo y la vista panorámica de la Argona y del campo atrincherado de Verdún. Después, inserta los informes y comentarios publicados en *la Illustration* por el crítico militar francés Ardouin-Dumazet, a quien atribuye notabilidad, dedicados al resumen de los combates iniciales de la batalla. También cita, a continuación, el libro que inspiró a Eugenio Tenot el general Seré de Rivières. Introduce a renglón seguido un relato oficial publicado por el *Boletín de los Ejércitos* que recoge los menores detalles del desarrollo de la batalla y la lucha en el valle del Mosa.

115. Blasco Ibáñez V., *Historia..., op. cit.,* Tomo 5, Capítulos I a XXVI, *op. cit.,* p. 76-215.

116. Blasco Ibáñez V., *Historia..., op. cit.,* Tomo 5, Capítulos I a VIII, *op. cit.,* p. 426-488.

En el segundo capítulo, «La defensa del bosque de Caures por los cazadores del teniente coronel Driant» incopora el relato del citado militar valorando la actuación de sus tropas y la violencia del combate con una apreciación hiperbólica («heroicos cazadores del teniente coronel Driant», «uno de los episodios más dramáticos de la batalla de Verdun»[117]) y agrega, luego, datos biográficos del valeroso oficial.

En el tercer capítulo cuyo título especifica con toda claridad el tema tratado, desde una óptica elogiosa y admirativa, programando su lectura «Otras resistencias heroicas en Haumont y en la escapadura del Poivre»[118] reproduce otro relato con vistas a complementar lo narrado anteriormente acerca de dichos combates desarrollados durante los días 21, 22 y 23 de febrero.

En el cuarto capítulo dedicado al momento crítico de la batalla, tal y como apunta su título[119] recurre a unas líneas del crítico militar Henry Bidou y al comunicado del 11 de mayo de 1916 difundido como respuesta a los comentarios de la prensa sobre las supuestas modificaciones estratégicas que se había visto obligado a adoptar el Estado Mayor.

En el quinto capítulo, como anunciaba su título[120] remite a los comentarios del coronel Feyler acerca de los principios de la batalla, ponderando previamente la clarividencia de sus análisis anteriores.

En el capítulo sexto, para evocar, como señala su titulación la «Continuación de la batalla hasta el 20 de marzo»[121] reproduce primero los documentados informes acerca de las fases de la batalla publicados en la *Illustration* de París, hasta la fecha mencionada y segundo el relato oficial editado por el *Boletín de los Ejércitos* que resume los combates desarrollados en torno a Verdún desde el 25 de febrero al 20 de marzo de 1916, recalcando, antes de introducirlo, la importancia que tiene para la fiel reconstitución de los hechos narrados.

117. Blasco Ibáñez V., *Historia..., op. cit.,* Tomo 5, cap. II, p. 95.

118. Blasco Ibáñez V., *Historia..., op. cit.,* Tomo 5, cap. III, p. 99.

119. «Momento crítico de la batalla de Verdún», Blasco Ibáñez V., *Historia..., op. cit.,* Tomo 5, cap. IV, p. 103.

120. «Los principios de la batalla de Verdún comentados por Feyler» *Op. cit.* Tomo 5 cap. V, p. 105.

121. Cap. VI, p. 107.

En el séptimo capítulo sobre «La lucha en el fuerte de Vaux» como menciona su título[122], se limita a proporcionar la documentada información publicada en una revista francesa mientras que, en el capítulo siguiente, titulado «Las ametralladoras francesas»[123] inserta los comentarios de un notable publicista acerca de dichas armas, editados en la prensa de Francia. En el noveno, denominado «La infantería francesa en Verdún»[124] se contenta con transcribir un fragmento de las notas publicadas en la *Illustration* de París por un capitán del ejército, sobre este cuerpo del ejército y en el décimo «Los combates del bosque de los Cuernos»[125] las apreciaciones de un relato oficial sobre los combates de los días 8, 9 y 10 de marzo en la orilla izquierda del Mosa.

En el capítulo XI, para abordar el «método de combate de los alemanes en Verdún»[126] como advierte en su título incopora un interesante documento publicado sobre la preparación de la ofensiva alemana y en el capítulo XII, dedicado a «La Batalla de Verdún del 20 de marzo al 9 de abril»[127], algunas líneas de las documentadas informaciones editadas en la *Illustration* de París centradas en los combates desarrollados en el citado periodo y un extracto del relato oficial publicado por el *Boletín de los Ejércitos* que los resumía.

En el capítulo XIII, la cobertura informativa de «La reconquista del bosque de la Caillette»[128] con ánimo de máxima exhaustividad, le induce a citar, por un lado, un relato de un cronista francés y, por otro, las notas tomadas de una correspondencia particular centradas en aspectos pintorescos de los combates para ilustrar la violencia y heroísmo de las luchas.

En el capítulo XIV, para dar cuenta de los «Combates de Mort-Homme»[129], como indica su título, recurre al relato de un oficial de

122. Cap. VII, p. 127.

123. Cap. VIII, p. 130.

124. Cap. IX, p. 133.

125. Cap. X, p. 135.

126. Cap. XI, p. 138.

127. Cap. XII, p. 141.

128. Cap. XIII, p. 150.

129. Cap. XIV, p. 156.

Estado Mayor Francés, que presenció el desarrollo de la batalla del 9 de abril en la región de Mont-Homme publicado en una importante revista y otro relato oficial sobre el heroísmo de los cazadores en la misma zona.

En el capítulo XV, para evocar, como programa su título «La batalla del 9 de abril»[130] librada por el ejército de Kronprintz en un frente de más de quince kilómetros inserta los documentados informes publicados el día 10 por un corresponsal del periódico *Le Petit Parisien* y el orden del día dirigido por el general Petain el 10 de abril a sus tropas a raíz del infructuoso ataque alemán.

En el capítulo XVI, «Calma relativa»[131] con el uso de la tercera persona del singular, la única mirada del cronista intenta separarse de los sucesos que relata para surtir un efecto de objetividad pero la reiterada adjetivación sobre los acontecimientos y los personajes evidencia su presencia.

En el capítulo XVII, para el abordaje del tema de «La artillería francesa de Verdún»[132] reproduce un extracto de los documentados informes de un capitán del ejército francés publicados en una importante revista dedicado a la acción de los artilleros. Y para el estudio de «Los zapadores franceses» [133], programado en el titulo del capítulo siguiente incorpora la crónica centrada en la actuación de los mismos, que publicó el escritor Francisco de Tessan en la *Illustration,* aduciendo su notabilidad como garante del conocimiento transmitido.

En el capítulo XIX, la narración de «los violentísimos ataques sobre la cota 304 del 3 al 8 de mayo»[134] se articula exclusivamente en torno a los relatos del *Boletín de los Ejércitos* dedicados a ellos, que se incorporan en el discurso del enunciador dominante como reproducción fiel de lo ocurrido.

En el capítulo XX, las «Apreciaciones sobre la resistencia de Verdún»[135] aludidas desde el título se limitan a dos, la que publicó el

130. Cap. XV, p. 160.

131. Cap. XVI, p. 162.

132. Cap. XVII, p. 163.

133. Cap. XVIII, p. 167.

134. Cap. XIX, p. 304.

135. Cap. XX, p. 175.

coronel Repington en el *The Times* de Londres el 16 de mayo y la de otro tratadista militar el general francés Berthaut.

En el capítulo XXI, para evocar «los combates en torno de Douaumont»[136] como anuncia la titulación reproduce el relato oficial que da cuenta de la entrada de las tropas francesas en dicho fuerte, tras haber mencionado violentos combates en esta zona. En el capítulo XXII, centrado en «los sangrientos y encarnizados combates del fuerte de Vaux»[137], reproduce el documentado relato publicado en la *Illustration de París* para comentar y resumir estas luchas espantosas integrando el comunicado del 6 de junio acerca de la batalla del Mosa y el del 7 de junio para apuntar el heroísmo de las tropas francesas.

En el capítulo XXIII, dedicado a «Los comentarios sobre la caída del fuerte de Vaux»[138], reproduce los que considera más notables como la apreciación del teniente coronel Rousset sobre la situación militar junto al Mosa, la del comandante Civrieux publicada en *Le Matin,* centrada en la conquista de dicho fuerte, la del coronel Feyler, eminente crítico militar del periódico suizo *Journal de Genève,* editada en dos artículos, centrados en la conquista del fuerte de Vaux por las tropas alemanas y la situación ante Verdún. Esta última, sobre todo, la convoca para facilitar la comprensión de la importante fase de la lucha desarrollada junto al río Mosa.

En el capítulo XXIV, a modo de «Recuerdos de Douaumont-Vaux»[139] como apunta el título, transcribe una crónica publicada en la *Illustration de París* con texto y dibujos de un teniente para reflejar las impresiones sentidas ante la realidad.

En el capítulo XXV dedicado al «cañon francés de 75»[140] por la importancia que tuvo en la guerra actual y en la batalla de Verdún, expone su sistema mediante la inserción de un documentado estudio publicado por P. Honoré en la *Illustration de París.*

136. Cap. XXI, p. 177.

137. Cap. XXII, p. 181.

138. Cap. XXIII, p. 192.

139. Cap. XXIV, p. 198.

140. Cap. XXV, p. 201.

En el capítulo XXVI, para dar cuenta de «Los combates ante Verdún»[141], indicados en el título, reproduce, sucesivamente, la proclama dirigida por Joffre a los soldados franceses que combatían en la región de Verdún, al día siguiente de iniciarse la ofensiva rusa que proporcionó grandes victorias, la orden del día dirigida al ejército de Verdún por el general Nivelle el 23 de junio, varios fragmentos del estudio del «ilustre», como lo califica, general Zulinden sobre la obra realizada por Joffre y sus colaboradores en el alto mando francés.

Entre los ocho capítulos dedicados al frente de Verdún, en el primero, recoge las impresiones de la batalla detalladas en un notable estudio publicado en la *Illustration* de París publicado por Francisco de Tessan, en el segundo, un relato editado en el mismo periódico sobre el famoso reducto de Avocourt, en el tercero, lo que difundió una importante revista de París acerca de la reconquista de Fleury-devant-Douaumont. En el cuarto, da cuenta de la alocución del ministro de la Guerra británico y de los testimonios de admiración conferidos por los países aliados en nombre de la Humanidad que fue a transmitir el presidente de la República francesa a la gloriosa ciudad, citando los relatos publicados en la *Illustration.* En el quinto, reproduce las impresiones de un eminente crítico militar, testigo de la nueva victoria francesa en Douaumont publicadas en la *Illustration.* En el sexto, inserta el relato oficial que narra la visita que hizo el presidente de la República francesa el 4 de noviembre de 1916 a las tropas que reconquistaron los fuertes de Douaumont y de Vaux. En el séptimo, inserta el importantísimo estudio hecho por un testigo presencial en la *Illustration* que resume los relatos de la victoria de Douaumont-Vaux obtenida por los franceses entre el 24 de octubre y el 2 de noviembre de 1916, analizando su preparación, la batalla y los resultados. En el último, reproduce el notable estudio publicado en la *Illustration de París* por el cronista francés Carlos Nordmann sobre el general Nivelle, general en jefe de las tropas francesas de Verdún.

141. Cap. XXVI, p. 211.

La batalla del Somme

En el tomo 5, diez y seis capítulos[142] vienen dedicados a su evocación. En ellos, el enunciador dominante, ansioso por ser convincente y comprendido, elabora su discurso, cuidando de colocar hitos que faciliten su lectura y su máxima comprensión, recordando los temas tratados a través de mecanismos de reformulación didáctica y anunciando los que quedan por contemplar. Con el mismo ánimo de objetividad y con la semejante pretensión de asistir al lector indicándole cuáles son los significados relevantes, anteriormente destacados en la percepción de los combates de Verdún, el cronista sigue introduciendo enunciados producidos por otros enunciadores como instrumento facilitador para la transmisión del conocimiento y estrategia de simplificación del procesamiento de la información y de la organización del texto que alterna con voluntad de transparencia los elementos informativos.

De este modo, en el primer capítulo, el enunciador dominante empieza por recordar la mención que hizo del frente anglo francés del Somme cuando relató las operaciones de Verdún. Luego, la construcción discursiva en tercera persona que evoca la ofensiva organizada en plena batalla de Verdún no lleva la marca de quien la expone. Y para profundizar en el conocimiento de tales sucesos se transcribe, a continuación, el documentado estudio del notable crítico Ardouin Dumazed publicado en la *Illustration de París.*

El mismo proceso se detecta en el capítulo siguiente en que Blasco Ibáñez alterna su propio enunciado con el del relato publicado en el *Boletín de los Ejércitos* al que incorpora para completarlo y también en el capítulo III en que, para dar a conocer todos los detalles de los combates de la batalla del Somme inserta la narración basada en informes de varios testigos de la lucha editados en *Illustration de París.*

En cambio, en el capítulo IV, los anunciados «Comentarios a la batalla del Somme»[143] al que remite el título se reducen a la opinión del crítico militar francés teniente coronel Rousset fielmente reproducida y al estudio del coronel suizo F. Feyler publicado en el *Journal de Genève*, calificados por el enunciador dominante de interesantes comentarios en

142. Blasco Ibáñez V., *Historia..., op. cit.,* Tomo 5, cap. I a XVI, p. 353-425.

143. Cap. IV, p. 378.

la batalla del Somme, tanto como en el capítulo siguiente «La ofensiva británica»[144] en que para su evocación sólo se incorpora un relato oficial consagrado especialemente a los ingleses como resumen de sus operaciones desde el inicio de la ofensiva hasta el 15 de julio o en el capítulo VI «En el camino de Montaubán»[145] en que se transcribe otro relato francés sobre Montaubán y sus inmediaciones tras la reconquista de este pueblo por las tropas inglesas.

En el capítulo VII, para dar a conocer a «Los héroes del Somme»[146] alternan enunciados del enunciador dominante con el de un oficial testigo de la hazaña del heroico cabo de granaderos Claudio Goutaudier publicado en el diario parisién *Le Matin,* y el del notable escritor Francis Dortet editado en *Illustration de París.*para ponderar el heroísmo de los granaderos.

En el capìtulo VIII, para caracterizar a «Las tropas inglesas en general»[147] se insertan tres tipos de enunciados, el artículo del comandante Civrieux publicado en el diario parisién *Le Matin,* a mediados de julio, con el fin de comentar las operaciones de los ingleses en el sector del Somme durante los primeros quince días de la ofensiva, el estudio, editado en el mismo periódico y casi al mismo tiempo, consagrado al general en jefe británico Sir Douglas Haig escrito por Lord Esher, por último, el análisis enfocado en los soldados británicos que lucharon bajo las órdenes del mismo general y durante el mismo periodo escrito por un corresponsal de guerra de *The Times.*

En el capítulo IX, para facilitar la visualización del «campo de batalla francés»[148] anunciado por el título, durante las primeras fases de la ofensiva en Picardía, el cronista reproduce, primero, el cuadro trazado por uno de sus corresponsales publicado en el *Petit Parisien, y,* para completarlo, inserta, luego, sucesivamente el artículo del senador H. Bérenger, editado en *Le Matin,* las impresiones del notable crítico militar General

144. Cap. V, p. 382.

145. Cap. VI, p. 387.

146. Cap. VII, p. 389.

147. Cap. VIII, p. 395.

148. Cap. IX, p. 397.

La Croix publicadas el 24 de julio acerca de la situación en los dos frentes principales.

En el capítulo X, para caracterizar la acción de Fayolle, «El general en jefe de las tropas francesas del Somme»[149], se limita a reproducir los comentarios publicados sobre su figura heroica en *La Illustration de París,* y, en el capítulo siguiente, los informes editados en la misma revista le bastan para relatar la actuación de los alpinos en el Somme anunciada en su título[150].

En el capítulo XII, para dar cuenta de la «Continuación de la batalla hasta el 30 de julio»[151] apuntada en el título, entrevera un comunicado del 26 de julio del Estado Mayor británico, las observaciones de otro periódico inglés sobre los combates que acaban de librarse en la región de Pozières, y el resumen de estas acciones propuesto a finales de julio en un periódico inglés.

Tanto en el capítulo XIII como en el capítulo XV, el cronista alterna su propio enunciado en tercera persona del singular con discursos de otros enunciadores : en el primer caso, para evocar «La batalla de Agosto»[152], el del notable publicista francés Henry Bidou sobre la situación del frente británico entre fines de julio y el 18 de agosto, en el segundo caso, para dar cuenta de la visita a sus ejércitos del rey de Inglaterra a mediados de agosto, «Jorge V y Poincaré en el frente» [153], como indica su título, el mensaje que envió y los detalles del viaje facilitados por el diario inglés *The Times*.

En cambio, en el capítulo XIV, para el «Resumen de las operaciones de Agosto»[154] incorpora solamente, la apreciación del diputado francés Charles Benoist en la *Revue des Deux Mondes* sobre la situación militar del frente occidental.

149. Cap. X, p. 403.

150. «Los alpinos en el Somme», cap. XI, p. 405.

151. Cap. XII, p. 410.

152. Cap. XIII, p. 412.

153. Cap. XV, p. 418.

154. Cap. XIV, p. 416.

Finalmente, en el capítulo XVI, para informar sobre «La batalla en Septiembre»[155] el enunciador dominante menciona los comunicados oficiales y transcribe, a renglón seguido, el relato de un testigo ocular publicado en el *Boletín de los Ejércitos* sobre esta última operación de las tropas aliadas.

Si para la evocación de las respectivas batallas de Verdún y del Somme, quien narra desde la tercera persona tomando una distancia significativa pretende construir una mirada profunda sobre aquello que se dice ahondando en el conocimiento de los sucesos con la interpolación de enunciados a cargo de enunciadores distintos, en el caso de la batalla del Marne, el acercamiento y posicionamiento del cronista se evidencia en argumentos artísticos (por logos, ethos, pathos) y argumentos extraartísticos como veremos a renglón seguido.

La batalla del Marne

Entre los catorce apartados del tomo 3, dedicados a ella o a momentos después, todos encabezados por títulos temáticos según la terminología de Genette[156] que informan sobre su contenido, siete[157] enfocan su evocación y otros siete[158] bajo la titulación «Después de la batalla del Marne» y el subtítulo entre paréntesis *Impresión del autor* que remite a una nota a pie de página explicativa están centrados en los sucesos y situaciones muy posteriores a dicha batalla. Se pretende en estos últimos hacer comprender al lector el modo de vivir de los combatientes y esbozar el estado físico y moral de los pueblos adversarios[159].

Como, a nuestro juicio, el discurso de la derrota alemana del Marne se vertebra en torno a tres núcleos temáticos, primero, la crónica anunciada del fracaso de las teorías elaboradas con método y disciplina a la prusiana, a modo de axioma irrefutable, segundo, las atrocidades recurrentes del invasor que aplica un plan terrorista, incendiando metódicamente

155. Cap. XVI, p. 420.

156. Genette G, *Seuils,* Paris, Ed du Seuil. 1987, p. 78-82.

157. Cap. I a VII, tomo 3, p. 9-121.

158. Cap. I a VII, tomo 3, p. 122-169.

159. Véase al respecto el sugerente capítulo VII dedicado a los *Peludos* que explica el origen de la palabra y su signficado simbólico en el contexto de la guerra (Tomo 3, p. 144-169).

los pueblos ocupados y tratando a los habitantes con barbarie, tercero, las mentiras como recurso recurrente en su forma de actuar, la construcción discursiva refleja, en cada momento, el contrato de lectura que se pretende establecer entre el enunciador y su destinatario.

El registro referencial despliega, entonces, estrategias de imposición del saber y facilitación cognitiva para auxiliar al destinatario en la explicación que se presenta. Así, por ejemplo, en el capítulo II titulado «Topografía del campo de batalla»[160], el cronista incorpora un mapa que comenta con el fin de facilitar un mecanismo de conceptualización («Examinando el mapa, puede el lector formarse una idea exacta de como se desarrolló la batalla más grande de la Historia [161]».). En el tercer capítulo, denominado «Disposición y efectivos de las dos masas combatientes»[162], el proceso de trasmisión del conocimiento con finalidad didáctica, persiguiendo aportar una mayor claridad, detalla, esta vez, la constitución de ambas líneas de combate con la enumeración de todos los ejércitos presentes (alemanes y aliados), los respectivos nombres de quienes los dirigen, las artillerías de los dos bandos.

En el capítulo IV, para evocar «Los preliminares de la batalla (4 y 5 de septiembre)»[163] que indica su título, la exposición didáctica del cronista centrada en las operaciones militares alterna el enunciado de la orden general lanzada por Joffre por telégrafo la misma noche del 4, el de sus instrucciones, la reformulación a modo de resumen de las sucesivas fases, apuntando así a lo que debería prestar especial atención el destinatario. Luego, también se destaca en ella, la voluntad de clarificar la acción de cada ejército la víspera del enfrentamiento (viernes 4 y sábado 5 de septiembre) evidenciando las mentiras alemanas con la aclaración y comentarios de las citas aducidas.

En cambio, en el capítulo V, el enunciador dominante alterna elementos ligados al pathos y al ethos para dar cuenta de «La batalla día por día»[164] como anuncia su titulación. De hecho, tras una evocación

160. Cap. II, tomo 3, p. 16.

161. *Op. cit.,* tomo 3, cap II, p. 16.

162. Cap. III, tomo 3, p. 22.

163. Cap. IV, tomo 3, p. 29.

164. Cap. V, tomo 3, p. 40

poética en la adjetivación del amanecer que podría encontrarse en cualquier relato ficcional[165], destinada a generar compasión en el lector al tanto del drama que se prepara, inserta el mensaje mandado telegráficamente por Joffre a todos sus ejércitos valorando su dimensión histórica pues pretendía aumentar el entusiamo y la tenacidad. A continuación, la exposición de los hechos que brinda al lector, basada, como lo anuncia, en el relato exacto del plan de Joffre jornada por jorrnada y el de las operaciones en todo el frente durante los siete días que duró la batalla, articula sucesivamente tres enunciados, el de un historiador francés de la batalla del Ourcq como resumen de las acciones bélicas del día 6, el de un crítico de la misma nacionalidad que valora la disposición de Von Kluck, el de Gustave Babin en su notable estudio dedicado a esta batalla.

En nuestra opinión, el acercamiento y posicionamiento del cronista, por su parte, se evidencia desde una doble mirada, sea crítica sobre las estrategias militares alemanas preestablecidas en el siglo XIX, sea cómplice con valores compartidos en una serie de modalidades apreciativas como marcas explícitas de su subjetividad. Tal vez porque considera el Marne como «la batalla más grande de la historia» por el número de combatientes, entre dos millones cuatrocientos mil y cuatro millones, según las fuentes de que dispone.

Se detectan, efectivamente, estrategias prototípicas que conforman un razonamiento deductivo en algunos apartados. Así, por ejemplo, tanto las palabras de Moltke fechadas de 1859 reproducidas en el primer capítulo[166] como, más adelante, las de Napoleón incorporadas en el capítulo VII[167], fundamentan el paso de un antecedente (origen del proceso descrito) al consecuente (presentado como deducción y consecuencia). En el primer caso, lo que pretende evidenciar el cronista es la influencia de las doctrinas de Moltke calificado de «férreo maestro» en la táctica elaborada por el Estado Mayor alemán de 1914 para invadir Francia y conquistar París. En el segundo caso, el heroísmo de Joffre que dio al traste con los planes tácticos del invasor se relaciona con el ideal que Napoleón se había forjado de un jefe de ejército. Se

165. «El día amanecía espléndido, un verdadero día de verano, con un cielo límpido, sol radiante y mucho calor.» (*Op. cit.* tomo 3, cap V, p. 40).

166. Cap. I, tomo 3, p. 12.

167. Cap. VII, tomo 3, p. 117.

vislumbra, por tanto, un posicionamiento maníqueo en la narración que se construye desde una mirada de complicidad mediante referencias culturales supuestamente compartidas para explicar las aspiraciones fallidas del ejército alemán. Desde el prisma, además, del enfrentamiento simbólico entre el teórico de la guerra a la prusiana y uno de los mayores pensadores estratégicos de la historia militar, el emperador francés, Bonaparte, admirado hasta 1808 por la intelectualidad liberal española aunque posteriormente se le asociara el arquetipo del tirano de Europa con connotaciones de perversidad, traición y engaño y secretas intenciones en la memoria antifrancesa popular. Se recalca, pues, la relevancia de este éxito porque marca incontestablemente un punto de inflexión en la contienda facilitando el avance de las tropas aliadas, un paso decisivo en la lucha de la modernidad (liberalismo) contra la tradición (el conservadurismo del Antiguo Régimen) al cuestionar la legitimidad de prácticas anquilosadas que no se adaptan a las circunstancias como apunta la siguiente cita:

> Esta solución estaba de acuerdo con la doctrina militar alemana que deja en segundo término al *objetivo geográfico*. Tenía además el apoyo de la tradición, pues había sido preconizada muchos años antes, por la primera figura de la Prusia militarista[168].

Y por ello, a nuestro parecer, desde el segundo capítulo, valiéndose de argumentos por logos, basados en el método científico de extrapolación, pretendía Blasco Ibáñez despertar emociones positivas (optimismo y satisfacción) en el lector induciéndole a entrever la posible trasposición a la situación presente de la táctica de Napoleón que resultó exitosa para vencer a los prusianos de Blücher en febrero de 1814 en esta misma zona (Montmirail, Vauchamps y Champaubert)[169].

Entre los argumentos por pathos destacan la adjetivación hiperbólica que conlleva compasión («los más encarnizados choques»[170]) y las comparaciones como mecanismo de conceptualización que establecen analogías con parcelas de conocimiento compartidos:

168. Cap. I, Tomo 3, p. 12.

169. Véase cap. II, Tomo 3, p. 18.

170. *Op. cit.*, p. 17.

> Sermaize-les-Bains, llamado simplemente Sermaize, era una risueña estación de verano, rica y próspera, con más de 800 casas de varios pisos, fuentes en las plazas, paseos, etc. Hoy sólo quedan sus ruinas. Los alemanes incendiaron sistemáticamente, con escrupuloso método, toda la población, sin perdonar un edificio. El autor del presente libro estuvo en Sermaize antes de que sus infelices habitantes empezasen a proceder a su reconstrucción, obra que requiere varios años. En toda la pequeña ciudad, levantada en forma de anfiteatro y que ocupa una posición muy pintoresca, sólo quedaba intacta una fuente en el centro de la plaza. Todos los edificios, absolutamente todos, derruidos y quemados. No quedaba uno solo, ni uno solo, que se mantuviese completo. Sermaize sólo podía compararse con las ruinas de Pompeya[171].

Conclusiones

La percepción que tiene de la guerra europea de 1914, Vicente Blasco Ibáñez, y que, por tanto, transmite a los lectores españoles de sus crónicas publicadas en el diario *El Pueblo*, desde el 17 de noviembre de 1914, es decir cuatro meses después del comienzo de la contienda no es imparcial en conformidad con el género de la crónica, aunque reivindique su imparcialidad en la introducción del volumen en 9 tomos que las reúne[172].

Esta falta de imparcialidad puede explicarse, a nuestra juicio, por varios motivos : en primer lugar, la solidaridad que puede manifestar un español con un pueblo latino como el de Francia, frente a la barbarie y al salvajismo de un pueblo del Norte, el alemán y el austriaco invirtiendo, de ese modo, la jerarquía vigente en la Europa de aquella época, que percibe a los mediterráneos como menos civilizados que los habitantes de los territorios norteños; en segundo lugar, a un nivel más prosáico, las fuentes francesas de que dispone para relatar los hechos gracias a su estrecha relación con el gobierno francés que le facilitó contactos e información y le permitió aproximarse a las trincheras.

171. *Op. cit.*, p. 21-22.

172. «Procuraremos ser imparciales en nuestro relato, aunque jamás historia alguna, en sus deseos de imparcialidad, ha llegado a librarse de las influencias de la pasión». *Op. cit. Tomo I,* Introducción p. 12.

A raíz de lo dicho, no es de extrañar que la visión propuesta no sea la de un español, con una mirada fría e impasible, objetiva, desligada de la contienda en la que su nación no está involucrada sino más bien la de un español instalado en París, ciudad que ama y aprecia, testigo además de las reacciones de sus habitantes cuando estalla el conflicto, quien cubre, después, los hechos, abrazando la causa de los franceses y de los aliados, cuyos artículos, estudios, relatos publicados en su prensa, o relatos oficiales editados por el *Boletín de los Ejércitos,* comunicados, de que dispone, reproduce íntegramente entre comillas en su discurso.

Pero, las crónicas analizadas dimanan sobre todo de un republicano opuesto al imperialismo germánico y prusiano que pretende combatir en conformidad con los requisitos ideológicos y editoriales de sus sucesivos soportes de difusión, primero el diario *El Pueblo* vector de movilización en busca de opinión y luego la editorial Prometeo.

Para conseguir este objetivo, el discurso informativo producido satisface los planteamientos teóricos del proceso comunicativo de la *Retórica* de Aristóteles y de la pragmática para persuadir, al destinatario tipificado por dichos soportes de difusión, de las prácticas comunes de los alemanes, por un lado, barbarie que conlleva violación de derechos humanos, destrucción, pillaje y robo, por otro falsedad mediante simulación, mentira y engaño. En este caso, los argumentos extraartísticos (confesiones, testimonios) y artísticos (por ethos, logos y pathos) al alcance de la mayoría, incluso las capas populares y campesinas, definidos por el filósofo griego, así como la identificación con la cultura francesa y sus valores, ideas, creencias, en el marco del género retórico epidíctico le sirven para inducir su acción a favor de la ruptura de la neutralidad del gobierno español apoyando a Francia injustamente agredida.

COLLECTION DU CENTRE D'ÉTUDES HISPANIQUES D'AMIENS (CEHA)

Collection fondée par Carmen Vásquez
Direction : Rica Amran

LES MINORITÉS FACE AU PROBLÈME DE LA FIDELITÉ DANS L'ESPAGNE DES XVE-XVIIE SIÈCLES
Coordination de **Rica Amran**. Préface d'**Augustin Redondo**
ISBN 2-35260-096-0, 380 p.

REPRÉSENTATIONS DE LA RÉALITÉ EN PROSE ET EN POÉSIE HISPANIQUES (1906-2012)
Coordination de **Francisco Aroca** et **Élisabeth Delrue**
ISBN 2-35260-092-8, 380 p.

VOYAGEURS FRANÇAIS DANS LES AMÉRIQUES
Coordination d'**Ernesto Mächler Tobar**
ISBN 2-35260-080-4, 216 p.

HOMMAGE À ALEJO CARPENTIER (1904-1980)
Coordination de **Carmen Vásquez** et **Kevin Perromat**
ISBN 2-35260-083-9, 360 p.

HOMMAGE À MIGUEL HERNÁNDEZ (1910-1942)
Coordination de **Francisco Aroca** et **Carmen Vásquez**
ISBN 2-35260-084-7, 212 p.

VIOLENCE ET IDENTITÉ RELIGIEUSE DANS L'ESPAGNE DU XVE AU XVIIE SIÈCLES
Coordination de **Rica Amran**
ISBN 2-35260-078-2, 430 p.

L'EXIL ESPAGNOL DANS LES AMÉRIQUES
Coordination d'**Ernesto Mächler Tobar**
ISBN 2-35260-073-1, 278 p.

LE ROMAN ESPAGNOL ENTRE 1880 ET 1920 : ÉTAT DES LIEUX
Coordination d'**Élisabeth Delrue**
ISBN 2-35260-062-6, 260 p.

AUTOUR DE L'ESPAGNE DES VALIDOS (1598-1645)
Coordination de **Christian Andrès**
ISBN 2-35260-061-8, 148 p.

AUTOUR DE PEDRO LÓPEZ DE AYALA
Coordination de **Rica Amran**
ISBN 2-35260-044-8, 282 p.

AUTOUR DE *LA CELESTINA*
Coordination de **Rica Amran**
ISBN 2-35260-045-6, 286 p.

FEMMES ET DÉMOCRATIE. Les Espagnoles dans l'espace public (1868-1978)
Coordination d'**Élisabeth Delrue** (Université de Picardie Jules Verne)
ISBN 2-35260-030-8, 148 p.

EXISTE-T-IL UNE GOUVERNANCE LINGUISTIQUE ?
Regards sur le monde hispanique
Actes de la journée d'études d'amiens (14.04.2006) CEHA & LESCLaP
Coordination de **Philippe Reynés**
ISBN 2-35260-023-5, 128 p.

UN NOM CONFISQUÉ : ÉLISÉE RECLUS ET SA VISION DES AMÉRIQUES
Introduction et choix de textes d'**Ernesto Mächler Tobar**
ISBN 2-35260-010-3, 194 p.

ROBERT DESNOS, LE POÈTE LIBRE
Coordination de Marie-Claire **Dumas** et Carmen **Vásquez**
ISBN 2-35260-010-3, 194 pages

ÉCRITURES DES DICTATURES / ÉCRITURE DE LA MEMOIRE
Roberto Bolaño et Juan Gelman
Coordination de **Carmen Vásquez**, **Ernesto Mächler Tobar** et **Porfirio Mamani Macedo**
ISBN 2-35260-011-1, 307 p.

ENTRE LA PÉNINSULE IBÉRIQUE ET L'AMÉRIQUE.
Cinq-centième anniversaire de la mort de Chritophe Colomb
Coordination de Rica amran
ISBN 2-35260-009-X, 307 pages

AUTOUR DE L'INQUISITION
Études sur le Saint-Office
Sous la direction de **Rica Amran**
ISBN 2-914378-32-7, 210 p.

LA CIVILISATION EN QUESTIONS
Actes des journées d'études de la Société des Hispanistes Français
Préface de Jacques Soubeyroux
ISBN 2-914378-40-8, 140 p.

ALEJO CARPENTIER et *Los pasos perdidos*
Sous la direction de **Carmen Vásquez**
ISBN 2-914378-33-5, 278 p.

À JULIA DE BURGOS
Anthologie poétique / Antología poetica
Choix de poèmes et traduction de **Françoise Morcillo**
Études critiques de **Carmen Vásquez** et de **Mercedes López-Baralt**
ISBN 2-914378-45-9, 130 p.

AUTOUR DE L'ARMÉE ESPAGNOLE (1808-1839)
Sous la direction d'**Elisabeth Delrue**
ISBN 2-914378-50-5, 160 p.

DE JUDÍOS A JUDEOCONVERSOS
REFLEXIONES SOBRE EL SER CONVERSO
Rica Amran
ISBN 2-914378-47-5.

AUTOUR DE *LOS TRABAJOS DE PERSILES Y SIGISMUNDA HISTORIA SEPTENTRIONAL* de Miguel de Cervantes
Études sur un roman expérimental du Siècle d'Or
Sous la direction de **Christian Andrés**
ISBN 2-914378-48-3.

AUTOUR DE l'INDIGÉNISME
Une approche littéraire de l'Amèrique latine
Coordination d'**Ernesto Mächler Tobar**
ISBN 978-291437-875-8, 154 p.

AUTOUR DE CHARLES QUINT ET SON EMPIRE
Coordination de **Rica Amran**
Introduction d'**Augustin Redondo**
ISBN 2-914378-73-4, 220 p.

AUTOUR DU *LIBRO DE BUEN AMOR*
Coordination de **Rica Amran**
ISBN 2-914378-89-0, 253 p.

AUTOUR DE CHARLES QUINT.
Textes et documents
Coordination de **Youcef El Alaoui**
ISBN 2-914378-74-2, 285 p.
Avec la participation de **Rica Amran** (Université de Picardie Jules Verne), **Paloma Bravo** (Université de Dijon), **Anne Milhou** (Université de Rouen)

GOYA, IMAGE DE SON TEMPS. DE L'ESPAGNE DES LUMIÈRES À L'ESPAGNE LIBÉRALE
Coordination d'**Elisabeth Delrue**
ISBN 2-914378-91-2, 196 p.

LA POÉSIE DE JULIA DE BURGOS (1914-1953)
(Actes des journées d'études internationales d'Amiens, 2005)
Coordination de **Carmen Vásquez**
Avec la collaboration de **Françoise Morcillo,** préface de **Miguel Veyrat**
ISBN 2-914378-90-4, 190 p.

PAROLES ET MUSIQUE DANS LE MONDE HISPANIQUE
Coordination de **Philippe Reynés** et **Bruce Kohler**
ISBN 2-35260-001-4, 294 p.

LE ROMAN PICARESQUE ESPAGNOL DU SIÈCLE D'OR
Aspects littéraires, historiques, linguistiques et interdisciplinaires
Sous la direction de **Christian Andrès**
ISBN 2-35260-104-3, 178 p.

JULIO CORTÁZAR: NUEVAS EDICIONES, NUEVAS LECTURAS
Coordination de **Jean-Philippe Barnabé** y **Kevin Perromat**
ISBN 978-235260-124-1, 256 p.

LA NARRATIVA ESPAÑOLA (1916-1931)
Entre historia cultural y especificidades narrativas
Coordination de **Elisabeth Delrue**
ISBN 978-35260-125-8, 226 p.

RÉCEPTIONS RÉCIPROQUES DE LA LITTÉRATURE FRANÇAISE EN COLOMBIE ET DE LA LITTÉRATURE COLOMBIENNE EN FRANCE
Coordination de **Catherine Heymann** et **Ernesto Mächler Tobar**
ISBN 978-2-36783-120-6, 190 p.

RELEYENDO PEDRO LÓPEZ DE AYALA DIEZ AÑOS DESPUÉS/
UNE RELECTURE DE PEDRO LÓPEZ DE AYALA DIX ANS APRÈS
Coordination de **Rica Amran**
ISBN 978-2-36783-127-5, 134 p.

AUTOUR DES CONCOURS 2020
Pedro López de Ayala, Álvar Núnez Cabeza de Vaca, Lope de Vega, Julio Cortázar
Coordination de **Rica Amran**
ISBN 978-2-36783-138-1, 122 p.

PENSER LES MINORITÉS DANS LE MONDE HISPANIQUE
Coordination de **Rica Amran**
ISBN 978-2-36783-145-9, 104 p.

ISBN : 978-2-36783-143-5

IMPRIM'VERT®

Ce livre est imprimé sur un papier écolabellisé FSC
issu de forêts gérées durablement.